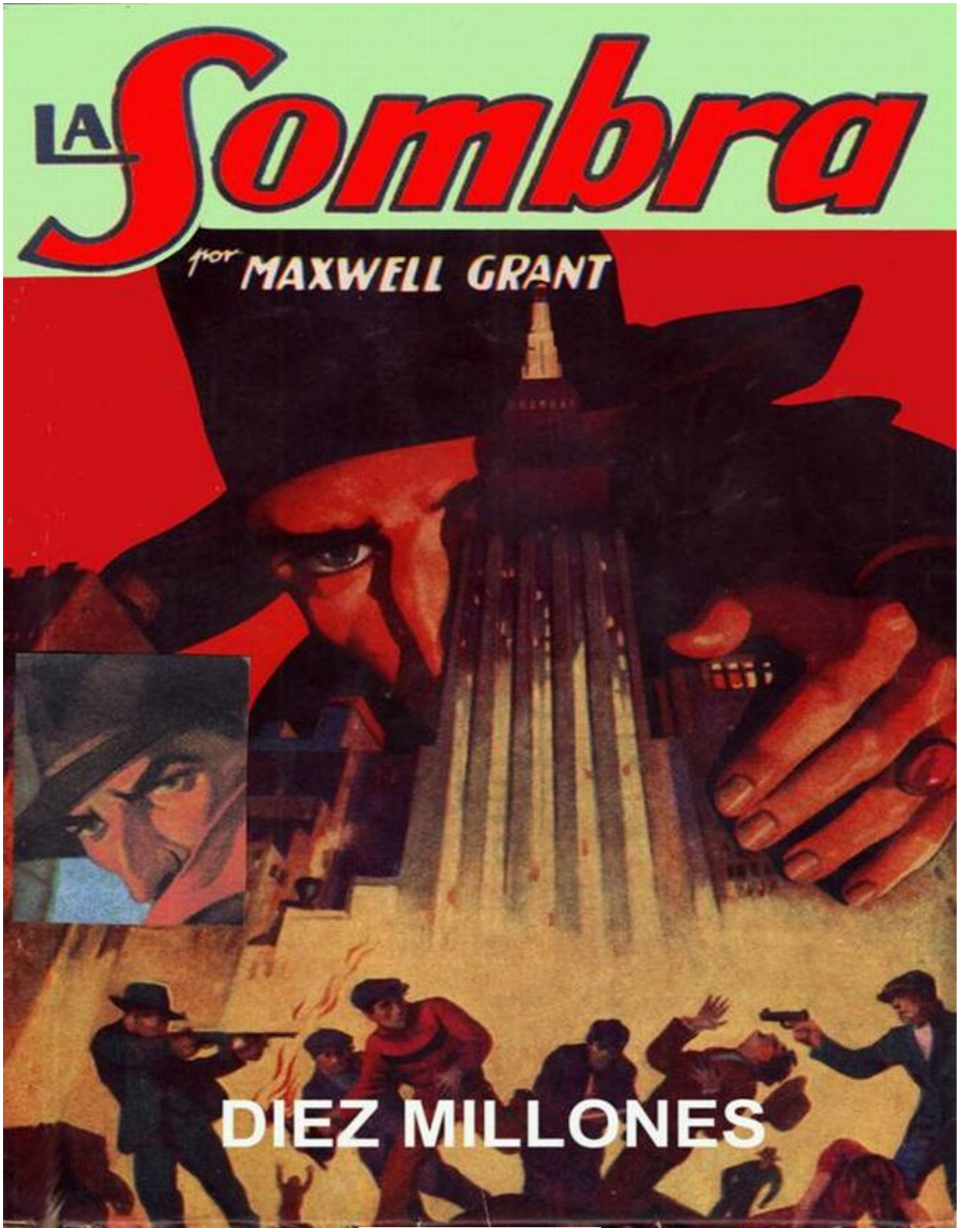
Diez millones
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA REUNIÓN SECRETA

El vestíbulo del Hotel Corona se había llenado de gente a la salida de los teatros. El gran reloj que había por encima del mostrador del conserje señalaba las doce menos veinte.

El conserje contempló, serenamente, a la muchedumbre de alegres visitantes que se dirigían al jardín que el hotel tenia en la azotea.

El Corona era conocido como una de los lugares más animados de Manhattan. Grandes hombres de negocios lo frecuentaban.

El empleado había visto muchas caras conocidas entre los circunstantes.

Cada ascensor que subía a la azotea iba atestado de clientes. En el Corona el negocio era siempre bueno.

Un hombre alto, de edad madura, entró en el vestíbulo. Resultaba excelente su figura con su inmaculado traje de etiqueta. Andaba haciendo girar un bastón ligero, y mirando a su alrededor con gesto de aburrimiento.

Lucía puntiagudo bigote y su penetrante mirada indicaba una perspicacia que sus modales ocultaban.

El conserje hizo una cortés reverencia al mirar el recién llegado hacia él. El hombre aquel era un cliente muy del gusto del Hotel Corona.

El empleado reconoció en él a Álvarez Legira, agente consular de La República recién constituida de Santander.

Sonrió el conserje al devolverle Legira el saludo. Huéspedes semejantes a aquel acaudalado sudamericano aumentaban el prestigio del popular jardín de la azotea del hotel. Legira era visitante frecuente a aquellas horas.

Era una de las celebridades cuya amistad valía la pena de cultivar.

El ascensor en que subió Álvarez Legira iba atestado de gente que se dirigía al mismo punto: el jardín. Una vez arriba, los pasajeros salieron a un vestíbulo que se hallaba ya rebosante.

Los botones corrían de un lado a otro, indicando dónde estaba el guardarropa. Legira se movió, con la muchedumbre, en la dirección indicada.

Mientras aguardaba al final de una cola, el sudamericano metió un cigarrillo en una boquilla larga.

Encendió una cerilla y se puso a fumar, observando a las personas vecinas.

Hallándose así ocupado, pareció perder todo interés en entregar al guardarropa su sombrero y su bastón. Por simple casualidad, perdió su sitio en la cola y se acercó a una pared, sombrero y bastón en una mano y boquilla en la otra.

Su acción nada tenía de extraña. No se observó precipitación alguna. Pareció casi una coincidencia que Álvarez Legira acertase a llegar a la parte superior de una oscura escalera situada a unos ocho metros del guardarropa.

Allí se quedó esperando, con languidez mirando las puertas de los ascensores como si aguardara la llegada de algún compañero. Luego, de pronto, su aspecto distraído se desvaneció. Satisfecho de que ninguna mirada le observaba, se perdió, rápidamente, escalera abajo.

Delataban sigilo los movimientos del hombre al pasar al recodo. El rumor de la conversación procedente del vestíbulo de arriba, llegaba hasta allí amortiguado e ininteligible. Legira se detuvo y escuchó atentamente.

El único movimiento que se veía en su vecindad era el hilillo de humo que ascendía, serpenteando, de la extremidad encendida de su cigarrillo.

Convencido ya de que nadie se había dado cuenta de su marcha, el cónsul de Santander continuó su camino.

Se detuvo al llegar al piso octavo. Allí se asomó al pasillo. No viendo a nadie, desembocó en él y se dirigió al otro extremo.

Parecía conocer el camino que estaba recorriendo. Al llegar al final del pasillo, se paró, volviéndose para mirar hacia atrás. Vió que el corredor estaba desierto.

Seguro de ello, Legira, sin dejar de vigilar, extendió la mano y abrió suavemente una puerta que llevaba al número 888, y que se cerró tras él, una vez la hubo franqueado.

Se encontraba a la entrada de un juego de habitaciones. Había dos puertas cerca de él y una pared lisa en medio. Dio unos golpes en la puerta derecha.

Se abrió. Legira entró en un pequeño recibidor.

El hombre que le había admitido era un individuo de grave semblante y modales dc secretario particular. Le hizo éste una reverencia a Legira, que se limitó a saludar con un movimiento de cabeza y se llevó la boquilla a los labios. El hombre que había abierto la puerta la cerró y echó la llave.

-¿Me aguardan a mí?-inquirió Legira.

Hablaba en inglés perfecto, sin el menor acento español.

El otro respondió con solemne movimiento afirmativo de cabeza. Con aire de quien preside un entierro, cruzó el cuarto y llamó a una puerta que había al otro lado. Esta se abrió, entrando el hombre, que dejó solo al americano.

Álvarez Legira se echó a reír. Apagó la colilla del cigarro, introdujo otro en la boquilla y siguió fumando. La blanca dentadura brilló a la débil luz del cuarto cuando se puso a pasear de un lado para otro. Parecía poseer un amor innato a la intriga y aquella visita secreta le halagaba la imaginación.

No obstante, estaba nervioso. El paso lento e inquieto, el incesante exhalar de humo, el ocasional fruncimiento de cejas no borraba, momentáneamente, la brillante sonrisa, todo indicaba que no había hecho mas que llegar al umbral de la misión que le llevaba allí aquella noche. Se había anunciado su presencia; ahora aguardaba la orden de alguna otra persona.

Se detuvo junto a la ventana. Daba muy por encima de los bajos edificios que se alzaban alrededor del hotel. Por encima de las azoteas, el observador sudamericano vió las lejanas luces de Broadway.

Media hora antes se había hallado él entre aquellas luces, uno de tantos millones que se alejaban de la alegre vecindad.

Tranquilamente, con indiferencia bien fingida, había acudido a una cita misteriosa. Allí, en Nueva York, había adoptado los métodos de Santander, donde se celebraban reuniones secretas con frecuencia.

Extraño contraste, la intriga de América del Sur mezclada con los métodos prácticos de América del Norte.

Acabando otro cigarrillo, Legira echó una mirada a su reloj. Marcaba las doce en punto, la hora de la cita. Había llegado temprano. No tardarían mucho en admitirle en el otro cuarto.

Escuchó atentamente, junto a la puerta cerrada. Nada oyó. Cruzó, silenciosamente, la habitación y escuchó al lado de la otra puerta. La abrió, con cuidado, y se asomó al pequeño pasillo. Estaba desierto.

Satisfecho, volvió a entrar y cerró la puerta con llave. Acercándose, nuevamente, a la ventana, encendió otro cigarrillo. Contemplaba, ocasionalmente, los millares de luces lejanas, cuando oyó abrirse la puerta de la habitación interior.

Sin prisa, se volvió para mirar al hombre que le abriera al llegar. Este hizo una reverencia y señaló la puerta del otro cuarto. Legira, con más tranquilidad aún, la abrió y entró en un cuarto mucho mayor.

Allí, apenas franqueado el umbral, se detuvo y echó una mirada al grupo de nueve hombres que estaban sentados a una larga mesa. Era una reunión de prósperos hombres de negocios, culminación inesperada al extraño procedimiento empleado por Álvarez Legira para llegar al lugar.

El cónsul de Santander saludó, con una inclinación de cabeza, a los hombres que tenía ante él. Todo su aspecto era el de hombre que busca que le hagan un favor y que procura, por consiguiente, causar la mejor impresión posible.

-Buenas noches, señores-dijo, en su inglés perfecto.

Los hombres sentados a la mesa contestaron a su saludo. Uno-un individuo sentado a un extremo-se puso en pie y se adelantó hacia él.

-Hola, Legira-dijo, tendiéndole la mano.

-Perdone que le hayamos hecho esperar. Llegó usted un poco más pronto de lo que le esperábamos.

-El llegar temprano es la mejor manera de estar seguro de ser puntual, señor Hendrix-contestó Legira, con afable sonrisa.

Estrechó la mano de su interlocutor, que le condujo luego a una silla colocada al otro extremo de la mesa. Una vez sentado, Legira, Hendrix ocupó el puesto a la cabeza de la misma.

Los componentes del grupo movieron sus sillas. Mientras fumaban sus cigarros puros, Álvarez Legira, la boquilla entre los dedos, les contempló serenamente, sonriendo con aplomo. Miró hacia Hendrix.

-Hable, Legira-dijo éste-. Deseamos oír el resumen que usted nos haga. A continuación habrá preguntas. Nuestra discusión ha sido favorable. La cosa depende de usted ahora.

Legira sonrió. Aquellos hombres eran, exactamente, del tipo que había esperado encontrar. Su aspecto era del hombre de negocios norteamericano con el que tantas veces se había encontrado desde su llegada a Nueva York.

Se sentía enormemente superior a los hombres de dicho tipo. Su melosidad, su perspicacia, la facilidad de palabra que tenía, todo ello era una ventaja para él. Legira tenía una misión que cumplir ante aquellos hombres, y se veía a sí mismo dominándolos con sus argumentos persuasivos.

Sin embargo, se hallaban presentes elementos que hacían de su tarea un enorme desafío. Aquellos hombres eran algo más que hombres de negocio corrientes. Eran financieros que representaban cuantiosos intereses.

Esto, en sí, era un hecho que exigía habilidad y diplomacia en la expresión.

Pero para Álvarez Legira, no era más que un detalle de importancia secundaria.

Lo que resultaba un reto para el hombre de Santander era lo que de las negociaciones de aquella noche dependía. Si podía permanecer sereno, perspicaz y persuasivo, saldría triunfante. Si diera muestras de ansiedad, de falta de aplomo, todo se perdería.

Este era el pensamiento dominante de Legira cuando empezó a hablar.

Había ido allí a pedir algo. Antes de marcharse, recibiría la contestación definitiva de aquel grupo. Dicha contestación seria un «sí» o un <no>, a secas, sin más explicación.

Se trataba, simplemente, de recibir cierta suma de dinero a cambio de unas concesiones que Legira había ofrecido.

La cantidad en cuestión ascendía, exactamente, a diez millones de dólares.

CAPÍTULO II
LEGIRA CONTESTA PREGUNTAS

El silencioso grupo de financieros escuchó con intenso interés mientras Álvarez Legira hablaba persuasivamente. La voz dulce del sudamericano tenia un tono que inducía al convencimiento.

Con perspicaces ojos fijos en su auditorio, Legira desplegó un mapa grande y lo colocó sobre la mesa. Todas las miradas siguieron el movimiento de su dedo cuando éste empezó a indicar las divisiones territoriales que Legira había marcado en el mapa.

-El Estado de Santander-explicó el cónsul-, siempre ha sido considerado como una importante división territorial de la república de Colombia. Ha sido, en ocasiones, un gobierno casi autónomo; otras veces ha sido, simplemente, una provincia de Colombia. Guarda estrecha relación con territorios colindantes de Venezuela, que conducen al lago Maracaibo, el cual, a su vez, proporciona una salida al Mar Caribe.

»Los conquistadores españoles pasaron por este distrito cuando se dirigieron hacia el Sur. También fue teatro de luchas durante las campañas de Simón Bolívar, el Libertador. Por consiguiente, los recursos naturales de Santander siempre han estado abandonados.

»Nosotros los santanderinos teníamos grandes esperanzas de que, comerciando con Norteamérica, podríamos desarrollar la enorme riqueza mineral que, hasta la fecha, no ha sido tocada. Por desgracia, la controversia entre Colombia y Norteamérica que siguió al asunto del Canal de Panamá creó perjuicios por toda Colombia.

»Ahora, gracias a la labor de personajes de importancia en Santander, hemos establecido lo que puede llamarse una nueva república, un ramal de Colombia, con una cesión territorial por parte de Venezuela. Hemos logrado frenar a las facciones que exigían una revolución violenta.

»La república de Santander está organizada para desarrollarse pacíficamente y tener un gobierno estable. Pagando indemnizaciones a Venezuela y Colombia, ocupamos un lugar ante las naciones del mundo.

Al pronunciar Legira estas palabras, su rostro asumió una expresión de acabado patriotismo-cambio completo de su aire anterior de conspirador.

Las frases del hombre y el tono tranquilo en que las dijo arrancaron afirmaciones de aprobación a su auditorio.

Legira comprendió, instintivamente, que había obtenido resultados. Hizo una pausa y aguardó, durante un largo momento. Luego, con el mismo tono sereno, agregó:

-Necesitamos diez millones de dólares para asegurar la independencia de Santander. A cambio de dicha cantidad, otorgaremos concesiones completas y excelentes a los intereses norteamericanos representados por ustedes. Ya les han sido presentados los detalles del plan. He hecho el resumen de mi proposición. Aguardo la respuesta.

Legira volvió a dejarse caer en su asiento. Su lánguido aplomo reapareció.

Volvió a introducir un cigarrillo en la boquilla y siguió fumando, arrellanado en su asiento. Aguardaba preguntas. John Hendrix, portavoz del grupo financiero, le dirigió una.

-Su proposición ha sido estudiada cuidadosamente-dijo el hombre corpulento--. Parece genuina y hecha con toda buena fe, Legira, Le diré, incluso, que la hemos discutido confidencialmente, como es de suponer, con ciertas personas muy familiarizadas con las cuestiones sudamericanas. Todas han hablado a su favor.

Legira sonrió, lleno de confianza.

-Es más-prosiguió Hendrix-: hemos obtenido la opinión de ciertos sudamericanos, incluso. Uno de ellos en particular, un tal Rodríguez Zelva, estudió, minuciosamente, la proposición.

Legira abrió bruscamente los ojos al escuchar aquel nombre. Miró con atención a Hendrix; luego volvió a adoptar su aire de indiferencia.

Sólo el choque de los dientes de Legira contra la boquilla delató su momentánea turbación.

-El señor Zelva-continuó diciendo Hendrix-, es un sudamericano que se halla, actualmente, en Nueva York. Habló en tono encomiástico de los planes de Santander y nos dio toda suerte de seguridades de que el gobierno recién formado cumpliría su acuerdo.

La sorpresa de Legira se trocó en perplejidad. Luego, su rostro reflejó contento y confianza. Sonrió al pasear su mirada por el grupo.

Luego se quedaron rígidas sus facciones al encontrarse con la fría mirada de un hombre sentado a un lado de la mesa.

Hasta aquel momento, Álvarez Legira había considerado a aquellos hombres como grupo, y no individualmente. Experimentó sorpresa y alarma a la vez al descubrir a aquel hombre que era distinto.

Vió un rostro firme e impasible, un rostro tan rígido e impenetrable como el suyo propio. Los ojos que asomaban a aquella máscara de semblante eran inescrutables en su mirada. Legira se dio cuenta de que aquellos ojos escudriñaban, vigilándole con actitud de halcón.

¿Quién era aquel extraño tan distinto a los otros financieros? ¿Qué significaba su inescrutable mirada?

Legira se sintió inquieto.

Sabía que se había encontrado con un hombre superior a él en todas partes-la horma de su zapato. ¿Era aquel hombre amigo, o enemigo?

La voz de John Hendrix llegó en tono que le pareció lejano a Legira. El sudamericano se arrancó de aquella mirada hipnótica que tanto le había asombrado y logró mirar hacia el que hablaba.

-La cuestión principal - estaba diciendo éste-, está relacionada con el sistema de llevar a cabo estas negociaciones. Con franqueza, Legira: el secreto con que usted se ha empeñado en rodear las negociaciones ha despertado dudas en nosotros. Me pidió usted que convocara esta reunión a hora tan anormal y en sitio tan poco usual... Queremos saber por qué ha insistido usted tanto sobre ese punto.

Legira recobró la serenidad con un esfuerzo. Miró a su alrededor, cuidando bien de no encontrarse con la vista del hombre de cara de halcón. Habló con refinada dignidad.

-Señores-declaró:-diez millones de dólares constituyen una cantidad vital en los asuntos de Santander. Todo está preparado; todo aguarda. Los funcionarios de la nueva república desean convocar una reunión de los delegados jurados de Colombia y Venezuela, para pagarles inmediatamente la cantidad estipulada.

»El hablar de negociaciones, de dinero que está en camino, resulta un elemento que pudiera conducir a un cambio de política por parte de nuestros vecinos. Por consiguiente, se me ha encomendado a mí solo cl trabajo de obtener los fondos necesarios.

»Todo eso ha quedado tratado ya en la proposición que les fue presentada a ustedes, aun cuando no se especificó con palabras tan claras. Es nuestro deseo poner el acuerdo final en manos de dos hombres: yo, como representante de Santander; usted, señor Hendrix, como representante de los intereses norteamericanos.

»Hay dos puntos vitales que puedo exponer en forma de pregunta. Primero- ¿están ustedes convencidos de que la preposición de Santander es genuina? Segundo: ¿están ustedes convencidos de que yo soy el agente autorizado de mi país?

-Creemos que ambos puntos han quedado ya demostrados-replicó Hendrix.

-Eso debiera bastar-anunció Legira, desafiador-. Por consiguiente, me creo justificado en pedirles que den a conocer su decisión, ¿Están dispuestos a efectuar el pago de los diez millones?

-Lo estamos-declaró Hendrix.

Legira sonrió, triunfante. Desde aquel momento el dueño de la situación era él. Vió que Hendrix estaba a punto de hacer otra pregunta. Legira fue lo bastante perspicaz para anticipársele.

-Esta usted preocupado por la forma de cumplir lo convenido-dijo-. No hay motivo para alarmarse. Como representante acreditado de Santander, puedo resolver todas las dificultades. Ahora todo queda entre usted y yo, señor Hendrix.

»Para evitar complicaciones, se propone que tenga usted la cantidad completa en su poder, preparada para entregármela en cuanto yo se la pida. Una vez que me haya sido entregada, la responsabilidad de usted termina y empieza la mía.

-Ahí está, precisamente, señor Legira-interpuso un hombre mofletudo, sentado cerca de Hendrix-. Esa forma tan irregular de entregarle a usted el dinero...

-¿Tiene usted confianza en el señor Hendrix?-inquirió, inmediatamente, el sudamericano.

-Claro que sí-respondió el otro.

-¿Está usted convencido de que el gobierno de mi país tiene plena confianza en mí?

-Sí.

Legira se encogió de hombros. Este gesto expresó mejor que las palabras lo que de ello debía deducirse. Entre el murmullo de conversación hubo movimientos afirmativos de cabeza.

Era evidente que Legira tenía muy buenos motivos para reducir la transacción a términos individuales.

-Cuando el señor Hendrix tenga el dinero -declaró Legira -, todo se hallará en sus manos. Yo, por mi parte, sabré cuál es el momento más oportuno para mandar los millones a Santander. Entonces, evitando toda publicidad, obtendré el dinero de manos del señor Hendrix y me encargaré de que sea entregado a mi país. Cuando el mundo se entere de que Santander ha recibido el apoyo de grandes intereses norteamericanos, la transacción estará ya ultimada.

Paseando una mirada por todos los rostros, Legira comprendió que había triunfado. Uno por uno fue examinando a los hombres, y leyó la aprobación en todos los semblantes.

Luego, al finalizar su inspección, volvió a encontrarse con el hombre de rostro de halcón, que estaba sentado con los brazos cruzados.

Legira y aquel hombre se quedaron mirándose silenciosamente.

-A menos que haya alguna otra pregunta -estaba diciéndoles Hendrix a sus compañeros-, podemos darle a conocer ahora a Legira nuestra decisión.

Legira apenas oyó las palabras. Estaba vigilando a su adversario, comprendiendo que aquél era uno, por lo menos, que con una sola pregunta podía echar a perder todos sus planes. El aplomo del cónsul empezó a desaparecer al ver moverse los labios de aquel rostro impenetrable.

-Yo tengo una pregunta.

La voz era fría. Aun cuando las palabras fueron dichas a todo el grupo, Legira comprendió que iban dirigidas sólo a él,

-Una pregunta-anunció Hendrix, golpeando la mesa-. Una pregunta de Lamont Cranston.

!Lamont Cranston!

El nombre le era conocido a Álvarez Legira, aun cuando nunca había visto al personaje que lo llevaba hasta aquel momento.

Sabía que Cranston era hombre fabulosamente rico, y que se había interesado considerablemente en los asuntos extranjeros. Había oído decir que Cranston era un cosmopolita, cuyo hogar se hallaba en todas partes.

Instintivamente, Legira comprendió que el éxito ya no estaba en sus manos.

Dependía, por completo, de lo que Lamont Cranston tuviera que decir.

Las esperanzas del sudamericano parecieron desvanecerse. Temía la pregunta que estaba a punto de serle dirigida. Podía hacer añicos todos sus planes en un momento.

Intentó afectar un aire de indiferencia mientras aguardaba.

-Mi pregunta es la siguiente-Cranston habló con voz lenta, enérgica y monótona, mirando a Legira de hito en hito-. ¿Está usted dispuesto a darnos su palabra, señor Legira, de que la suma entera será utilizada para los fines por usted estipulados?

-Completamente dispuesto.

-¿Para pagar al gobierno de Colombia-prosiguió Cranston-, para pagar al gobierno de Venezuela, y para verter en el tesoro de la nueva república de Santander?

-Para esos fines y ningún otro más-afirmó Legira.

Los ojos de Lamont Cranston brillaban al clavarse, penetrantes, en los de Álvarez Legira. El cónsul aguardó, perdiendo ánimos, porque presentía que le iban a hacer otra pregunta.

Entonces Lamont Cranston hizo lo que menos se esperaba de él. Apartó la mirada y se volvió a John Hendrix.

-Apruebo el plan-dijo-. No tengo más preguntas que hacer.

Legira se quedó boquiabierto de asombro. En un breve segundo se había visto alzado de lo que parecía trágico fracaso, a un éxito seguro.

Lamont Cranston, a punto de echar por tierra todas sus esperanzas, se había convertido, bruscamente, en su mayor apoyo.

Antes de que el sorprendido cónsul pudiera rehacerse, John Hendrix había golpeado la mesa y solicitado el voto. Legira oyó contestar a coro:

-¡Sí!

Ni una sola voz disintió. Legira se encontró estrechando la mano de John Hendrix y aceptando las felicitaciones de los demás. Escribió su nombre al pie de un documento ya firmado. El último detalle había quedado resuelto.

¡Diez millones de dólares!

Álvarez Legira había luchado por esta cantidad y había ganado. Fue recobrando, poco a poco, su aplomo.

Buscó a Lamont Cranston a su alrededor, al hombre que había suministrado la culminación dramática a las negociaciones. Pero no vió ni rastro del millonario de rostro sereno.

Los demás hombres se estaban marchando. No tardó en quedarse solo Legira con John Hendrix. Charlaron unos momentos.

Hendrix tendría el dinero antes de cuarenta y ocho horas. Legira podía visitarle y hacer los preparativos necesarios para embarcar los millones con rumbo a Santander.

-¡Jermyn!

Al dar Hendrix este grito, el melancólico secretario se presentó. Era el único que quedaba allí, aparte de los dos negociadores. Jermyn gozaba de la entera confianza del financiero. Había sido nombrado ujier de aquella reunión secreta.

-El señor Legira se marcha, Jermyn dijo Hendrix-. Puede usted conducirle a través del otro cuarto.

Legira estrechó la mano de Hendrix, cogió el sombrero y el bastón, y salió del juego de habitaciones. Una vez solo en el pasillo, miró en ambas direcciones. Luego se dirigió a la escalera que conducía al jardín de la azotea.

Subió hasta llegar al último peldaño.

Allí se asomó cautelosamente. Luego salió al vestíbulo con un movimiento rápido. De pie junto a la pared, agachó la cabeza, pero miró a su alrededor mientras ponía otro cigarrillo en la boquilla.

A nadie vió que le vigilase. Encendió el cigarrillo, se dirigió al ascensor y se unió con un grupo de personas que abandonaba la azotea.

Al entrar en el ascensor, Legira daba de lleno la espalda a la escalera por la que había subido. Experimentó de pronto una extraña sensación, la de que alguien le estaba vigilando en aquel momento.

Se volvió; pero demasiado tarde. La puerta del ascensor se había cerrado.

Sólo una fracción de segundo había impedido que Legira viese lo que sospechara.

Dos ojos ardían en la oscuridad de la escalera, ojos que Legira hubiera reconocido. Eran los mismos ojos que le habían escudriñado tanto durante la conferencia: los ojos de Lamont Cranston.

Ahora habían desaparecido aquellos ojos ya, y no se veía señal de hombre alguno. En la semioscuridad de la escalera, sólo el rumor de un leve roce delataba el descenso de un ser humano.

La escalera terminaba en un pasillo lateral de la planta baja, lugar que, a aquellas horas de la noche, estaba desierto.

Allí se vió, de pronto, una alta figura, una figura extraña y silenciosa que nadie vió. Un hombre alto, vestido de negro, con capa, y con sombrero de fieltro cuyas alas le ocultaban las facciones, se hallaba allí de pie, inmóvil.

De haber estado allí Álvarez Legira para ver aquel fantasma, hubiera quedado asombrado al ver los ojos que brillaban bajo el ala del negro sombrero.

Porque aquel hombre misterioso poseía los ojos de Lamont Cranston y, sin embargo, era un individuo completamente distinto.

En todo Nueva York no había más que un hombre que se presentara tan extraña y fantásticamente ataviado: La Sombra, hombre de la noche, cuyo simple nombre poblaba de terror el corazón de los malhechores.

Una risa suave surgió de los invisibles labios. La capa negra se movió, descubriendo, durante un instante, su forro carmesí.

Luego ya no se vió, porque, avanzando rápidamente hacia la puerta del extremo del pasillo, había desaparecido en la noche.

Donde el crimen y el peligro amenazaban, allí aparecía La Sombra. Aquella noche se habla hallado presente para reconocer los planes de Legira.

Se proyectaba un acto criminal, y La Sombra estaba preparado para hacerlo fracasar.

¿Por qué había interrogado Lamont Cranston al sudamericano? ¿Por qué había suspendido el interrogatorio en el preciso instante en que el cónsul esperara que lo renovase? ¿Qué misterio se ocultaba tras las negociaciones que Legira acaba de ultimar?

La única respuesta a estos problemas fue una risa baja, sobrenatural, que repercutió por la pared exterior del Hotel Corona. Alguien, invisible en la oscuridad, había emitido aquella risa cuyo acento parecía insondablemente ominoso.

Era la risa de La Sombra. Había observado las precauciones que tomaba Legira para no ser visto. Se jugaban diez millones de dólares.

A otros se les había logrado hacer creer que el dinero no corría peligro. No sospechaban que se estaban desarrollando planes para robarles una suma inmensa.

Esto era cosa que Álvarez Legira había sido lo bastante astuto para no mencionar. Creía que su palabra fácil había conseguido inspirar confianza absoluta y que ninguno de los que le habían escuchado aquella noche podían tener ni la más remota sospecha de sus planes.

En eso Legira se había equivocado.

¡La Sombra había asistido a aquella reunión secreta!

¡La Sombra sabía!

CAPÍTULO III
OBSERVADORES NOCTURNOS

Al apearse Álvarez Legira del taxi delante de un edificio de piedra oscura situado en una bocacalle al Norte de la calle Ochenta y Uno, la luz de un farol cercano iluminó su figura mientras pagaba al conductor.

Aquella luz iluminaba también la fachada del edificio que parecía un punto focal en el centro de una hosca hilera de casas de ventanas oscuras.

La casa aquella se distinguía de las vecinas por la placa de bronce colocada junto a la puerta. Dicha placa ostentaba el escudo de armas de la nueva república de Santander y señalaba el lugar como residencia consular.

El taxi se fue, dejando a Legira solo en el bordillo. Con su indiferencia de siempre, el cónsul subió los peldaños y tocó el timbre. Se descorrieron cerrojos, la puerta se abrió cautelosamente, y entró Legira.

La calle permaneció desierta, iluminada siempre por el farol aquella casa que, ya por ello, se destacaba de las demás.

Al otro lado de la calle reinaba la más completa oscuridad. Los edificios allí eran viejos y deshabitados. Reinó el silencio después de haber desaparecido Legira.

Sin embargo, la oscuridad frente a la casa del cónsul parecía delatar la presencia de seres humanos. Cualquiera que hubiese pasado hubiera imaginado oír vagos susurros procedentes de las tinieblas que envolvían un pequeño callejón.

Sonaron pasos. Un hombre pasó por la acera frente a la casa de Legira. Se detuvo, a encender un cigarrillo. La llama de la cerilla iluminó un rostro determinado y perspicaz.

El hombre tiró la cerilla al arroyo. Su mirada, siguiendo la trayectoria de aquella astilla encendida, se dirigió a la residencia del sudamericano.

Reanudó su camino hacia la esquina próxima.

Cuando se hubo alejado, volvieron a oírse los susurros. Dos hombres hablaban, ambos invisibles y sin ser oídos por el que pasara.

-Ese es-dijo una voz baja, Martín Powell-. Ya te dije que se presentaría por aquí en cuanto Legira se metiese en casa.

-Bueno, ¿y eso qué?-inquirió otra voz-. No es mejor que un vulgar agente de policía. Tanto daría que llevase un silbato para anunciarnos su llegada.

-Es bastante listo, Pete.

-No te preocupes de él, Silk. No asomes la cara. Está vigilando la casa de Legira y nada más.

-Escuche, Pete. Es muy probable que vuelva. Si vas a entrar en casa de Legira, te verá.

-¿Y qué si me ve? No sabrá quién soy. Tú tienes que continuar escondido, naturalmente. Pudiera reconocer en ti a Silk Dowdy. Tú has de trabajar en las tinieblas. Pero nadie me conoce a mí en Nueva York.

-Comprendo, Pete. Más vale que esperes, sin embargo. Deja que vuelva a pasar. Sería mala cosa cruzar la calle desde aquí.

-Oye, Silk: tienes mucho que aprender, a pesar de tu fama. He visitado a Legira antes de ahora. Tú aguarda aquí. Yo voy a retroceder por el callejón. Cuando me presente en casa de Legira, llegaré en coche.

Los susurros se apagaron. Unos minutos después volvieron a oírse pasos en la acera y la figura de Martín Powell pasó por delante del callejón.

Las oscuras ventanas de la casa del otro lado de la calle reflejaron la luz del farol. No se veía la menor señal de actividad.

Ni el hombre que rondaba por los alrededores ni el observador oculto en la oscuridad del callejón podían adivinar lo que estaba ocurriendo dentro de aquella casa. A juzgar por las apariencias, sus habitantes se habían retirado.

Pero no era así.

En un cuarto del piso superior, a un lado del edificio, Álvarez Legira estaba sentado a una mesa sobre la que campeaba una sola lámpara.

Las cortinas estaban echadas. Sólo un minúsculo espacio permitía descubrir la presencia de una persiana cerrada en el exterior de la misma ventana que tenía la habitación.

Sentado frente al cónsul había un hombre bajo y delgado, cuyo cetrino rostro y ojos pardos y centelleantes delataban su ascendencia española.

Junto a la puerta estaba un hombre alto, silencioso, cuyas atezadas mejillas y frente estaban picadas de viruelas.

Formaban un extraño grupo aquellos tres. Legira, de una cortesía refinada, era, evidentemente, el jefe. El hombre delgado parecía astuto y peligroso. El alto, a pesar de su actitud servil, era formidable.

-Puede retirarse, Francisco-ordenó Legira.

El hombre alto dio media vuelta, sin contestar, y salió de la habitación. Sus pasos pesados sonaron en la escalera.

-Bien, López--dijo Legira.

-Oh, señor-empezó a decir el hombre delgado, en español-. Buena...

-Hable inglés-ordenó Legira-. Necesita practicarlo. Olvide el español, de momento. Recuerde que, como secretario mío, cuanto mejor inglés hable, de mayor utilidad me resultará.

-Mil perdones, señor-replicó López, inclinando la cabeza-. Había olvidado sus instrucciones. Procuraré hablar en inglés siempre.

El sudamericano se sonrió al oír la singular pronunciación del otro. López hablaba haciendo un visible esfuerzo. Pareció animarse al observar la sonrisa de Legira y enseñó los dientes en expansiva sonrisa.

-¿Qué ocurrió esta noche?-inquirió Legira.

-Ese hombre estaba vigilando. Estuvo observando cuando salió usted.

-¿Se refiere a Martín Powell?

-Sí, señor.

-Está bien. Ya sabemos todo lo que hay que saber de él. ¿Y los demás?

-No estoy seguro. Creo haberles visto frente a casa. Han estado vigilando también. Así creo, por lo menos.

Legira se levantó de su asiento. Encajó un cigarrillo en la larga boquilla y encendió un fósforo con gesto de rabia.

-¡Jaleo!-gruñó-. Por eso están aquí. ¡Habrá jaleo! Creen que me están engañando, López. ¡Seré yo quien les engañe a ellos!

El secretario afirmó con la cabeza.

-¿Recuerda usted en Maracaibo?-preguntó Legira-. Anduve buscándole tres patas al gato entonces. Intentaron matarme allí. ¿Eh, López? ¿Se acuerda?

López rió, con risa amenazadora. La malignidad de la misma pareció gustarle a Legira,

-Francisco estaba allí entonces-murmuró, recordando.

-Francisco está aquí-respondió López.

-Sí, Francisco está aquí-Legira hizo una pausa para exhalar una nube de humo-; Francisco está aquí; pero esto no es el Maracaibo.

La afirmación hizo que apareciera en el semblante del secretario una expresión solemne. Legira guardó silencio durante un minuto más; luego miró a López de hito en hito y habló en voz baja.

-La transacción se ultimó satisfactoriamente esta noche-dijo-. Todo ha salido a medida de mis deseos. ¡Diez millones de dólares, López!

-¡Veinte millones de pesos!

-Significa algo más que eso. Los dólares son más seguros que los pesos. Sí, puedo obtener diez millones de pesos en cualquier momento que los desee. Pero, después de eso...

-¿Cree usted que se enterarán?

-Aún no. Tardarán un poco. Pero estoy preocupado. Si obro aprisa, tal vez vaya todo bien. Sin embargo, el obrar aprisa pudiera ser un error grave. Es mejor aguardar.

-Pero no aguardar demasiado.

-No... demasiado no. Hay que esperar a ver si saben algo. Si nada saben, podemos obrar con rapidez y seguridad,

-¿Y ese Powell?

-Puedo evitar complicaciones con él, López. Eso forma parte de mi plan. He arreglado las negociaciones de forma que sólo tenga que tratar con un hombre con Hendrix, el financiero principal.

»Puedo manejar a Hendrix. Eso evitará complicaciones con Powell. A menos que éste se entere de la existencia de los otros...

-Se refiere usted a Ballon, ¿eh, señor?

-No a Ballon sólo. A los otros que están con Ballon. No hay nada de qué preocuparse mientras Ballon parezca un individuo aislado. Pero si se descubre con quién está relacionado... bien pudiera echarse todo a perder, López.

-¿No podría usted vigilar a Ballon?

-No puedo moverme, López. Eso debe comprenderlo usted. Es una especie de balanza. Lo que mantiene la balanza en el fiel, es el equilibrio entre Ballon y Powell. Cualquiera de los dos pudiera desequilibrarlo todo. Ello lo echaría todo a perder. Afortunadamente, Powell me está vigilando a mí y no se preocupa de Ballon...

El zumbido de un timbre le interrumpió. EL cónsul miró a su secretario.

Abajo se oyeron los pasos de Francisco, que acudía a abrir la puerta. Luego los mismos pasos sonaron en la escalera. López salió al encuentro del criado.

Su atezado semblante reflejaba excitación al regresar al cuarto. Legira le miró, interrogador.

-Es Pete Ballon, señor-declaró López-. Está abajo. Desea verle.

-Dígale a Francisco que le conduzca aquí -ordenó Legira, en un susurro-. Regrese usted inmediatamente. Dígale a Francisco que suba despacio.

El secretario movió afirmativamente la cabeza. Salió a dar órdenes al criado.

Regresó y Legira le asió por el hombro.

-¡Sospechan ya! – exclamó-. Quédese aquí, López. Escuche escondido tras la puerta del cuarto ropero, ¿comprende?

López movió afirmativamente la cabeza, se escondió con precipitación.

Álvarez Legira miró a su alrededor, nervioso. Luego, encogiéndose de pronto de hombros, volvió a sentarse tranquilamente y encendió un nuevo cigarrillo.

Contemplaba, pensativo, una nubecilla de humo cuando sonaron en la escalera los pasos de esos hombres.

CAPÍTULO IV
LA SOMBRA BUSCA

Francisco entró en el cuarto en que estaba sentado Legira. Se echó a un lado para dejar pasar al otro hombre. Legira miró con placidez a la visita.

El recién llegado era hombre de regular estatura, fornido y bien vestido. Su rostro daba la sensación de franqueza, a pesar de que los ojos azules tenían un brillo acerado.

Sólo los labios del afeitado semblante eran portadores de una advertencia para quien los observara con atención.

Aquellos labios sonreían como el saludo, pero las comisuras estaban torcidas de una forma singular que parecía desmentir la amistosa expresión.

Pete Ballon era astuto; pero su aspecto desarmaba. En esto formaba un marcado contraste con Álvarez Legira, cuyo rostro cetrino, labios delgados y bigotes con puntas parecían delatar una naturaleza intrigante.

Ballon, sin esperar a que Legira le invitara, se dejó caer en una silla que López abandonara. Francisco, a una señal de su amo, salió del cuarto y descendió a la planta baja.

Legira miró a su visitante con fijeza. No dio la menor muestra de interés o curiosidad respecto al objeto de la visita. La sonrisa se endureció en los labios de Ballon. Una risa breve y hosca delató su verdadero carácter.

Quiere usted que hable yo primero, ¿eh? -dijo.

Legira se encogió de hombros, casi imperceptiblemente.

-Bueno-prosiguió Ballon:-hablaré. Es más, lo haré aprisa. Voy a hablarle sin rodeos. He venido a tratar de los diez millones que ha conseguido usted esta noche.

-¿Diez millones?

El tono meloso, suave, de Legira, indicaba interés y curiosidad, como si se estuviera preguntando a qué podrían referirse aquellas palabras.

-Sí-gruñó Ballon:-los diez millones de dólares. Mucho dinero es ese para la gente de Santander. Mucho dinero... si lo reciben.

Legira se llevó la boquilla a los labios y dio una serie de chupadas cortas y rápidas. Su semblante conservaba la placidez de costumbre. No expresó la menor sorpresa.

-Es usted bastante tranquilo-rió Ballon-. Pero es inútil intentar darme esquinazo. Estoy enterado de todo, Legira. Lo tiene dispuesto todo para recibir diez millones. En cualquier momento que quiera y de la forma que se le antoje.

»Muy hábil... pero no lo bastante. Le digo a usted ahora mismo que no le va a servir de nada.

Legira siguió inescrutable.

-Hágase el tonto sí quiere-continuó el otro-. Hágase el tonto; pero escuche, Le voy a dar facilidades, A medias.

-¿A medias?

-Sí. Cinco millones para usted; cinco millones para mí. Sus asuntos son de usted; los míos son míos. ¡Ya conoce mi oferta!

-No he solicitado oferta alguna-anunció Legira meloso.

-¿A qué perder tiempo?-inquirió Ballon, con aspereza-. Se encuentra usted en un atolladero, Legira. Le estoy enseñando una buena salida. Escúcheme bien: te tenemos donde no puede usted moverse. ¿Comprende?

»Ha levantado diez millones divinamente. Pero la gente que se los proporciona no es bruta. Ese Powell le ha estado vigilando desde el primer momento. No creo estarle diciendo nada nuevo con eso.

»Si nota algo en usted que no le parezca de ley, se lo dirá a los banqueros que van a dar el dinero. Es investigador de ellos. Un mal informe suyo, y la transacción quedará anulada.

-Todo eso es muy interesante-observó Legira, con calma.

-Es usted muy astuto. Sabe que tenemos tan pocos deseos como usted de darle el soplo a Powell. Porque si usted no consigue los diez millones, nosotros no podremos conseguirlos. Pero, si a eso viene, le estropearemos la combinación desde el cuartel general, mediante el sencillo procedimiento de permitir a Powell que se entere de nuestra existencia. ¡No olvide eso!

-Gracias.

-Powell no se enterará. Usted no se lo dirá. Nosotros tampoco. Va usted a recibir esos diez millones. De acuerdo. Pero, en cuanto los tenga, se los quitamos. Es usted el único que puede obtenerlos y vamos a vigilarle día y noche.

»Pero si lo estropea todo por esperar demasiado, no habrá nada en el asunto para ninguno. Conque le damos esta oportunidad. Coja los diez millones y hágalo pronto. Entréguenos la mitad y quédese con el resto. ¿Qué dice a eso?

-Ha pronunciado usted palabras que me interesan enormemente, señor Ballon-observó Legira-. Una palabra, en particular, me ha llamado poderosamente la atención.

-¿Qué palabra?

-La palabra «nosotros». ¿Qué es lo que usted quiere decir exactamente al decir «nosotros», señor Ballon? Me encantaría conocer el nombre de algunos de sus asociados.

El semblante de Ballon reflejó ira y desafío.

Durante un momento pareció a punto de perder los estribos. Luego sonrió con malignidad.

-Usted trabaja a las órdenes de otras personas, ¿no?-inquirió.

-Represento al gobierno legítimo de Santander-dijo Legira, con orgullo.

-Pues bien-dijo Ballon, con áspera risa-, yo represento al ilegítimo, si usted quiere.

-Yo no reconozco a más gobierno que el legítimo.

-¿A qué ser estúpido, Legira? Todos son iguales en Santander. Todos andan buscando su propio medro. Son unos pancistas que no quieren otra cosa que sacar tajada.

-No me hacen gracia los insultos-interpuso Legira, con frialdad-. El gobierno que represento se compone de hombres honrados y sinceros. No les guía más interés que asegurar el bienestar de Santander.

-Bueno-respondió Ballon:-supongamos que así es. Necesitan dinero también. Cinco millones de dólares. No dirán que no a esa cantidad, ¿eh? Usted está aquí para pedir diez millones. Qué proporción de esa cantidad piensa usted entregar no es cuenta mía. Lo único que vengo a decirle es que sólo se quedará con cinco millones. ¡Ni un centavo más!

-Tengo la intención de entregar cualquier dinero que pueda recibir al gobierno de Santander-afirmó Legira-. Si, como usted asegura, he de recibir diez millones, el gobierno legitimo de Santander recibirá hasta el último centavo de esa cantidad. Pero yo no tengo diez millones de dólares. Tal vez no los tenga nunca...

-¡Los tendrá!-le interrumpió Ballon, poniéndose en pie con impaciencia-. Embárquelos para Santander en cualquier vapor que quiera. Le advierto anticipadamente que, en cuanto el dinero ese salga de Nueva York, puede darlo por perdido en su totalidad. ¿Comprende? Pártanlo aquí con nosotros y estamos en paz. Intente burlarnos y lo perderá todo. Lo tenemos todo preparado...

Ballon calló bruscamente. Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Se detuvo allí y aguardó a que Legira hablara. El cónsul nada dijo.

-Le damos diez días-observó Ballon-. Hemos de recibir nuestra parte entonces. De lo contrario...

-¿Qué?

La pregunta de Legira fue una fría interrupción.

-De lo contrario nos quedaremos con los diez millones completos. Estoy bien enterado de cómo andan los asuntos en Santander. Es usted demasiado inteligente para depositar confianza alguna en ese gobierno de pacotilla que usted llama legítimo. Me figuro que usted lo que busca es sacar lo que pueda.

»Ha hecho usted una jugada muy hábil en Nueva York. Una jugada que representa un beneficio de diez millones. Divídalo por los y andará bien. Santander es el único lugar en que puede usted saltar.

»Su gobierno legítimo (la voz de Ballon rebosaba sarcasmo) será tan gobierno de opereta como el ilegitimo cuando llegue el momento de la verdad.

»Estoy echando mis cartas boca arriba sobre la mesa. Queremos cinco millones. Le dejaremos conservar cinco si nos da cinco. Si intenta quedarse con los diez completos avisaremos a los hombres de acción de Santander. Habrá una revolución inmediatamente. Cinco millones para nosotros y cinco millones para los revolucionarios.

»Conque escoja usted, Legira. Si quiere cinco millones... para usted o para su gobierno legítimo... ahora es la ocasión para asegurarse de ellos. De lo contrario, la cantidad que usted obtenga será completamente negativa. Eso es definitivo.

-Es muy tarde, señor Ballon-dijo Legira, con hastío-. Propongo que se marche ahora para que pueda dar cuenta de su gestión a la persona que le ha enviado.

-Nadie sabrá quién me ha enviado-gruñó Ballon-. Conque no piensa doblegarse a nuestros planes, ¿eh?

-Yo me paso la vida trabajando, no jugando.

Ballon se quedó momentáneamente desconcertado. Luego amenazó, furioso, con un dedo al sereno sudamericano.

-Diez días-dijo-: ¡es el límite!

Francisco estaba subiendo la escalera. Ballon se volvió y salió al encuentro del criado, que le acompañó hasta la planta baja. Legira oyó una hosca voz gruñir algo entre dientes allá abajo.

López salió del cuarto ropero. Miró a su jefe con admiración y preocupación a la par. El cónsul no hizo caso de la expresión de su secretario.

Sonreía, sombrío, y, de pronto, una astuta sonrisa surgió de sus labios.

Señaló el teléfono López se lo acercó.

Se oyó el ruido de una puerta que se cerraba. El sudamericano descolgó el teléfono y se lo acercó al oído. Pidió un número. Una voz respondió a los pocos instantes. El cónsul parecía reconocerla.

-Soy Legira-dijo-: probaremos nuestro plan mañana. Póngase en movimiento en seguida.

Poniéndose en pie, Legira se plantó delante del espejo, contemplándose el semblante. López miraba, por encima de su hombro. Legira sonrió al observar el contraste. Su propio rostro, a pesar de la melosa expresión que le adornaba, no se salía de lo corriente, como la de López. El cónsul siguió mirando, mientras López le contemplaba, extrañado.

Por fin, obedeciendo a una seña suya, López le acompañó a un cuarto delantero oscuro. Atisbaron juntos por la ventana. Pete Ballon se hallaba de pie en la acera, mirando de un lado a otro de la calle.

Apareció un taxi. El hombre lo paró y se marchó en él en seguida.

Un momento después Legira dio un codazo a López al aparecer un hombre en la acera de enfrente.

-Martín Powell-dijo Legira, en voz baja.

El investigador se perdió en la oscuridad. Ambos hombres siguieron vigilando. No vieron a ninguna otra persona. López exhaló una exclamación y asió del brazo a su jefe. Luego rió, avergonzado.

-Creí que era alguien-dijo:-alguien que cruzaba la calle. Pero no es nadie.

Legira, al mirar, observó una sombra fugaz que osciló en la luz del farol de la calle. Luego la perdió de vista al dirigir la mirada hacia la oscuridad del callejón de enfrente.

Si se hubiera fijado en la negra sombra, hubiera podido observar en qué forma silenciosa la figura de un hombre, se acercaba al lado de la casa.

El cónsul volvió, con su secretario, al cuarto que tenía la ventana con la persiana echada. De nuevo se quedó mirándose en el espejo, con López a su lado.

Transcurrieron los minutos. La cortina de la ventana se agitó levemente como si una mano invisible hubiera abierto las persianas.

Legira no se fijó en el movimiento. Tampoco vió la larga y estrecha sombra que había aparecido en el suelo y que llegaba desde la ventana hasta sus pies.

El cónsul se volvió a López.

-No será difícil-fue su enigmático comentario-. Lo sería si yo fuese usted, López. Tal vez fuera muy difícil entonces.

EL secretario pareció aturdido. Legira rió. Salió del cuarto, dejando intrigado al secretario. Este le siguió al poco rato.

La cortina se agitó de nuevo. Hubo un ruido casi imperceptible.

Las persianas se estaban cerrando. En la oscuridad, en la pared exterior de la casa, una figura adherida a ella, como gigantesco murciélago, inició el descenso, apretándose mucho contra las piedras salientes.

La figura se perdió en la oscuridad de la calle. Apareció momentáneamente en la luz que iluminaba la fachada. Se vió durante un instante un hombre alto, vestido de negro; Luego desapareció su figura en la noche.

Sólo una risa baja, suave, marcó la extraña desaparición de aquel misterioso personaje. La figura no se vió al cruzar la calle y detenerse cerca de la entrada del callejón de enfrente.

La Sombra, hombre de la noche, había estado investigando allí. Envuelto en las tinieblas, había observado la marcha de Pete Ballon. Se había dado cuenta de la llegada de Martín Powell. Había espiado a Legira y a su secretario.

Ahora, a la entrada del callejón, se dio cuenta de la presencia de Silk Dowdy, el oculto vigilante. Sin ser visto, sin ser observado, La Sombra se alejó en la oscuridad.

CAPÍTULO V
LOS OJOS DE LA SOMBRA

Había transcurrido una semana desde la movida noche en que Álvarez Legira ultimara la transacción de los diez millones. Sentado en el aislado cuarto de su residencia, el cónsul de Santander hablaba con su secretario López.

-Diez días fueron, ¿no?-inquirió-. Veamos... han transcurrido seis ya. Aún nos quedan cuatro.

-Sí, señor-replicó López:-quedan cuatro. Sin embargo, usted no ha hecho nada aún.

-Nada-asintió Legira con una sonrisa-. Nada, López, y, sin embargo, no estoy preocupado. Había esperado algún cambio antes de esta noche; no obstante (se encogió de hombros), mañana será otro día.

-Usted tiene algún plan-dijo López, con voz cautelosa-: algún plan del que no me ha hablado. ¿No es cierto? ¿Por qué no me ha hablado de él?

Legira se puso en pie y le dio una palmadita en el hombro. En su rostro brilló una sonrisa. López sonrió a su vez. Aquellos dos hombres se comprendían perfectamente.

-Se lo diré, López. Pronto; pero ahora no. Recordara la noche en que Pete Ballon vino aquí. Cuando él se fue, le pedí a usted que me trajera...

En lugar de acabar la frase, señaló el teléfono. López movió afirmativamente la cabeza. Recordaba la breve conversación sostenida por Legira aquella noche; pero no recordaba a qué número había llamado.

-Pues eso fue-prosiguió Legira-. Usted me conoce bien. Siempre pienso las cosas con anticipación. ¿No es cierto?

-Sí, señor.

-Pensaba con anticipación aquella noche. Sigo pensando con anticipación. Tengo un plan, López. ¡Un plan maravilloso!

Sonriendo, Legira se volvió y miró hacia el espejo de la misma manera que mirara aquella noche. Se volvió nuevamente al secretario y el rostro de éste pareció iluminarse de repente, como si empezara a comprender.

-¡Ah, señor!-dijo.-No sé cuál podrá ser su plan; pero muy bueno ha de ser para dar resultados positivos. Hay hombres que le vigilan continuamente. Hay ese Powell. Hay otros a los que no vemos, pero que sabemos que trabajan con Ballon. Si hiciera usted algo de lo que ellos desconfiaran, sería un mal asunto. Mientras está aquí, no puede hacer lo que quisiera. Pero sí...

La mano de Legira se alzó en aviso. Movió negativamente la cabeza, como advirtiéndole a López que no debía decir más. Con gesto expresivo, señaló las paredes.

-Hay ojos fuera de esta casa-dijo, en voz baja-. Pudiera haber oídos dentro. Olvidemos estos asuntos, López. Mañana iremos al despacho consular como de costumbre, para ocuparnos de asuntos de menor cuantía. Los detalles pequeños han de seguir adelante, aun cuando se avecinan los grandes acontecimientos.

López movió afirmativamente la cabeza. Cruzó el cuarto y separó levemente las cortinas. Quería asegurarse de que las persianas de hierro seguían cerradas. Su inspección resultó satisfactoria. Pero había algo que ni los perspicaces ojos de López observaron.

Allí donde la ventana tocaba el marco había una leve grieta. Por el fondo de la misma corría un hilo verde muy delgado que sólo aparecía a la vista por debajo del alféizar. Desde allí pasaba a un punto detrás de un radiador.

Legira sonrió al ver la aprensión de su secretario.

El cónsul tampoco se fijó en el delgadísimo alambre. Este había aparecido allí donde se hallaba la misma noche en que Ballon diera a conocer su ultimátum. La Sombra se había encargado de instalarlo para uso futuro.

-Recuerde usted esto-dijo Legira:- cuando un hombre tiene trabajo importante que hacer, es mejor que trate con una sola persona... y no con muchas.

López asintió con un movimiento de cabeza.

-No hay nada más esta noche-declaró el cónsul-. Yo seguiré leyendo. Puede usted retirarse, López. En el despacho, mañana, a las nueve.

El secretario salió del cuarto. Álvarez Legira cogió un libro de la mesa y se puso a leer.

López, sin embargo, no compartía la tranquilidad de su jefe. Se dirigió a la habitación oscura delantera y atisbó por la ventana. Buscaba la difuminada silueta de observadores, de aquellos que se hallaban siempre allí y que, sin embargo, nada podían saber de lo que ocurría dentro de la casa.

A pesar de su preocupación, a López no se le ocurrió sospechar ni por un momento que había otros medios para saber lo que pasaba en el interior. No sabía que cuanto él y Legira habían hablado había sido oído por un hombre instalado en la habitación delantera de la casa de al lado, por un hombre que desde allí podía al propio tiempo vigilar la calle.

El secretario dio por terminada su inspección del exterior. Reinaba tranquilidad completa aquella noche, tan completa como durante toda la semana transcurrida. Salió y pasó por delante de la puerta del cuarto en que leía el cónsul. El reloj de la chimenea daba en aquel momento las doce.

En aquel preciso instante, al oírse la última campanada de medianoche, se encendió una lámpara en un cuanto situado en otra parte de Nueva York, lejos de la residencia de Álvarez Legira.

Los rayos de una lámpara de pantalla verde cayeron sobre una mesa de superficie lisa. Allí aparecieron dos manos con un largo sobre blanco.

¡Manos extrañas! Blancas, de largos y delgados dedos, las manos parecían objetos vivos que se movían desprendidas del cuerpo a que pertenecían.

Al abrir la mano izquierda una extremidad del sobre, la luz cayó sobre una joya que brillaba con extraño fulgor en el dedo corazón.

Era un girasol, el valioso ópalo de fuego que constituía una de las posesiones más preciadas de La Sombra. No tenia igual en el mundo; Y los rayos de luz que surgían de sus iridiscentes profundidades eran cambiantes y misteriosos. De rico carmesí cambiaban a un matiz purpúreo y luego a un azul intenso.

Cayeron varios papeles doblados del interior del sobre. Las manos de La Sombra los desdoblaron y unos ojos ocultos en las tinieblas empezaron a estudiar los mensajes que contenían. Eran informes de los agentes de La Sombra.

Brilló una minúscula luz en la oscuridad, al otro lado de la mesa. Una mano se extendió en dicha dirección. Apareció nuevamente con un casco telefónico.

El hombre misterioso se lo puso en la oscuridad, Una voz habló, en susurro:

-Deme su informe, Burbank.

El sonido de una voz vibró en el auricular. La Sombra escuchó las palabras de Burbank, único agente que tenia comunicación directa con La Sombra en persona.

-Informe de Vincent-dijo Burbank.

-Prosiga.

-Ninguna actividad por parte de Martín Powell una vez alejado de la vecindad de la residencia Legira.

Una pausa. Luego

-Informe de Burke.

-Hable.

-Bollan ha estado en comunicación con Silk Dowdy, que está vigilando la residencia de Legira. Nada de particular. Ballon no ha estado en contacto con ninguna otra persona.

-Deme su propio informe.

-Observaciones-declaró Burbank-. Martín Powell apareció en la calle a las nueve y cinco, caminando en dirección Oeste. Regresó a las nueve dieciséis, caminando en dirección Este. Volvió a aparecer a las once y dieciocho. Permaneció hasta las once veintidós.

»Otro hombre, identidad desconocida. Apareció a las once y once. Se detuvo a la entrada del callejón para recibir instrucciones de Silk Dowdy, aparentemente. Reanudó su camino a las once trece, caminando en dirección Este.

Hubo una pausa momentánea; luego la voz baja de Burbank continuó con metódica monotonía.

-Oído por el dictógrafo...

La mano de La Sombra se movía mientras hablaba Burbank, transcribiendo, palabra por palabra, la conversación de Álvarez Legira con su secretario.

Completado este mensaje, quedó terminado el informe de Burbank.

Sobre la iluminada mesa yacía la trascripción de lo hablado. Desde la oscuridad, ojos agudos la estudiaban. Así, escrita, aquella conversación resultaba enigmática.

No describía los gestos de López y Legira: cómo había mirado el cónsul al espejo; cómo había adivinado el secretario de pronto un significado oculto en lo que se había dicho.

Las manos cogieron la hoja de papel. La arrugaron y la tiraron a un lado. La luz se apagó. En la oscuridad se oyó una risa baja, siniestra, que repercutió en las paredes del cuarto.

Luego reinó el silencio. El hombre de la noche se había ido.

Eran ya las nueve de la mañana siguiente cuando Álvarez Legira y su secretario iban en un taxi por una bocacalle vecina a Times Square. La calle casi estaba obstruida por una multitud de hombres que se dirigían a la puerta de un edificio de estrecha fachada.

-Más hombres que buscan trabajo-observó Legira-. Todas las mañanas... siempre hay la misma muchedumbre.

-Sí, señor-repuso López:-ha ocurrido lo mismo toda la semana.

Los agudos ojos de Legira se fijaron en un hombre colocado en la cola.

Durante un instante su rostro pareció expresar triunfo; pero contuvo las palabras que le acudían a los labios. Se encogió de hombros y sonrió.

El taxi siguió adelante y dobló la esquina inmediata. En la avenida se detuvo ante un edificio de despachos. Legira y su secretario se apearon.

El hombre de Santander cruzó tranquilamente el vestíbulo, charlando al mismo tiempo con López. No prestó atención alguna al hombre fornido que entró en el ascensor con él y que se apeó en el cuarto piso, lo mismo que ellos.

El desconocido tiró en dirección opuesta. Su presencia nada significaba para Legira. AL pasar los dos delante de un despacho desierto, se oyó un leve chasquido, como de una cerradura al cerrarse. Legira no pareció darse cuenta.

Llegaron al final del corredor. Ante ellos se hallaba una puerta con el escudo de armas de Santander. López sacó una llave. Se echó a un lado para que Legira entrara primero en el consulado.

Componíase éste de una sola habitación grande, con un cuarto ropero en un rincón. Ni Legira ni López se fijaron en el delgado hilo verde que salía de detrás de una mesa, corría a lo largo de la parte baja del zócalo de la pared y salía por debajo de la puerta que López acababa de cerrar.

-Están vigilando otra vez, señor-declaró López, en voz baja.

-Como siempre-contestó Legira-. ¡Qué imbéciles! Martín Powell vigilaba en el ascensor. Uno de los hombres de Ballon escondido en un despacho.

-Pero aquí dentro no están, señor...

-¿No?-murmuró el cónsul, enarcando las cejas-. Tal vez no, López. Pero recuerde lo que le dije anoche. Las paredes no siempre impiden a la gente que oiga.

Legira se dirigió a la puerta del cuarto ropero. La abrió y entró. Oprimió uno de los ganchos que había clavados en la pared. Se descorrió parte de la misma, descubriendo un pasillo.

Legira soltó el gancho. La pared se cerró. El hombre salió del cuartito.

Quizá, López-dijo, con cautela,-quizá tengamos necesidad de usar...

Señaló en dirección a la puerta secreta. López pareció perplejo. Conocía la existencia de aquella abertura; pero no comprendía su objeto. Que él supiese, jamás se había usado.

-Están vigilando-dijo Legira, en voz baja-. Tal vez estén escuchando también. Que vigilen. Que escuchen. Nada averiguaran.

EL cónsul sonrió al sentarse ante una mesa grande. Sólo él conocía los pensamientos que le estaban pasando por la cabeza.

Allí, como en su casa, Álvarez Legira no podía moverse sin que fueran descubiertos sus actos. Conocía la identidad de algunos de los que le vigilaban. ¿Sospechaba la presencia de otros?

Los ojos de La Sombra se habían agregado a los de aquellos que rodeaban a aquel hombre de Santander. A través de sus agentes, La Sombra vigilaba.

Más aún, La Sombra tenía oídos cuya existencia no sospechaba Legira.

No obstante, el cónsul de Santander parecía despreocupado. ¿Obedecía su actitud a la confianza en sus medios o a la ignorancia? Hasta el propio López, su único confidente, estaba perplejo por la expresión que había aparecido en el semblante de Legira. El secretario no lograba leer los pensamientos de su jefe.

Este tenia los párpados entornados. Sonreía mientras sus dedos atusaban el puntiagudo bigote. Estaba recordando una cosa que había visto aquella mañana: la cara del hombre a quien viera en la cola a la puerta de la agencia de colocaciones.

-¿Este es el séptimo día, López?-preguntó, de pronto.

-El séptimo, señor. Ya no quedan más que tres.

-Con ellos me basta y sobra-declaró Legira.

Sonrió y empezó a consultar la pila de papeles que tenla sobre la mesa. Por muchos ojos que vigilaran y oídos que oyeran, el cónsul de Santander estaba completamente tranquilo.

CAPÍTULO VI
MIL DÓLARES A LA SEMANA

La cola iba avanzando por la puerta de la agencia de colocaciones. Hombre tras hombre desfilaban ante una mesa donde una taquígrafa anotaba la edad empleo anterior y experiencia.

El hombre a quien Álvarez Legira viera en la calle había llegado ya a la puerta interior.

-¿Su nombre, hace el favor?

-Perry Wallace.

La muchacha alzó la vista al oír la voz serena y refinada del hombre. Perry Wallace tenía aspecto de caballero, a pesar de estar su ropa deshilachada.

Su rostro atezado reflejaba cierta pasividad; sus ojos carecían de brillo al mirar a su interlocutor. Los labios delgados, bajo el bigote negro y descuidado, curvábanse en hosco mohín, la expresión del hombre que ha sido vencido en la lucha por la existencia.

-¿Cuáles son sus aptitudes, señor Wallace?

-No muchas-confesó el interpelado, con franqueza-. Trabajé como contador en un Banco durante tres años. Supongo que no hay gran demanda de gente para ese ramo...

-Un momento, señor Wallace.

La muchacha estaba fijándose en el aspecto del hombre. Tocó un timbre y se presentó un botones.

-Este es el señor Wallace-dijo la muchacha-. Condúcele al despacho del señor Desmond.

El botones le acompañó hasta una puerta situada al otro extremo de la enorme habitación. Perry Wallace, sombrero en mano, estaba algo perplejo.

Había esperado que le hicieran más preguntas antes de concederle una entrevista especial. Se preguntó por qué habría causado una impresión tan rápida.

El muchacho llamó con los nudillos en el cristal de une puerta que llevaba el nombre:

FRANK DESMOND

Una voz contestó desde dentro. El botones abrió la puerta y señaló hacia el interior.

-Este es el señor Wallace-anunció.

-Cierre usted la puerta-dijo Desmond.

Perry Wallace obedeció, luego se volvió a mirar al otro.

Frank Desmond era alto, ancho, mofletudo y de pupilas contraídas. Estaba sentado a una mesa en el centro del cuarto y miró con fijeza al que acababa de entrar.

-Siéntese, señor Wallace-dijo, después de breve inspección-. Quiero hablar con usted.

Wallace dejó el sombrero sobre una mesa y ocupó un asiento frente al agente de colocaciones.

-¿Qué experiencia tiene usted?-inquirió Desmond.

-Contador de un Banco durante los últimos tres años. Trabajaba en una población llamada Halsmorth. El Banco fue a la quiebra. Vine a Nueva York. Creí que una colocación...

-¿Y antes de eso?

-¿Antes de trabajar en el Banco? Tenía un despacho de compra y venta de fincas con mi tío. Intentábamos crear un lugar veraniego nuevo y vender parcelas de terreno. Nos salió mal. Conseguí trabajo en el Banco.

-Y... ¿antes de eso?

-Alguno que otro trabajo temporal. Me incorporé al Ejército durante la Guerra Europea. Serví en Francia. Regresé. Probé varias clases de trabajo. Luego me asocié a mi tío.

Desmond, con la barbilla apoyada en la calma de la mano, le miraba con fijeza. Wallace se preguntó a qué obedecía semejante manera de mirarle.

Sabía que Desmond estaba a punto de hacerle una pregunta importante. No adivinaba qué pregunta podía ser.

-Dice usted que sirvió en el Ejército-observó Desmond-. ¿Le gustaron las emociones?

Los ojos de Perry brillaron.

-¿Que si me gustaron? No le digo más que una cosa, si se me presentara otra ocasión como aquélla, ¡la aprovechaba de cabeza!

-Sé de una colocación-musitó Desmond-. Requiere aplomo. Puede significar peligro. Pero, sobre todo, exige una obediencia absoluta a las órdenes recibidas. ¿ La aceptaría usted... sin hacer preguntas?

Perry Wallace miró atentamente a su interlocutor. Adivinaba un sentido oculto en las palabras de Desmond. A pesar de que se encontraba en la más completa miseria, no estaba dispuesto a comprometerse sin saber a qué.

-Me parece que no, señor Desmond-dijo, con frialdad.

-El salario es excelente.

Perry se encogió de hombros, con indiferencia.

-¿Y eso qué? – inquirió-. Se paga un sueldo excelente por hacer muchas cosas. Por asesinar, por ejemplo.

-No se trata de asesinar-declaró Desmond.

-¿Algo al margen de la ley, pues?

Desmond se dejó caer hacia otras en su asiento y entrelazó las manos.

-Bueno, y si se tratara de algo fuera de la ley, ¿qué?-preguntó.

-¡Que no me interesaría!

-No se trata de cosa alguna que esté fuera de la ley-dijo Desmond, lentamente-. Usted, personalmente, no será responsable de ninguna cosa que pudiera ocurrir como consecuencia de haber aceptado la colocación que le ofrezco. ¿Es eso suficiente?

-Si-respondió, serenamente, Perry. Se levantó de su asiento y se puso el sombrero-. Eso es bastante, señor Desmond. Me convence de que la colocación no me interesa.

Los ojos de Desmond centellearon. Estaba furioso. Perry Wallace sonrió al darse cuenta de lo singular de la situación. Desmond se mordió los labios.

Luego de ver que Perry se dirigía a la puerta, sonrió a su vez y alzó la mano.

-¡Aguarde!-exclamó.

Perry se volvió.

-Puedo decirle algo más acerca de esta colocación. Puedo convencerle de que le conviene aceptarla. ¿Suena eso justo?

-Desde luego.

Desmond abrió un cajón de la mesa. Sacó un revólver y apuntó a Perry Wallace.

-¡Siéntese! -ordenó, con áspera voz-. Siéntese y escuche. ¿Comprende?

Perry se quedó inmóvil durante unos instantes. Un torbellino de pensamientos se arremolinó en su cerebro. No creía que Desmond se atrevería a disparar. Sin embargo, se daba cuenta de que el hombre estaba furioso.

Un disparo pudiera tener consecuencias desastrosas. Perry se imaginó luchando con aquel hombre, la irrupción de gente... luego que le cargarían toda la culpa a él.

-Bien-dijo, tranquilamente-, escucharé.

Desmond depositó el revólver sobre la mesa al tomar Perry asiento. El arma quedaba al alcance de su mano. Perry comprendió la amenaza. Desmond había hablado de peligro: estaba empezando en aquel momento.

-Mil dólares a la semana-declaró el agente, en voz baja y enérgica-. ¿Le interesa a usted eso, señor Wallace?

Perry sonrió, sin contestar.

-Si tiene escrúpulos-prosiguió el hombre, con voz burlona-, puede olvidarlos. Va usted a aceptar esta colocación, señor Wallace. Va usted a aceptarla quiero o no quiera... ¡porque es usted el único hombre capacitado para ella!

El ofrecimiento del dinero no había surgido efecto alguno. A pesar de hallarse sin un cuarto, Perry escuchó la oferta con impasibilidad. Desmond había amenazado. Había intentado convencerle también con buenos modos.

Había fracasado con ambos procedimientos. Pero, inconscientemente, el hombre había dicho algo que despertó el interés de Perry.

-¿Dice usted que yo soy el único hombre-inquirió, con sequedad,-el único hombre capacitado para este trabajo?

-Sí.

-¿Por qué?

-Eso es cosa que sabrá usted a los cinco minutos de haber aceptado la oferta.

Perry empezó a mover la cabeza afirmativa y reflexivamente. Desmond comprendía que había dado un paso hacia adelante. Habló, persuasivo.

-Olvide todo pensamiento de crimen o fechoría al margen de la ley-dijo-. Si alguna ocurriese, no sería culpa de usted. No conozco los detalles de este plan yo tampoco. No hago más que obrar por cuenta de otro. Yo no experimento el menor temor sobre este particular, ¿Por qué ha de experimentarlo usted?

-Pues...

-Este revólver es una amenaza. Lo que haga usted puede ser atribuído a la fuerza. Le estoy amenazando ahora. Eso le exime a usted de toda responsabilidad si llega el caso de necesidad.

-Tal vez.

-Es seguro. Puede usted probar una coartada perfecta. No tiene otro camino. Dice usted que le gustan las emociones. Dice que el peligro no le importa. Se encuentra usted en los umbrales de una aventura de verdad... y cobrará mil dólares por cada semana que se halle ocupado en ella. Su papel será fácil. Pero, y esto es lo más importante, ¡usted es el único hombre que puede desempeñarlo!

Lo singular de la situación surtió su efecto. Perry Wallace se puso en pie.

Desmond alargó la mano hacia el revólver.

-Guárdeselo en el bolsillo-dijo Perry-. No se preocupe. Acepto la colocación.

Desmond se levantó y le tendió la mano. Sus ojos brillaron de satisfacción al mirar al otro de hito en hito. Se guardó el revólver y cogió el teléfono.

-No mande usted a nadie a mi despacho hasta que vuelva a llamarla – ordenó-. ¿Comprende, señorita Johnston?... Está bien. Ahora póngame en comunicación con este número...

Perry miró al agente de colocaciones, que seguía con el teléfono al oído. No pronunció más que una palabra.

-Bien-dijo.

Luego colgó el auricular. Hizo una seña a Perry y le condujo a un extremo del cuarto. Allí abrió la puerta de un cuarto ropero v entró. Perry le vió tirar de un gancho, La pared del cuarto se descorrió. Se vió un pasillo.

-Entre-ordenó Desmond.

Perry entró. Desmond le siguió. La pared volvió a ocupar su sitio. Perry vaciló en la oscuridad. Sintió que el agente se apretaba contra él y el cañón del revólver se le hincó en las costillas.

Era una amenaza, pero fue acompañada de palabras persuasivas. La voz del otro gruñó, en la oscuridad.

-Siga adelante. No se pare. Mil dólares a la semana.

Medio intrigado, medio gozoso, Perry Wallace avanzó a tientas por la oscuridad del estrecho pasillo, camino de una aventura singular.

CAPÍTULO VII
EL DOBLE DE LEGIRA

Álvarez Legira hablaba en un susurro. Con la mano aún sobre el teléfono que acababa de colgar, estaba dándole instrucciones a su secretario.

-Esto es lo que yo esperaba, López-dijo-. ¿Está cerrada con llave la puerta?

El interrogado movió afirmativamente la cabeza.

Legira hizo un gesto en dirección al cuarto ropero. El secretario le siguió.

Fue abierta la puerta secreta. Penetraron, juntos, en el pasillo. La pared se cerró tras ellos. Legira avanzó por la oscuridad hasta encontrarse ante otra pared. Allí oprimió un resorte oculto. La pared se descorrió y los dos hombres entraron en un cuartito que recibía luz por una claraboya de cristal esmerilado.

López había estado en aquella habitación anteriormente y se había preguntado con frecuencia a qué la destinaría el cónsul. Al parecer, era un tocador. Tenía mesa con espejo. Y al lado veíase una percha con ropa.

El secretario miró a su alrededor, preguntándose para qué le habría llevado su jefe allí. Luego se volvió, con sobresalto, al oír un chasquido al otro extremo del cuarto. Se abrió una puerta secreta y entraron dos hombres.

Eran Desmond y Perry Wallace. Perry iba delante. Desmond, pegado a él, le amenazaba con un revólver.

Álvarez Legira fijó la mirada en el más alto de los dos hombres.

Su semblante reflejó la más viva satisfacción al observar el rostro de Perry Wallace. Luego, con expansiva sonrisa, se volvió a Frank Desmond.

-¡Excelente!-exclamó-. ¡Excelente! Muy bien, Desmond. ¿Quién es este hombre?

-Se llama Perry Wallace. Vino esta mañana, después de haberme pasado yo toda la semana despachando a posibles solicitantes. Wallace, éste es el señor Legira.

Perry tendió la mano. El cónsul la estrechó con cordialidad. Indicó unas sillas que había junto a la pared. Los cuatro hombres se sentaron. Perry parecía intrigado; Desmond aprensivo.

Legira miró a Perry; luego se volvió a López.

-¿Qué le parece?-inquirió.

El secretario esbozó una sonrisa.

-Nos parecemos, ¿eh?-dijo Legira.

-Sí, señor; mucho-dijo López.

-Lo bastante-aseguró Legira.

Dirigió una mirada perspicaz a Perry, que observó un brillo singular en los ojos del cónsul. Ahora, por primera vez, Legira parecía preocuparse de él.

-Su nombre es Wallace, ¿eh?-inquirió-. Será otro desde ahora en adelante. Míreme atentamente, amigo mío. Yo soy Álvarez Legira, cónsul de la república de Santander. Dentro de pocos minutos dejaré de serlo. Usted lo será... en mi lugar. ¿Comprende?

El sudamericano extrajo un paquete de cigarrillos del bolsillo. Le ofreció uno al otro. Perry lo aceptó. Legira abrió un cajón y sacó una boquilla larga, exactamente igual a la que él usaba.

-Pruebe esto-sugirió.

Perry introdujo el cigarrillo en la boquilla, casi copiando los gestos de Legira. Los dos hombres fumaron. Se olió un aroma de tabaco fuerte.

-Le gusta, ¿eh?-inquirió Legira.

-No gran cosa-respondió Perry.

-Es preciso que le guste. Álvarez Legira no fuma más tabaco que ése.

Perry bajó la mano y miró con fijeza al hombre que tenía delante de él.

Legira sonrió al ver el brillo en los ojos del otro.

-¿Qué jugarreta es ésta?-inquirió Perry-. Está usted contando conmigo demasiado anticipadamente, señor Legira.

-¿La jugarreta?-murmuró Legira, con voz melosa-. La jugarreta es mil dólares a la semana, que le serán pagados a usted, señor Wallace, después de que se haya convertido en Álvarez Legira.

-¿Y si me negara?

-¿Sería usted capaz de rechazar la oferta?-exclamó Legira, con incredulidad-. ¡Ah! ¡No puede rechazarla! ¡Es una ocasión como se presentan pocas!

-¿Sí?-. El tono de voz de Perry era retador-. A mí me huele bastante mal. Quiere usted que ocupe su lugar. ¿No es eso?

-Naturalmente.

-¿Por qué? ¿Para no encontrarse en apuros?

-Justo.

-¡Pues se ha equivocado usted de piso! ¡No pienso caer en una trampa ni por usted ni por ninguna otra persona! ¡Compóngaselas usted como pueda! No cuente conmigo...

-Está bien-respondió Legira, serenamente-. Se ha equivocado usted, Desmond. Este no es el caballero que necesitamos. Puede volvérselo a llevar a su despacho. Tráigame otro... más tarde.

Desmond le miró, boquiabierto. López pareció consternado. Perry Wallace se quedó perplejo. Álvarez Legira se puso en pie, como si diera por terminada la entrevista.

-Un momento-dijo Perry, de pronto-. Quiero saber algo de esto. El señor Desmond me dice que yo soy el único capaz de desempeñar el papel. Usted dice que no me quiere. ¿Qué significa eso?

-El señor Desmond puede estar equivocado-dijo Legira, con una sonrisa-. O tal vez sea yo el que se equivoque. Tengo asuntos míos, asuntos que son de mi exclusiva incumbencia.

También tengo que hallarme presente en Nueva York como cónsul de Santander. ¿Cómo puede ser eso posible?

»Sólo hay un medio: tener alguien que pueda ocupar mi lugar y que quiera hacerlo. Usted reúne una de esas condiciones; pero no la otra. Es una verdadera lástima.

-Quizá me haya precipitado un poco -confesó Perry-. No comprendía muy bien su ofrecimiento. Según lo veo ahora, usted sólo quiere que haga yo las veces de figura decorativa, por decirlo así, con un sueldo de mil dólares a la semana.

-Exactamente. No tendrá usted obligación alguna que no le sea posible cumplir con facilidad. López, aquí presente, es secretario del cónsul. Él puede encargarse de llevar todos los asuntos. Será una vida fácil y cómoda para usted... la vida de Álvarez Legira.

-¿Durante cuánto tiempo... ?

-Unas semanas nada más.

-Y luego...

-Luego tal vez encontremos algún trabajo para usted con su verdadera personalidad. Quizá la remuneración no sea tan grande; pero puedo asegurarle que será amplia.

»Mientras me sirva usted a mí, servirá también a la república de Santander. ¡Nosotros, los de Santander, nunca olvidamos a los que nos han servido bien!

-Está bien-dijo Perry-. ¡Me arriesgo!

Legira obró con precisión. Indicó la percha que había al otro lado del cuarto.

López hizo una señal a Perry Wallace, que se puso en pie y le siguió.

Un cuarto de hora más tarde, dos hombres, ambos de ojos oscuros y bigotes puntiagudos, se hallaban el uno frente al otro, vestidos con trajes casi exactamente iguales.

La transformación de Perry Wallace se había obrado casi perfectamente.

Hasta para López ambos tenían las facciones y los modales de Álvarez Legira.

El cónsul auténtico se llevó la boquilla a los labios y exhaló una nubecilla de humo. Se atusó el bigote con los dedos de la mano izquierda. Perry Wallace copió los movimientos con exactitud.

-¡Maravilloso!-declaró Legira, con admiración-. ¡Es verdaderamente maravilloso!

-Es sorprendente-respondió Perry, en el mismo tono de voz.

-¡Excelente!-exclamó Legira.

-¡Excelente!-repitió Perry.

-¿Lo ve?-dijo el cónsul, volviéndose a Desmond-. Ya le dije yo que no sería difícil. Nueva York es una ciudad muy grande. Tiene más habitantes que todo Santander. Hay millares que acudirían a un lugar que ofreciera trabajo. Millares... cuando yo no necesitaba más que uno. Hay muchos que pudieran reconocer a Álvarez Legira. No hay ninguno que conozca bien aquí, en Nueva York.

»Este hombre es más joven que yo. Pero la diferencia de edad no es muy grande. Pasará por mí divinamente. Teniendo a López a su lado que le dé instrucciones, no hay peligro. Pero, no lo olvide, hemos de guardar silencio.

Dicho esto, el verdadero Legira se quitó el traje y se puso el que Perry Wallace había llevado. Se pasó las manos por el pelo y se despeinó. Luego se deshizo las puntas del bigote.

-Cuando esté fuera de aquí-dijo-, volveré a convertirme en mí mismo.

Sonrió y preparó una maleta que había en el cuarto. Luego se despidió de López y Perry con un movimiento de cabeza y marchó con Desmond por el pasadizo que comunicaba con la agencia de colocaciones.

Un rato después dos hombres salieron del despacho del cónsul de Santander.

Uno era López; el otro, al parecer, Álvarez Legira. El secretario iba hablando con su jefe. El cónsul movía afirmativamente la cabeza mientras sostenía entre los dedos de la mano derecha la larga boquilla en que humeaba un cigarrillo.

La pareja comió en un restaurante; volvió al consulado por la tarde y luego cenó en un café. A primera hora de la noche se apeó de un taxi delante de la residencia del cónsul.

Cualquier transeúnte hubiera podido ver a Álvarez Legira pagar al conductor, con López a su lado.

Horas después, una voz serena habló desde el cuarto de la casa contigua a la de Legira. Era Burbank, que mandaba su informe a La Sombra.

-Legira regresó con López a las ocho veintiuno-fueron sus palabras-. Han entrado varias veces en el cuarto en que esta instalado el dictógrafo. No ha habido conversación alguna de importancia.

Hasta el propio Burbank, agente de gran experiencia de La Sombra, se había dejado engañar por la suplantación. Desde su asiento junto a la ventana vió a Martín Powell rondar por la calle.

Mas allá, una figura parecía agazapada cerca de la entrada del callejón, quedando señalada así la presencia de Silk Dowdy.

Los vigilantes nocturnos seguían observando a Álvarez Legira. Todos ellos se habían dejado engañar. Mientras creían tener completamente a merced suya al cónsul de Santander, éste andaba suelto por la ciudad.

En algún punto de Nueva York el verdadero Álvarez Legira estaba libre para poner en práctica sus planes sin nadie que pudiera estorbárselos.

CAPÍTULO VIII
LA PROPOSICIÓN DE LEGIRA

El financiero John Hendrix entró en el espacioso vestíbulo de Westerly Apartment, donde tenia su domicilio particular. Subió al piso cuarto en ascensor. Llamó a la puerta y le abrió Jermyn, el hombre de la cara solemne.

Saludando con una breve inclinación de cabeza, el corpulento financiero cruzó el piso hasta llegar al despacho que tenia en el fondo. Jermyn le siguió y los dos hombres entraron juntos en un cuarto grande lujosamente amueblado.

John Hendrix era hombre que desempeñaba un papel importante en muchas grandes empresas. Como consecuencia, rara vez aparecía por su despacho general del centro de la ciudad. Dejaba la mayor parte de sus asuntos en manos de subordinados.

Los que obedecían sus órdenes acudían con frecuencia a su casa, donde celebraba conferencias en su despacho.

Hendrix daba muchas órdenes por teléfono y, mientras se hallaba ausente, dejaba, temporalmente, los asuntos en manos de Jermyn, que era la eficiencia secretarial personificada.

Aquella tarde Hendrix echó una mirada por su despacho; luego se sentó a una mesa grande y empezó a repasar una serie de papeles que Jermyn había dejado para su estudio. Fue resolviendo cada uno de aquellos asuntos con una serie de declaraciones concisas que Jermyn pareció comprender.

Hendrix se detuvo bruscamente al ver una nota escrita con lápiz. Jermyn le miró cuando éste se puso a leer la hoja por segunda vez. Luego el financiero se volvió en su sillón giratorio y se encaró con su empleado.

-¿Qué tenía que decir el señor Legira? –preguntó.

-Lo que he anotado en ese papel. Tiene vivos deseos de verle. Llamó la misma tarde en que se ausentó usted de la ciudad y pareció muy disgustado cuando le dije que no regresaría usted en dos días.

-¡Bah!-exclamó Hendrix-. ¿Por qué habría de disgustarse? Yo le he estado esperando una semana entera sin tener noticias suyas. ¿A qué esa prisa de pronto?

-No lo sé, señor. Dejó ese número de teléfono que he anotado. Desea que llame usted y pregunte por el señor Lengle. Por su forma de hablar, parecía que la cosa era urgente.

-Sí que es urgente-declaró Hendrix, pensativo.-Vamos a ver (consultó el reloj), las tres. ¿Quiere usted llamar a ese número, Jermyn? Si Legira está allí y quiere hablar conmigo, avíseme.

-Está bien.

Jermyn se acercó al teléfono y marcó el número. Hendrix le oyó preguntar por el señor Lengle. Luego el empleado le habló, tapando el aparato con una mano.

-Desea verle lo mas aprisa posible. Es el señor Legira.

-¡Dígale que venga aquí!-respondió el financiero, con brusquedad.

Jermyn dio el mensaje y colgó el teléfono.

Hendrix empezó a repasar otros papeles; pero acabó por echarlos a un lado y se levantó de su asiento. Se puso a pasear de un lado a otro, perplejo al parecer, y Jermyn le miró con aprensión.

-Desea verme-murmuró Hendrix-. Va a venir inmediatamente... ¿No ha dicho usted eso, Jermyn?

-Sí, señor.

-¿No anunció con anterioridad el objeto de su visita?

-No, señor.

-Claro que no... claro que no. Ya sé de qué se trata. No obstante, esto resulta un poco raro. Muy irregular, Jermyn... mucho. Según nuestro convenio, yo he de ser el único que trate con Legira. Eso es afortunado para él, Si los demás estuviesen enterados de este retraso y todo este misterio podrían objetar algo.

-El señor Legira vino con mucho misterio -observó Jermyn-. Me pidió que no mencionase para nada su visita... a nadie más que a usted.

Hendrix afirmó con la cabeza y siguió paseándose. Luego volvió a la mesa y se ocupó de otros asuntos. Fue interrumpido su trabajo por el sonido de un timbre.

Hendrix miró a Jermyn. El fiel secretario comprendió. Debía ser Legira. Fue a abrir la puerta.

Regresó con Álvarez Legira en persona. John Hendrix le dirigió una mirada interrogadora.

El sudamericano, que generalmente vestía con tanta pulcritud e iba tan bien arreglado, iba en aquella ocasión de una forma que contrastaba marcadamente con la suya habitual.

Tenía la ropa arrugada, estaba mal afeitado y llevaba el bigote caído. Sin embargo, su sonrisa era tan melosa como de costumbre cuándo le tendió la mano al otro.

-Una sorpresa, ¿eh?-murmuró-. Ah, señor Hendrix, no sabe cuánto siento que se hallara usted ausente. Me ha causado graves molestias. Sin embargo, no importará gran cosa después de todo...

Hizo una pausa y miró dubitativamente a Jermyn.

-Prosiga, Legira-dijo el financiero, con hosquedad-. Jermyn es mi hombre de confianza. No se preocupe de que esté delante. ¿Qué desea?

-Ha llegado el momento de entregar el dinero-declaró el cónsul, con solemnidad-. Es preciso hacer el embarque inmediatamente... de acuerdo con lo convenido.

-Conforme. ¿Dónde quiere usted que lo mande?

-No quiero que lo mande a parte alguna. Deseo llevármelo.

El tono del hombre seguía siendo meloso. Empezó a retorcerse las puntas del desaliñado bigote. Hendrix parpadeó. Legira sonrió. Sacó la boquilla y el inevitable paquete de cigarrillos.

-Esto es anormal, Legira-declaró el financiero, con desaprobación-. Tenía entendido que yo había de preparar el embarque del dinero cuando usted me avisara...

-Eso no es del todo exacto-interpuso Legira-. Se estipulaba claramente en nuestro contrato que usted y yo habíamos de ultimar, solos, los negocios. Por consiguiente, le hago una proposición definitiva. Quisiera recibir los diez millones de dólares esta tarde.

Al parecer dudar Hendrix, Legira se mostró insistente. Defendió su petición con toda su habilidad de costumbre.

-Usted tiene confianza en mí-ronroneó -, de igual manera que yo la tengo en usted. Usted es el agente de los capitalistas; yo soy el agente de Santander. Tengo mis motivos para obrar de este modo. Por consiguiente, confío en usted...

-Me gustaría conocer sus motivos.

Legira hizo una reverencia y extrajo un papel del bolsillo. Lo depositó sobre la mesa e indicó una lista.

-Como podrá usted observar-dijo-, salen cuatro barcos en el espacio de tres días. Tengo la intención de marcharme en uno de ellos. Tendré el dinero bajo mi custodia personal. Todos esos barcos tocan en un puerto vecino a Santander o enlace con otro barco que lo haga.

-¿Cuál de ellos piensa usted tomar?

-No lo sé. Eso es cosa que decidiré más tarde.

-Legira-habló Hendrix, con energía-: esta proposición de usted requiere cuidadoso estudio. Nuestra entrega de los diez millones se basaba en la creencia de que no podría existir complicación alguna en una transacción llevada a cabo con el gobierno de Santander. Sus acciones presentes indican incertidumbre.

Legira fue astuto en su respuesta.

-¿Incertidumbre de Santander?-inquirió-. De ninguna manera, señor Hendrix. Su empleado, aquí presente, le dirá que estuve aquí hace dos días. Si se hubiese usted hallado en la ciudad no hubiese habido dificultad alguna. Tenía tomadas mis medidas para entonces. Fue usted quien causó, la incertidumbre. Precisamente por eso creí conveniente modificar mis planes algo. Tenía ya reservado camarote a bordo de este barco (señaló uno de los que había en la lista); pero lo anulé por temor a no poder comunicar con usted a tiempo. El anular un pasaje y volverlo a sacar luego no es buena política, señor Hendrix. Por eso he creído más prudente ser reservado.

La explicación le resultaba vaga y poco satisfactoria a Hendrix. No obstante, el financiero se vió obligado a reconocer que él había sido culpable.

No podía, pues, criticar los actos de Legira en aquel momento porque él era en parte responsable de ellos. El astuto sudamericano leyó los pensamientos del otro y fue rápido en aprovechar la ventaja conseguida,

-¿Por qué preocuparse, señor Hendrix?-inquirió-. Nada ha surgido que modifique nuestras negociaciones. Usted está autorizado para darme el dinero; yo estoy autorizado para recibirlo. He dicho que le quiero ahora para que pueda embarcarlo como lo crea más conveniente.

»Conozco muy bien Santander. De propalarse por allí rumores falsos, pudieran surgir dificultades. Se me ha antojado preferible entregar los diez millones en persona. Eso es una gran ventaja para usted.

-Quizá-asintió Hendrix-; pero tal vez fuera mejor convocar otra conferencia.

-¡No!-exclamó Legira-. Eso sería un craso error. Quedamos de acuerdo cuando nos reunimos la vez anterior. La salida de los vapores ha sido un manantial de preocupaciones para mí. Me vi obligado a esperar una semana para encontrar un barco adecuado. Ahora tengo la oportunidad de salir... pero usted me ha causado un retraso. Es conveniente obrar sin demora; dejarme hacer las cosas como las haya preparado.

Hendrix abrió lentamente uno de los cajones de su mesa. Sacó un montón de papeles. Empezó a repasarlos mientras Legira le observaba con perspicacia.

Hendrix contempló, pensativo, un contrato mecanografiado. Legira se acercó a él y le señaló ciertos párrafos.

-¿Lo ve?-inquirió, en voz baja-. ¿Lo ve usted aquí?... Quedamos autorizados, como agentes„ a obrar como creamos más conveniente.

-Indudablemente-contestó el financiero-. No obstante, se estipula que ambos estemos completamente satisfechos de cualquier arreglo que se proponga. No hago más que estudiar hasta dónde llegan mis poderes, Legira.

-¡Ah!-La voz de Legira denotó triunfo al coger éste un papel de la pila-. !Ha olvidado usted eso, señor Hendrix! Recordará que se hallaba entre los papeles que sometí con mi plan.

Hendrix miró el papel. Estaba concebido su contenido en forma de recibo y certificaba que le habían sido entregados ya a Legira los fondos suministrados por los capitalistas neoyorquinos.

-Sí-musitó el financiero-: me había olvidado de esto. Lo recuerdo ahora. Lo teníamos hecho de forma que yo o cualquier otro agente que llevara el dinero a Santander pudiera entregárselo a usted allí...

-No se habla para nada de Santander -le interrumpió Legira-. Ese documento estaba preparado para el caso de surgir una situación como la actual. Si me entrega el dinero tal como le he pedido, firmaré el documento, relevándole a usted de toda responsabilidad.

Hendrix se estaba debilitando. El descubrimiento de aquel papel entre los demás documentos favorecía la argumentación de Legira. El sudamericano, comprendiéndolo así, recurrió a todo su don natural de persuasión.

-Es cuestión de mutua confianza-aseveró-. Usted fue escogido por sus amigos; yo fui escogido por los míos. Preví que las negociaciones finales en este asunto podrían llevarse a cabo mucho mejor entre dos hombres que tuvieran los mismos puntos de vista.

-¿Dónde estaba usted cuando le llamé por teléfono?--preguntó Hendrix, de pronto-. ¿Quién es Lengle?

-Lengle soy yo-sonrió Legira-. Debe usted comprender la situación, señor Hendrix. Cuando me di cuenta que sería necesario que fuera yo personalmente a Santander, no me hice reservar camarote en mi propio nombre.

-¿Por qué no?

-Porque no estaba seguro de usted. Podría haber llegado aviso a mi país de que me dirigía a él... Luego verían que no me presentaba. Eso resultaría desastroso. Crearía una impresión de incertidumbre. Conque firmé con el nombre de Lengle, Albert Lengle, y le telefoneé a usted después.

»Cuando me enteré de que se hallaba usted ausente de la población decidí que sería mejor permanecer en el Hotel Corona con el nombre de Lengle. He tenido mucho cuidado mientras he estado allí, porque no era conveniente que se me reconociese. ¿Comprende?

-No me gusta ni pizca-respondió Hendrix, con franqueza.

-Tal vez sea eso porque no comprende usted nuestras costumbres-observó Legira-. En Santander ha habido mucha intriga. Nosotros, los santanderinos, sabemos muy bien que hemos de andar con cuidado en nuestros tratos. Puedo garantizarle que todo va bien. Sería un gran error que tuviese usted dudas, señor Hendrix. Tengo hechos mis planes, ¿Por qué han de ser obstruidos?

Hendrix se cruzó de brazos y pareció indeciso. Miró a Legira y éste le devolvió la mirada con una franqueza capaz de desanimar a cualquiera.

Parecía como si Legira tuviese la facilidad de leer los pensamientos ajenos.

-Le sorprende a usted un poco mi aspecto-dijo-. !Ah, señor Hendrix! Olvida usted que he estado alojado en un hotel, preguntándome cuándo recibiría noticias suyas, aguardando con ansiedad.

Hendrix afirmó con la cabeza. Sus dudas se estaban disipando. Se sintió confrontado con un problema difícil.

Mal podía negarse a acceder a la petición de Legira. No resultaría prudente consultar con otros miembros del grupo financiero. Hendrix quería encontrar un término medio, y lo encontró.

-Está bien, Legira-dijo, de pronto-. Puedo entregarle el dinero. ¿Cuándo lo necesita?

-Lo antes posible.

-¿Dónde quiere que se lo envíe?

-Me presentaré yo a recogerlo.

-¿Solo?

-No. Con mi hombre de confianza: vendrá Francisco.

-Está bien.

Hendrix llamó a Jermyn y le dio una serie de números de teléfono a que llamar. A medida que iba obteniendo comunicación con cada uno de ellos, Hendrix cogía el aparato y daba órdenes a subordinados.

Legira contemplaba todo aquel movimiento, gozando de semejante exhibición de eficiencia, de la manera en que el financiero tomaba sus medidas para la acumulación de diez millones de dólares en efectivo y valores del Estado.

Por fin quedó ultimado el trabajo. Hendrix se volvió a Legira e indicó el papel que servía de recibo.

-Sería mejor que firmara usted esto antes de marcharse-dijo-. He arreglado las cosas para que le sea entregado el dinero en la Baltham Trust Company esta noche, a las nueve. Le daré una orden por escrito.

»Debería salir usted de aquí a las ocho y cuarto. Puede esperar hasta entonces para firmar el recibo. A menos, naturalmente, que crea usted no deber firmar el recibo hasta haberle sido entregado, efectivamente, el dinero.

Legira extendió la mano hacia el papel. Tomó la pluma y estampó su firma al pie del mismo.

-Su palabra me basta, señor Hendrix-dijo-. Considero como si el dinero estuviese ya en mi poder. Estoy satisfecho.

Hendrix agradeció con un movimiento de cabeza aquella muestra de confianza que le daba Legira. Todo se había hecho con lealtad. Legira había oído discutir todos los pasos v órdenes.

-Recibirá los diez millones de mano de Roger Cody-declaró el financiero-. Puesto que ha firmado el recibo, la daré la orden de entrega ahora mismo. Cody es mi representante y se hallará en el Baltham Trust Building. Tendrá el dinero preparado en una caja especial.

-Excelente-dijo Legira-. Ahora llamaré a mi criado Francisco. No se encuentra en mi casa. Se fue hace unos días. ¿Me permite usar el teléfono?

-Claro que sí.

Mientras Legira hablaba, Hendrix se inclinó sobre su mesa y empezó a escribir la orden de entrega dirigida a Cody. Escribió unas líneas; luego hizo una bola con el papel y lo tiró al cesto. Empezó de nuevo y acabó la nota.

Legira terminó de telefonear. Hendrix secó la orden y se la entregó.

-Venga-dijo, en tono amistoso-. Será usted mi invitado hasta las ocho y cuarto. Podemos hacer que nos sirvan de comer aquí. Vayamos a la biblioteca. Tal vez le gustaría a usted ver la forma poco usual en que está montada.

Legira sonrió al acompañar al corpulento financiero. Tenía buenos motivos para sentirse de buen humor. Su voz persuasiva había logrado mucho aquel día.

Legira, como conspirador, sentía una enorme superioridad sobre Hendrix, cuyas negociaciones eran conducidas siempre de una forma abierta y metódica. Había sido un triunfo fácil.

¡Hendrix y Jermyn! En la opinión del sudamericano eran dos almas sencillas incapaces de incubar ni los ingredientes de una conspiración siquiera.

En eso se equivocaba. Porque, mientras Hendrix y él cruzaban el espacioso piso, Jermyn estaba ocupado allá en el despacho. El criado de rostro solemne estaba abriendo la bola de papel que Hendrix había tirado a la papelera.

En lugar de una orden incompleta dirigida a Roger Cody, Jermyn descubrió instrucciones bien precisas

«Póngase en comunicación con Martín Powell. Dígale que venga aquí a las ocho y cuarto. Importante.

»Llame también á Cody. Dígale que el dinero no debe ser entregado antes de las nueve. Que lo retenga hasta esa hora.»

Jermyn se permitió una sonrisa al tirar el papel al cesto. Había oído todo cuanto hablaran Hendrix y Legira. Ahora, mediante un procedimiento sencillo y eficaz, el financiero se preparaba a frustrar los planes del santanderino si éstos resultaban falsos.

Entre ocho y nueve, Hendrix hablaría con Powell. Si ambos llegaban a una conclusión desfavorable a Legira, una palabra por teléfono a Cody bastaría para que éste se negara a entregar el dinero.

Sin embargo, Hendrix estaba haciendo todo esto con tal habilidad que Álvarez Legira no podía sospechar las dudas que aún le quedaban al financiero.

CAPÍTULO IX
EL ÚLTIMO AVISO

Había caído el crepúsculo. Dos hombres se detuvieron bajo la luz que iluminaba la fachada de la residencia del cónsul de Santander. Uno de ellos tenia las facciones de Legira. El otro era el secretario del cónsul. Juntos, los dos hombres subieron los peldaños de la entrada y se introdujeron en la casa.

No hablaron por el camino hasta el primer piso. Perry Wallace, en su papel de Álvarez Legira, se había hecho solemne y taciturno. López se daba muy poco a la conversación también.

EL secretario rara vez se mostraba locuaz en inglés, porque se le presentaban pocas ocasiones de hablar en dicho idioma.

Aquella noche López se sentía muy desconfiado. La casa vacía le molestaba.

Francisco se había marchado unos días antes, sin llamar la atención. Ahora, cada vez que entraba en el edificio, experimentaba López la misma desconfianza.

Perry sonrió al ver las penetrantes miradas que su compañero echaba en todas direcciones. Llegaron al cuartito del piso de arriba.

Perry se sentó en un sillón grande y sacó la boquilla. López rió.

Inconscientemente, el falso Legira había adoptado las costumbres del Legira verdadero. Perry sonrió también porque, a pesar de la monotonía de su nueva colocación, estaba gozando de aquella vida de lujo.

López miró alrededor con ojos penetrantes. De pronto se fijó en algo que había junto al marco de la ventana. Fue pura casualidad que viera una delgada línea verde que desaparecía detrás del radiador.

Como un gato, el secretario cruzó el cuarto de un brinco y tiró del hilo. Lo apartó de la pared y sus ojos centellearon de ira. Sacó una navaja y cortó el alambre.

López miró a Perry. Este, a su vez, le contempló con sorpresa. El semblante del secretario reflejaba desconfianza.

-¿Quién ha puesto eso ahí?-preguntó.

-¿Qué es?-dijo Perry, intentando ver qué era lo que sujetaba el otro.

-¡Un alambre!-rugió López-. Debe ser un teléfono... que conduce a alguna parte... fuera.

Perry se puso en pie y se acercó a la ventana. López se apartó, receloso.

Luego, al mirar de cerca a Perry, decidió que su compañero estaba tan sorprendido como él.

-Alguien ha estado escuchando -dijo-. Han podido oír lo que se decía aquí. No sé cuánto tiempo llevará instalado.

-No importa-contestó Perry-. No recuerdo conversación alguna de importancia. Usted y yo hemos hablado muy poco, López. Y aún eso ha sido, generalmente, en taxis o durante la comida en algún restaurante.

-Es cierto-confesó López-. Sin embargo, esto es mala cosa. No debiera haber ocurrido. Puede tener consecuencias...

El secretario se interrumpió bruscamente al sonar el timbre de la puerta.

Hizo una seña a Perry para que se sentara. Luego bajó cautelosamente la escalera.

Cuando regresó unos momentos después su expresión era grave. Miró a Perry, como indeciso. Luego, inclinándose, se susurró al oído

-Acaba de llegar un hombre al que es preciso que reciba. Se llama Pete Ballon. Dirá usted muy poco, ¿comprende? Téngame aquí en el cuarto, con usted. Tenga cuidado y déjele que hable él solo. ¿Eh, señor?

Perry movió afirmativamente la cabeza. López bajó la escalera. Al poco rato regresó en compañía de Pete Ballon. Alzó la vista mientras encendía un cigarrillo. Saludó al recién llegado con un movimiento de cabeza.

Ballon tomó asiento y miró a Perry con acerados ojos. Perry sostuvo la mirada. Sabia que aquel hombre no sospechaba la suplantación que se había llevado a cabo.

López echó a andar hacia la puerta. Perry le llamó, imitando a maravilla los serenos modales de Legira.

-¡Ah, López! (El secretario se volvió). Tal vez fuera conveniente que permaneciese usted aquí.

Ballon miró a López de soslayo.

-¿Le necesita usted?-inquirió.

-López es mi secretario. Cuando me da por hacerle quedar aquí, se queda.

-Como usted quiera - dijo Ballon-. Supongo que ya sabe a qué he venido. Conque no importa que se quede. Vengo exclusivamente a recordarle que se le está acabando el plazo.

Perry sonrió y exhaló una nube de humo.

-Le queda hasta medianoche de mañana. ¿Comprende?

-Es usted muy amable-observó Perry-. Es usted muy amable en haber venido a recordármelo.

-Escuche, Legira-dijo Ballon, con brusquedad-: basta ya de tonterías. Sabemos que la transacción se ha efectuado. Ha tenido tiempo de sobra de conseguir el dinero. Si se empeña en alargar el asunto va a encontrarse de cabeza en el cementerio.

Hizo una pausa, como si esperara contestación; pero ninguna recibió. Ballon sacó una hoja de papel del bolsillo y escribió en ella unas palabras.

-Aquí es donde puede usted encontrarme –declaró-. Le queda el día de mañana para trabajar a toda prisa. Si pierde la ocasión, le liquidamos. ¡No hay salida, Legira!

Perry leyó el papel, lo dobló y se lo metió tranquilamente en el bolsillo del chaleco. Se echó hacia atrás en su asiento y miró, pensativo, por encima de su interlocutor. De nuevo aguardó Ballon; Perry siguió sin ofrecer comentario.

-Las condiciones aún subsisten-aseguró Ballon-. El trato es a medias. Si no suelta usted la mitad que queremos, nos lo llevaremos todo. ¡Es nuestra última palabra¡

-Muy interesante-observó Perry.

-¡Vaya si lo encontrará interesante! Trabajo a las órdenes de un hombre que sabe muchas cosas. Tenemos todo arreglado en Santander y no tiene usted ni la menor probabilidad a su favor. Le estoy diciendo mucho, Legira.

»Sabernos lo que piensa hacer. Salen tres barcos en el intervalo de cuatro días. Piensa darnos esquinazo embarcando el dinero en uno de ellos. Tal vez piense, incluso, llevarlo usted personalmente. Pues bien, todos esos barcos están vigilados. ¿Me comprende?

Perry sonrió cono había visto sonreír a Legira. Ballon aguardó, en actitud retadora. Cuando se dio cuenta de que no iba a decirse nada más, Ballon se puso en pie y se dirigió a la puerta. Se detuvo lo bastante para lanzar su amenaza final.

-Es usted falso, Legira-anunció-. Está haciendo un esfuerzo grande por echarnos tierra en los ojos. Le conocemos demasiado bien. Es usted demasiado inteligente para permitir que toque ese dinero nadie más que usted. Le tenemos encajonado.

»Si cree que nos está estropeando la combinación a nosotros, se equivoca. Sólo se la está estropeando a usted mismo. A medias, he aquí su única salida. Si intenta conseguirlo usted todo o si aplaza las cosas tanto que acaba por no conseguir nada, puede despedirse ya de este mundo. A menos que consigamos nuestra mitad, vamos a eliminarle del mapa. Mañana, a medianoche, entonces finaliza el plazo!

-Está bien-respondió Perry.

Pete Ballon salió del cuarto. López le acompañó hasta la puerta de la calle.

Perry escuchó y oyó que el secretario volvía a subir la escalera. Cuando entró López, le encontró sentado cómodamente en el sillón.

-Le observé por la ventana-dijo López-. Le vi cruzar la calle como una serpiente...

El secretario cerró bruscamente la boca. Durante un momento hasta él se había olvidado, dejándose engañar por el aspecto de Perry. Había empezado a hablar como si lo hubiese estado haciendo con Álvarez Legira.

Sin decir una palabra más, se marchó del cuarto, dirigiéndose a la parte delantera de la casa para observar otra vez.

Perry, perplejo por todo lo ocurrido, miró a su alrededor con curiosidad. Vió la ventana y su mirada erró hacia la extremidad del delgado hilo que López había cortado. El alambre le interesó. Cogió las dos extremidades cortadas y las frotó, una contra la otra, para ver si echaban chispas.

De pronto, sintiendo instintivamente que había alguien cerca de él, Perry soltó los alambres y se volvió, encontrándose cara a cara con López. El secretario había entrado en el cuarto con inesperada cautela.

-¡Conque esas tenemos!-exclamó el secretario, lívido de ira el rostro-. ¡Estaba usted enterado de la existencia de eso! ¡Tal vez fuera usted el que lo instaló aquí!

Perry se apoyó en la pared y miró de hito en hito al sudamericano. Este estaba furioso y le temblaban las manos. Parecía a punto de abalanzarse sobre él.

Perry experimentó un sentimiento de increíble antagonismo contra el hombre. Lo dio a conocer en su expresión, porque López, a pesar de la furia que le consumía, se mantuvo a distancia.

-No sé una palabra de ese alambre-dijo Perry, con frialdad-. Sólo estaba examinándolo.

-¡No es de su incumbencia hacerlo!-gruñó López-. ¡El encargado aquí soy yo¡ Soy yo quien ha de decir lo que debe usted hacer o dejar de hacer. ¡Eso es lo que me ha dicho el señor Legira!

-No sea estúpido, López. No sé qué combinación se traen ustedes entre manos, ni se lo pregunto. Estoy obrando con lealtad y espero que se me pague por hacerlo.

La mirada de López se hizo astuta. Se movió hacia la ventana v metió la mano debajo del radiador. De un tirón sacó el trozo de alambre, de cuyo extremo colgaba un diafragma.

-No sabe usted una palabra de esto, ¿eh? -exclamó, con tono insolente-. Nada, ¿eh? Yo creo lo contrario, ¿Cómo ha venido a parar esto aquí?

-No tengo la menor idea-dijo el otro, encogiéndose de hombros.

-¡Eso es mentira!-exclamó López, con rabia.

Dando un salto, Perry se abalanzó sobre el secretario. Los dos hombres entablaron una terrible lucha cuerpo a cuerpo.

En peso y fuerza Perry llevaba la ventaja. Su temor era que López pudiera sacar a relucir algún arma, de pronto.

Este temor resultó fundado. AL caer ambos al suelo, a Perry se le escapó una de las muñecas del otro, que había estado sujetando. Un momento después vio el brillo de un cuchillo que el otro había logrado sacar.

Con un golpe rápido como de maza, Perry le dio en la muñeca. El brazo de su adversario, que descendía en aquel momento, se desvió y el cuchillo le saltó disparado de la mano, yendo a caer al otro extremo del cuarto.

Pero López se rehizo más aprisa que Perry. Sin arma ya, el ágil secretario reanudó el ataque con aumentada furia. Antes de que el doble de Legira pudiese evitarlo, las manos ágiles le asieron de la garganta.

En el calor del conflicto, López se sentía inspirado por un solo deseo. Estaba decidido a matar al hombre a quien ahora creía un enemigo.

Perry, cuyo único deseo era defenderse, se dio cuenta de su error. No podía gritar, apenas era capaz de oponer resistencia.

Aquellas garras que le apretaban la garganta no aflojarían hasta haber logrado su propósito. López estaba decidido a matar. Le tenían sin cuidado las consecuencias.

Retorciéndose en el suelo, Perry se hallaba completamente a merced de López. Este se le había arrodillado en los brazos y extremaba sus esfuerzos por estrangularle.

Perry, con los ojos desorbitados y la boca muy abierta, comprendió que había llegado el fin.

Estaba destinado a morir allí, a manos del hombre que le creía traidor. En aquella casa de puertas y ventanas cerradas con llave no existía la menor esperanza de salvación.

La habitación parecía dar vueltas a su alrededor con locura de pesadilla.

Sintió un ruido ensordecedor en los oídos.

Luego le envolvieron las tinieblas, una oscuridad enorme, que giraba a su alrededor corno un torbellino, a medida que las manos consumaban su obra.

Todo parecía desaparecer ante los ojos vidriosos de Perry.

Había llegado al mismísimo borde de la muerte.

CAPÍTULO X
LA SOMBRA HABLA

Mirando hacia abajo, con enloquecidos ojos, López rió con expresión de maligno triunfo al ver cómo palidecía el rostro de su víctima.

Había dejado de jadear y no ofrecía ya la menor resistencia. Cruel hasta el punto de salvajismo, el sudamericano le clavó los pulgares en la garganta.

Al cesar la fatigosa respiración de Perry se obró un extraño cambio en su pálido semblante, cambio que aturdió a López.

El rostro se estaba volviendo negro, como si una invisible sombra nocturna hubiera avanzado hasta cubrirlo.

La extraña transformación trocó en miedo el aturdimiento del secretario.

Un segundo más y sus pulgares consumarían su destructora obra. Pero la aproximación de la mancha espectral surtió su efecto. En momentáneo terror, López aflojó la presión. De los labios de Perry se escapó un suspiro que pareció un gorgoteo. Comprendiendo que su víctima no estaba muerta aún, López se inclinó hacia adelante para volver a apretar.

Entonces la mancha de oscuridad se movió. El semblante de la víctima quedó oculto bajo algo sólido que parecía haber surgido de la nada.

Con sobresaltados ojos, López vió cómo se convertía la sombra en una mano enfundada en negro guante. Volviéndose, consternado, se vió asido por una figura vestida de negro.

Lo único que vió López fue unos ojos brillantes bajo el ala de un sombrero de fieltro negro.

El sudamericano emitió un grito de sobresalto y se puso en pie de un brinco para hacer frente a su desconocido adversario. Su cuerpo fue asido por férreas manos. Un brazo fuerte le empujó la barbilla hacia arriba.

Luego se vió proyectado hacia atrás y hacia arriba como por una catapulta.

Su cuerpo giró en el aire, precipitándose luego al suelo con enorme fuerza.

Allí quedó, inmóvil, sin conocimiento.

¡Extraña escena! López sin conocimiento, aplastado contra el suelo. Perry Wallace tumbado aún, con los ojos cerrados, mientras sus debilitados dedos intentaban apartar unas manos imaginarias de su garganta.

Por encima de ellos, la figura dominante del cuarto, un hombre con capa y sombrero negros, cuyos ojos parecían dos llamas.

La Sombra, mensajero de vida y muerte, había aparecido en escena. Había salvado la vida a Perry Wallace y dejado sin conocimiento a López.

Perry abrió los ojos. La Sombra le pareció una masa de oscuridad en movimiento. Antes de que pudiera recobrar sus facultades normales se sintió levantado y transportado a una silla.

Allí, con el cuello desabrochado, respiró con dificultad hasta que se pasaron los efectos de las manos estranguladoras.

Luego miró a su alrededor. Lo primero que vió fue el cuerpo de López. Se preguntó si estaría muerto. No podía comprender lo que había sucedido.

Se frotó los ojos y miró hacia la ventana.

Fue entonces cuando, por primera vez, vio de verdad a La Sombra.

AL ver al extraño ser, su aturdimiento hizo aún mayor. Aquella alta figura, vestido de negro, parecía un espectro procedente otro mundo. Parecía imposible entrar en aquel cuarto. ¿Cómo había llegado aquel desconocido?

Perry reprimió un estremecimiento. Los ojos brillantes estaban clavados en él y en ellos no pudo leer ni amistad ni enemistad.

Se dio cuenta de que le debía la vida. El hombre de negro parecía un fantasma vengador. ¿Le habría salvado para, a su vez, matar?

Logró recobrar su aplomo con dificultad. La irrealidad de la situación obró en él como inesperado tónico. En la mente de Perry dominaba un pensamiento. A pesar de todo lo ocurrido, era preciso que desempeñara su papel. Debía seguir siendo Álvarez Legira.

Alisando tranquilamente su arrugada chaqueta, Perry fingió indiferencia, y sacó la boquilla del bolsillo. Devolvió osadamente la mirada al hombre que tenía delante.

Esta acción hizo que surgiera de los ocultos labios del desconocido una risa suave, como de fantasma.

-¿Quién es usted? - preguntó Perry, de pronto.

-Alguien a quien interesan sus planes, Legira-le contestaron, en un susurro.

Perry contuvo una sonrisa al darse cuenta de que desempeñaba su papel de Álvarez Legira lo bastante bien para engañar a su astuto visitante.

Se le ocurrió pensar que, si sabia obrar con habilidad, tal vez averiguaría cosas que hasta aquel momento un había podido descubrir.

Aquella noche, con la visita de Pete Ballon, Perry había comprendido por primera vez cuán compleja era la red de intrigas que rodeaba al cónsul de Santander.

-¿Le interesan a usted mis planes?-preguntó, con indiferencia.

-Sí-declaró La Sombra-. Había estado aguardando, la conferencia de usted con Ballon esta noche. Por desgracia (la voz seguía siendo baja y monótona), la comunicación que establecí había quedado cortada.

Perry comprendió que se refería al diafragma. Recordó entonces que López había descubierto el alambre momentos antes de hacer Ballon su inesperada visita.

-Conque vino en persona-observó Perry.

La Sombra no respondió. Mirando más allá del desconocido, Perry vió las cortinas descorridas y comprendió que el visitante había llegado por la ventana.

-Agradezco su visita-agregó Perry, siempre con el tono y los gestos de Legira-. Tuve un altercado con mi secretario López. Su intervención no pudo ser más oportuna.

-He venido a interrogarle-declaró La Sombra, en tono frío y áspero-. Conozco el motivo de la visita de Ballon. Vino a advertirle que casi había vencido el plazo ya. Mañana por la noche espera su contestación. ¡Yo espero mi contestación ahora!

Perry miró de lleno a los ardientes ojos. La Sombra se estaba acercando más.

Perry lo observó con alarma. La actitud do la figura era amenazadora.

-Mi pregunta-afirmó La Sombra-, está relacionada con la cantidad de diez millones de dólares. He venido a saber cuáles son los planes que tiene usted.

-¿Diez millones de dólares?-Perry hizo la pregunta con fingida calma,-lo siento. No puedo darle información alguna. Los ojos de La Sombra estaban ya muy cerca de él. Brillaban con penetrante poder.

Para Perry tenían una fuerza hipnótica; no podía apartar la mirada de ellos.

¿Traería consigo aquel extraño personaje un nuevo peligro?

Temblando de nerviosidad, Perry intentó huir de los ojos aquellos que intentaban leer sus pensamientos. Sin embargo, sin que pudiera explicarse el por qué, parecía estar desprovisto de fuerza.

Permaneció sentado, sin ofrecer resistencia, preguntándose si aquel hombre de la noche tenía la intención de atacarle De pronto La Sombra retrocedió hasta situarse en el centro de la habitación.

Perry sintió un escalofrío al oír la risa siniestra que brotó de los sombreados labios. Se preguntó por qué habrían cambiado los métodos de La Sombra.

Entonces llegó la explicación.

En susurro largo y suave, el desconocido le dirigió una pregunta. Para Perry fue corno si le hablaran en chino. Se dio cuenta, de pronto, de que le estaban hablando en español.

Volvió a oírse la pregunta. A pesar suyo, el hombre no pudo disimular. La Sombra se echó a reír.

-¡Usted no es Álvarez Legira! ¿Con qué objeto se halla aquí?

A Perry no se le ocurrió contestación alguna. AL interrogarle en español, La Sombra le había obligado a descubrir que su identidad era falsa. López, tabla de salvación de Perry hasta aquel momento, aún yacía sin conocimiento en el suelo.

La Sombra estaba aprovechando su ventaja. Adelantándose, se cernió sobre el hombre que ocupaba el sillón. Perry se encontró con el cañón de una pistola a dos dedos de sus narices. Un frío sudor perló su frente.

-¡Hable!

La orden no era de las que pueden ignorarse. Puesto entre el deber y la propia defensa, Perry se inclinó hacia la última. Locos pensamientos bullían en su cerebro.

¿Qué le debía a Álvarez Legira? ¿A qué intentar sostener la impostura habiendo sido descubierto ya? López era secuaz de Legira. López había intentado matarle. ¿Qué lealtad podía deberle a Legira ya?

-¿Dónde está Álvarez Legira?

La pregunta de La Sombra exigía. Ella le indujo a contestar

-No lo sé.

-¿Quién es usted?

-Me llamo Perry Wallace. Y me pagan para que ocupe el lugar de Legira...

Este principio alivió la tensión nerviosa que había dominado a Perry desde la llegada de La Sombra.

En frases cortas y bruscas contó, a borbotones, toda su historia a partir del momento en que Desmond, agente secreto de Legira, le había hecho la oferta.

Por último habló de la reciente visita de Ballon y de la lucha que a continuación había sostenido con López.

Rebuscando en el bolsillo, sacó la hoja de papel en que iban anotadas las señas del otro. La Sombra lo recibió con la mano tendida.

A pesar suyo, Perry Wallace había llegado a considerar a aquel desconocido como amigo. El peligro y la incertidumbre que le rodeaban parecían estar desvaneciéndose en presencia de La Sombra.

Perry se dejó caer hacia atrás, agotado, en su asiento. Durante un instante La Sombra permaneció inmóvil; luego dio media vuelta y descolgó el teléfono.

Perry no oyó lo que decía por teléfono. Su voz era lejana, corno susurro siniestro. Sólo podía adivinar que La Sombra había dado y recibido información de importancia.

De pronto volvió a colgar el aparato y miró hacia el sillón. La pistola había desaparecido de la vista. EL largo brazo derecho señalaba en dirección a López,

-Quédese aquí-ordenó-. Atienda a ese hombre y procure captarse de nuevo sus simpatías. No diga una palabra de mi visita. Ya nos volveremos a ver.

Perry movió afirmativamente la cabeza. Observó que López se movía con trabajo. Oyó que exhalaba un gemido. Perry se alzó del sillón y corrió en su ayuda. López abrió los ojos y logró alzar su cuerpo del suelo.

Se quedó mirando, con aturdimiento, a Perry. Había desaparecido todo rastro de ira de su semblante.

-Usted... usted...-empezó a decir.

-Yo estoy bien-le interrumpió el falso Legira-. Cometió usted un error, López. Perdió la cabeza. Me estaba estrangulando. No tuve más remedio que dejarle sin sentido para salvarme.

Los ojos del hombre brillaron con momentánea desconfianza.

-Intentó usted darme una puñalada -agregó el otro-.¿Cree que le hubiera dejado vivir si usted y yo fuésemos enemigos? Somos amigos. ¿Comprende? ¡Amigos!

López se había puesto en pie mientras hablaba su compañero. Se apoyó débilmente contra la pared y miró a su alrededor, fijando finalmente la vista en la ventana. Perry siguió su mirada con momentánea alarma.

Se había olvidado de La Sombra de momento. Ahora esperaba ver al hombre de negro. Con gran asombro suyo, sin embargo, las cortinas estaban corridas casi por completo y por entre ellas se veían las persianas cerradas.

López luchaba por recordar los detalles de la lucha. Se acordaba de que había estado estrangulando al otro.

Luego recordó un forcejeo rápido en que había salido vencido. No había ninguna otra persona en el cuarto. La historia de Perry sonaba a convincente.

Miró al hombre que tenía delante de él. Se dio cuenta de que se había equivocado, que carecía de fundamento su desconfianza. Perry le tendió la mano. López la estrechó cordialmente. Se había declarado un armisticio.

Pero mientras López estaba aún rehaciéndose de su aturdimiento, el cerebro de Perry bullía. Para él La Sombra era una extraña realidad.

Había visto al hombre de negro. Había contado su historia y aceptado órdenes.

Había visto a La Sombra recibir el informe de algún agente desconocido.

Luego, silenciosa e invisiblemente, el hombre de la noche había desaparecido. Se había presentado allí para salvar.

Se había quedado para descubrir datos de importancia relacionados con los planes de Álvarez Legira y otras personas.

Perry Wallace comprendió que La Sombra se había marchado con el fin de cumplir alguna misión misteriosa y que en aquel momento el desconocido vestido de negro se hallaba camino de hacer frente a otras situaciones.

CAPÍTULO XI
HENDRIX DECIDE

John Hendrix estaba sentado a la mesa del despacho de su piso. El reloj que tenía al lado señalaba las ocho y veinte.

El financiero anotaba algo en una hoja de papel cuando entró Jermyn.

Hendrix no pareció verle hasta que se le puso inmediatamente delante.

Entonces alzó la vista, interrogador.

-Se ha marchado-anunció el secretario, en voz baja.

-¿Se aseguró usted de que bajaba la escalera?

-Sí, señor.

Hendrix volvió a consultar el reloj. Por primera vez parecía inquieto y nervioso. Empezó a golpear la mesa con su fría mano. No hizo comentario alguno y Jermyn permaneció inmóvil, como si fuera un muñeco.

Jermyn siempre estaba sereno y siempre carecía de expresión.

A medida que transcurrían los segundos el financiero se iba tornando más inquieto. Transcurrió un minuto; otro. Hendrix estaba mirando el reloj.

El sonido de un timbre interrumpió la serie de golpes que estaba dando con la mano. Alzó rápidamente la mirada y habló con Jermyn.

-Vaya a la puerta pronto-dijo-. Debe ser Powell.

Jermyn fue metódico hasta para darse prisa mientras cruzaba el cuarto.

La impaciencia del financiero subsistió hasta que reapareció Jermyn, seguido de Martín Powell.

A la luz, este último resultaba una figura cuadrada. Sus facciones parecían talladas a cincel. Dirigió a Hendrix una mirada penetrante.

Este le indicó una silla y el investigador se sentó.

-Perdone que haya llegado un poco tarde, señor Hendrix-dijo Powell-. Después de recibir su mensaje diciéndome que estuviera aquí a las ocho y cuarto, me acerqué a casa de Legira a echar otra mirada. Calculé que me bastarían unos veinte minutos para llegar aquí. No tuve en cuenta los posibles retrasos del taxi.

-¿Estuvo usted en casa de Legira?-se apresuró a preguntar Hendrix.

-Delante de su casa. Y no fue viaje desaprovechado, por añadidura...

-¡Ah! ¿Averiguó usted algo?

-Nada determinado. La cuestión es ésta, señor Hendrix: mi tarea ha sido la de vigilar a la gente que visitara a Legira, así como seguirle los pasos a él. Sólo ha recibido usted noticias de mí de vez en cuando, porque todo parecía normal allá.

-Pero... ¿esta noche...?

-Entró un hombre a verle a eso de las ocho menos veinte. Eso no hubiera tenido nada de particular, en mi opinión, de no haberse tratado del mismo hombre que se había presentado ya allí en otra ocasión. Fue el mismo que estuvo la noche en que Legira regresó tan tarde hace cosa de diez días.

-Ya recuerdo. Ha estado usted vigilando por si volvía a presentarse, ¿verdad?

-Sí, señor. No es un criminal conocido; pero a mí me daba mala espina. Conque, cuando se presentó esta noche, me quedé por ahí a ver qué ocurría.

-Y entonces...

-Aún estaba allí cuando tuve que irme para venir aquí.

-Ya... - musitó Hendrix-. A propósito, Powell, su tarea ha sido bastante ligera estos últimos días, sus informes han sido todos iguales. Supongo que no habrá perdido de vista a Legira.

-Sí, señor; le he vigilado tan estrechamente como ha sido necesario. Ya sabe que mi trabajo principal quedó terminado hace más de una semana, cuando me dijo usted que había quedado aprobado Legira.

-Claro, el único motivo de que le pidiera que continuase vigilando fue aquella visita qué tuvo después de medianoche. Me pareció preferible que continuara usted su trabajo. Y ahora me alegro de que lo hiciera. Dígame, Powell, ¿cuándo vió usted a Álvarez Legira la última vez?

-Entre siete y cuarto y siete y media. Esta noche. Le estuve vigilando...

Powell se detuvo, sorprendido, al ver la expresión de asombro del financiero. Aguardó que hablara Hendrix.

-¿Dónde vió usted a Legira- preguntó éste.

-En la puerta de su casa, en el momento de entrar...

-¿Poco antes de las siete y media?

-Sí, señor.

-¡Está usted equivocado, Powell!

-No, señor.

Hendrix se volvió y llamó a Jermyn.

-Jermyn-dijo-: haga el favor de decirle a Powell dónde estaba Legira esta noche a las siete y media.

-Comiendo con usted. Aquí, en este piso.

Ahora le tocó a Powell asombrarse. Miró de Hendrix a Jermyn, como si dudara da su palabra. Cuando se dio cuenta de que ambos hablaban en serio, arrugó el entrecejo, intrigado.

-¡Aquí ocurre algo raro!-declaró-. Seguí a Legira y a su secretario López desde el momento que abandonaron el consulado. Comieron juntos en un restaurante, cerca de la casa de Legira...

-¿Vió usted a Legira con López?-exclamó Hendrix-. ¡Imposible!

-Le vi esta mañana-respondió el investigador-. Estuve luego rondando su despacho hasta las cinco. Era cerca de esta hora cuando llamé a mi casa y recibí el mensaje de que me pusiera en contacto con usted. Conque seguía Legira...

-Powell-dijo Hendrix, con seriedad:-le llamé para pedirle un consejo. Ahora estoy más que satisfecho de que haya venido. Sospeché que Legira pudiera estar haciendo doble juego. Ahora estoy seguro de que las cosas no son como debieran ser.

»Legira estuvo aquí hoy. Se portó de una forma muy rara y me pidió que guardara secreta su visita. Pidió la entrega de ciertos fondos a que tiene derecho. Di los pasos necesarios para complacerle.

»Ahora se ha marchado, después de pasarse varias horas aquí. Aseguró que no había estado en su casa desde hace varios días. Sin embargo, usted me dice...

-¡Legira ha estado allí!-estalló Powell, con ira-. ¡Le he visto durante todo este tiempo! ¡Se ha dejado usted engañar por un impostor!

-Tal vez-asintió Hendrix-. También existe la posibilidad de que sea usted el engañado.

-Es posible-concedió, de mala gana, Powell-. Pero a mí me parece más probable que alguno esté intentando hacerle a usted una jugarreta. Viniendo aquí como Legira...

En contestación, Hendrix cogió dos papeles de encima de la mesa. Uno de ellos era el contrato firmado por Legira. El otro era el recibo que el mismo firmara aquella tarde. Las dos firmas eran exactamente iguales.

-Legira firmó uno de esos documentos hace cerca de diez días-observó Hendrix-. Firmó el otro aquí, esta tarde.

-Pues no lo comprendo-dijo Powell, con perplejidad.

-Para mí, sin embargo, la cosa es clara-afirmó él financiero-. No es necesario que discutamos más el asunto. Legira es culpable de doblez. Por fortuna, he tomado mis medidas para impedir que sea entregado el dinero.

Consultó el reloj. Eran las nueve menos cuarto. Sonrió; se volvió a Jermyn y observó que éste se había puesto a escuchar con atención.

Viendo que Hendrix le miraba, Jermyn salió de su abstracción.

-¿Ocurre algo, Jermyn?-inquirió Hendrix.

-Nada, señor. Mi imaginación. Creí que oía abrirse la puerta de la calle.

-No obstante, sería prudente comprobarlo.

Cuando el secretario se hubo marchado a ver qué ocurría, Hendrix le habló con solemnidad a Powell.

-Si el hombre que vino aquí es un impostor-dijo,-es preciso que le pare inmediatamente. Si es el verdadero Legira (y yo tengo el convencimiento de que lo es), ello demuestra que está ocupado en alguna empresa ilícita. De lo contrario, no tendría necesidad de buscar un substituto que ocupara su lugar durante su ausencia.

-¿Por qué no llama usted a su casa?-sugirió Powell.

-Aún no. Me quedan quince minutos para notificar a Cody, que se halla en el Baltham Trust, para que suspenda todas las negociaciones con Legira.

Jermyn regresó en aquel momento. Movió negativamente la cabeza para indicar que no había hallado cosa alguna anormal.

-La puerta estaba cerrada-declaró-. Supongo que sólo me imaginé que había entrado alguien.

-Está bien, Jermyn. Deme el teléfono. Tengo que hacer una llamada importante inmediatamente,

Jermyn obedeció. Teléfono en mano, Hendrix se detuvo lo bastante para hacerle otra aclaración a Martín Powell.

-Álvarez Legira se trae algo entre manos –dijo-. Ha fingido que sus planes eran legítimos, Lo que en realidad ha estado haciendo es procurar conseguir la cantidad de diez millones de dólares.

-¡Diez millones de dólares!-exclamó Powell.

-Sí, esa es la cantidad. Todo ha quedado arreglado para que Legira pueda obtenerla en cuanto la pida. Pero aún no le ha sido entregada. Yo soy el único que puede frustrar sus planes. Cuando hable por teléfono será el principio del fin.

»Según están ahora las cosas, Legira tiene acceso a los millones. Cuando haya yo terminado de hablar, el conspirador ese se encontrará con que ha perdido la oportunidad. Le será completamente imposible a Álvarez Legira obtener el dinero jamás.

Hendrix hablaba dramáticamente. Su fofo semblante reflejaba triunfo.

Corpulento y letárgico, no tenia nada del aspecto que distingue al hombre inteligente. Ello no obstante, estaba a punto de ganarle la partida al astuto Legira.

El reloj señalaba las nueve menos diez. Hendrix sonrió. Había tiempo de sobra. Estaba gozando de aquel momento de triunfo en que él desempeñaba el papel principal.

Miró a Powell; luego a Jermyn. Entonces observó que el rostro de este último había palidecido; que el secretario no estaba escuchando lo que decía su jefe; que estaba mirando con desorbitados ojos en dirección a la puerta.

Martín Powell observó el cambio en la expresión del financiero. Vio a Hendrix mirar hacia la puerta. Instintivamente, el hizo lo propio.

El pasillo que hasta ella conducía era oscuro, Había alguien en aquel pasillo, un hombre cuyo rostro resultaba casi invisible en la oscuridad.

Pero no era eso lo que interesaba a los tres hombres.

La mano del desconocido se veía claramente. Sujetaba un revólver. Este apuntaba directamente a John Hendrix, amenazándole de muerte si hacía el menor movimiento.

CAPÍTULO XII
MUERTE EN LA OSCURIDAD

Siguieron unos momentos de tensión. Los tres hombres formaban un cuadro, verdadera encarnación del sobresalto. Jermyn, que era el que más cerca de la puerta se hallaba, estaba petrificado de miedo.

Powell, sentado junto a la mesa, reflejaba solemnidad y tensión. Hendrix, teléfono en mano, daba muestras de vivo sobresalto.

No se oyó una palabra en el pasillo. El desconocido tenía a los tres hombres a merced suya. No dio a conocer sus intenciones. Parecía contento, de momento, conque las cosas siguieran como estaban.

¡Las nueve menos diez!

El pensamiento aquel preocupaba al financiero. A menos que hiciera la llamada, Legira recibiría el dinero de manos de Cody.

¿Era aquel el propósito de la amenaza? ¿Se habría presentado un cómplice a impedir que dieran un paso hasta que se hubiese terminado la operación?

No era fácil, pensó Hendrix.

Se dio cuenta de que Legira no podía haber estado enterado del mensaje especial que le había enviado a Cody ordenándole que no hiciera entrega del dinero hasta después de las nueve.

Furioso, a pesar de su aturdimiento, Hendrix intentó distinguir la cara del intruso. De pronto se le ocurrió que podría ser el propio Legira, que hubiese regresado.

¿Había visto el sudamericano entrar allí a Martín Powell?

El hombre seguía en la oscuridad, manteniéndose bien alejado para que no pudiera vérsele el rostro. Eso le dio una idea a Hendrix. Dudaba que el hombre se atreviese a disparar. El financiero se tornó bruscamente osado.

Habló con deliberación.

-Legira-dijo-: Legira o quienquiera que usted sea, nada adelantará con amenazar. Somos tres contra uno. Un disparo hecho aquí bastaría para dar la alarma. El asesinar no le ayudaría en nada. Guárdese la pistola y márchese de aquí.

Por el rabillo del ojo, Hendrix observó que Jermyn se estaba acercando cautelosamente a la puerta. Las serenas palabras del financiero habían trocado en lealtad el miedo del secretario.

Era fácil de comprender sus intenciones. Estaba dispuesto a atacar para salvar a su amo. Si Jermyn podía distraer la atención del intruso, todo iría bien.

Hendrix vió que Jermyn le dirigía una mirada. El financiero movió casi imperceptiblemente la cabeza en señal de asentimiento. AL propio tiempo asió con más fuerza el teléfono.

Jermyn tembló, como si quisiera lanzarse al ataque, pero algo le contuviera.

Con repentina osadía, Hendrix empezó a descolgar el auricular.

Los acontecimientos se sucedieron entonces con confusa rapidez. John Hendrix no se había equivocado al depositar su confianza en el secretario.

Jermyn dio un salto hacia la puerta, colocando su cuerpo entre la pistola y su jefe.

Martín Powell se puso en pie y corrió hacia la pared, cerca de la puerta, donde una especie de nicho ofrecía momentánea protección. Se iba sacando la pistola del bolsillo al propio tiempo,

Teléfono en mano, Hendrix corría a buscar refugio, arrastrando tras sí el largo cable del aparato. Con poco que se moviera estaría a cubierto de posibles disparos.

El ataque había sido rápido, lo bastante para sorprender al intruso. Cada uno de los tres hombres había obrado por iniciativa propia. No hubiera podido llevarse a cabo con mayor eficacia un plan preconcebido.

Jermyn era el atacante.

Powell se disponía a ayudarle. Hendrix, pensando sólo en hacer la llamada telefónica, buscaba el punto más próximo que ofreciera seguridad.

Quien había pensado más acertadamente había sido Jermyn. Instintivamente comprendió que el financiero sería la primera víctima.

En esto no se equivocaba. El desconocido estaba dispuesto a matar; quería impedir a toda costa que Hendrix telefoneara. Sin embargo, no podía disparar contra Hendrix sin quitar primero del paso a Jermyn.

De haber permanecido el financiero sentado a la mesa, hubieran quedado frustrados los propósitos del desconocido. Fue el salto instintivo de Hendrix para ponerse en lugar seguro lo que le perdió.

Jermyn se hallaba a unos dos metros de su enemigo. Estaba cubriendo con su cuerpo el sillón ocupado por su jefe. Pero cuando éste se levantó y alejó, se apartó automáticamente de la barrera que el secretario le proporcionaba.

El hombre emboscado en el pasillo vió la corpulenta figura. Apartó la pistola de Jermyn; disparó dos veces. Hendrix que se hallaba aún cerca de la mesa, cayó de cabeza al suelo. El teléfono se le escapó de la mano y dio en la pared.

Jermyn llegó en aquel instante a las manos con el enemigo. El sonido de aquellos disparos le había enloquecido. Luchaba con terrible frenesí, haciendo esfuerzos por apoderarse del arma y dominar al hombre que había disparado contra su jefe.

La pareja entró, luchando, en el cuarto. Jermyn tenía asida la mano derecha de su contrincante de manera que la pistola apuntaba hacia arriba.

Martín Powell, con rostro sombrío, aguardaba una ocasión para intervenir.

Que los dos se separaran un instante y el invasor moriría.

La suerte favoreció al enemigo. El azar le había proporcionado la ocasión de darle a Hendrix. De nuevo había de servirle la suerte en su lucha con Jermyn.

Los dos hombres tropezaron con la pared. EL interruptor de la luz estaba a su lado. Martín Powell no podía ver el rostro del desconocido, porque Jermyn le estaba aplastando contra la pared.

Pero sí que vió la mano izquierda libre alcanzar el interruptor.

¡Chas!

La habitación quedó sumida en tinieblas. Fue una lucha en la oscuridad.

Powell no podía distinguir a Jermyn de su adversario.

Los dos hombres cruzaron el cuarto tambaleándose, sin dejar de luchar. Se habían alejado de la pared. Powell corrió hacia el interruptor.

Su mano buscó a tientas en la oscuridad. A pesar de sus desesperados esfuerzos, el interruptor parecía esquivarle.

Entretanto, los otros dos rodaban por el suelo, emitiendo roncos y feroces gritos. Los dedos del investigador hallaron, por fin, lo que buscaban.

Antes de que pudiera oprimirle, sonó un disparo amortiguado en el centro de la habitación.

Se hizo la luz. Powell miró. Jermyn yacía en el suelo. Agazapado junto a él se hallaba su jadeante adversario. El hombre alzó la cabeza con amenazador brillo en los ojos.

Powell le vió la cara y soltó una exclamación al reconocerle. Apuntó con la pistola. El otro movió la suya y se echó desesperadamente hacia delante.

El disparo de Powell fue un poco alto. Rozó el sombrero del asesino. Volvió a oprimir el gatillo. Entonces el arma del otro respondió.

El disparo del desconocido fue precipitado, pero surtió efecto. Powell se tambaleó. Se rehizo y disparó dos veces; Pero a locas.

Entonces su enemigo, con serena deliberación, apretó el gatillo de su pistola y un segundo proyectil alcanzó el cuerpo del investigador. Martín Powell cayó al suelo.

El asesino corrió a la pared y apagó la luz. Se quedó apoyado allí, jadeando.

La oscuridad pareció imbuirle nuevamente de valor.

Cruzó lentamente el cuarto con una lámpara de bolsillo en la mano. Proyectó la luz sobre la mesa y soltó una risa amortiguada. Vió a un lado a John Hendrix, caído de bruces en el suelo. El financiero estaba muerto.

Volviéndose, enfocó a Martín Powell con la lámpara. El investigador yacía inmóvil. También él parecía muerto. Se dirigió a su tercera víctima. Jermyn estaba vivo, gimiendo monótonamente.

Tenía los ojos cerrados. El asesino escuchó. Los gemidos cesaron.

Se oyó entonces un sonido que llamó la atención del hombre: el chasquido que emitía el auricular del teléfono. Escuchó atentamente. Se dio cuenta de que los disparos habían sido oídos por la Central.

¡Ello significaba que podría haber gente ya en camino de la casa!

Los rayos de la lámpara de bolsillo iluminaron la mano derecha del hombre, con su amenazadora pistola. Más allá del arma se encontraba el rostro de Jermyn.

Este abrió los ojos. Vió la mano delante de la luz. El asesino, escuchando, no se fijaba en Jermyn. EL secretario alzó las manos. Con renovado frenesí, asió la pistola e intentó arrancarla de la mano que la sostenía.

Empezó la lucha de nuevo. Dejando caer la lámpara, el enloquecido asesino intentó apartar, a golpes, la mano de Jermyn. Este la tenia cogida por el cañón, pero el otro aún conservaba la culata en su mano y oprimió el gatillo.

De nada le sirvió hacer aquel disparo; Jermyn había desviado el arma.

Con un brusco movimiento, Jermyn logró arrancarle el arma de la mano. Se oyó el rebotar de la pistola al tirarla el secretario hacia la pared. EL asesino, furioso, empezó a descargar fuertes puñetazos sobre su víctima.

Sus dedos oprimieron la garganta de Jermyn. Un pulgar se hundió profundamente en la carne. Jermyn dejó de luchar de pronto.

No era la presión de las manos lo que le había vencido. Su herida era mortal.

Había estado luchando sin más fuerzas que las derivadas de su tensión nerviosa, y éstas se habían desvanecido ya.

El asesino comprendió que su víctima ya no vivía. Soltó una exclamación, se puso en pie y recogió la lámpara de bolsillo, que aún seguía encendida.

Luego hizo una pausa y extinguió la luz. Alguien golpeaba la puerta de la calle.

Había llegado ayuda. Era preciso que huyera inmediatamente. Oprimió el botón de la lámpara de bolsillo. Sus rayos se volvieron hacia Martín Powell.

Junto a éste yacía la pistola que de tan poco le había servido.

El asesino no tenía más que dos pensamientos: el de huir y el de llevarse un arma.

La suya había caído. La andaba buscando. Quería encontrarla; pero los pesados golpes que estaban descargando sobre la puerta le alarmaban.

No tenia tiempo para escoger. Cogió aquella pistola y corrió hacia la ventana, apagando la lámpara de bolsillo.

Asomándose al exterior, vió el descansillo de una escalera de escape. Abrió la ventana, se descolgó por ella y se asió de una cornisa mientras tendía la mano hacia la barandilla de la escalera.

Perdió el equilibrio y cayó; pero sus manos lograron hacer presa en la barandilla.

Subió a la escalera e inició su loca huida.

Allá en el cuarto en que se hallaban los tres hombres, todo era silencio, interrumpido, tan sólo, por los golpes procedentes de la puerta.

De pronto cesaron éstos. Los que intentaban aportar su ayuda, desengañados, habían marchado en busca de auxilio.

Siguió un instante de silencio. Luego un leve gemido. Uno de los tres no estaba muerto. Un segundo gemido; luego, silencio. Allá en el vestíbulo sonó un chasquido, como si se hubiera abierto la puerta.

Transcurrieron unos segundos, luego interrumpió el silencio del cuarto un sonido apenas perceptible.

Algo avanzaba por la oscuridad. Un minúsculo rayo de luz bailó por la pared. Un círculo luminoso, del tamaño de un dólar todo lo más, cayó sobre el interruptor eléctrico. Se extendió la mano y apretó el interruptor.

¡Alguien había entrado en el cuarto de muerte!

CAPÍTULO XIII
LA SOMBRA SABE

El despacho de John Hendrix volvió a inundarse de luz. Aquel cuarto, el más recluido del piso, presentaba un cuadro terrible.

Dos de los caídos estaban muertos, sin el menor género de duda. Uno de ellos era Hendrix; el otro Jermyn. Sólo Martín Powell tenía aún vida. Él era quien gemía. En aquel instante, incluso, se movían sus labios.

En medio de aquella carnicería se alzaba un hombre alto, vestido de negro.

La Sombra había llegado demasiado tarde para impedir aquellos asesinatos.

Aquélla era su oportunidad para averiguar la identidad del criminal.

Un hombre podía decirlo: Martín Powell. La Sombra se inclinó sobre el moribundo investigador. El hombre tenía los ojos vidriosos curando los abrió para mirar a aquella forma oscura.

Una pregunta susurrada surgió de los labios invisibles. Powell intentó afirmar con la cabeza. Otra pregunta: otro esfuerzo por afirmar.

Los labios del investigador temblaron; pero no salió sonido alguno de ellos.

Estaba intentando hablar: La mano izquierda de La Sombra quitó el guante negro a la derecha. La yema de un dedo delgado y puntiagudo descansó sobre aquellos temblorosos labios.

Con agudo tacto, La Sombra leyó las palabras que Martín Powell intentaba pronunciar. El esfuerzo terminó con una sola frase.

Dulcemente, el hombre de negro depositó el cuerpo en el suelo. Martín Powell había muerto. En sus últimos momentos, había intentado dar un mensaje, y éste había sido comprendido.

Se oyeron nuevos golpes en la puerta exterior. La Sombra hizo caso omiso de ellos. Volvió a ponerse el guante. Se dirigió a la mesa y vió los papeles que sobre ella había.

Estudió los documentos con calma. Desaparecieron bajo la negra capa.

Aquellos eslabones que servían de nexo de unión entre John Hendrix y Álvarez Legira no quedarían allí como prueba.

La puerta exterior se estaba astillando bajo la lluvia de terribles golpes. La Sombra seguía indiferente.

Sus ojos vieron la pistola que yacía junto a la pared. Miró hacia el cuerpo de Jermyn. Imaginando la escena, comprendió que aquélla debía ser el arma del asesino

Acercándose a la pared, alzó cuidadosamente el arma por el cañón y la examinó. Una risa suave escapó de sus labios cuando volvió a depositar el arma donde la había encontrado. Se puso a buscar otra cosa, en la vecindad del cadáver de Powell. Andaba buscando la pistola del investigador.

Su busca terminó bruscamente. La Sombra se volvió a reír.

Los golpes sonaban más fuertes ya. La puerta se estaba hundiendo. La Sombra, sin perder la serenidad, se inclinó sobre el cadáver de Jermyn y observó las señales que éste tenía en la garganta.

Luego se situó en la puerta del cuarto, imaginándose cómo se había desarrollado todo aquel drama.

Con paso rápido se acercó a la ventana, fijándose en que estaba abierta.

Acercó los ojos al marco, observando nuevas señales.

Volviendo de nuevo a la mesa, se detuvo a hacer una inspección final.

Observó entonces la punta de una hoja de papel que estaba metida debajo del secante. La extrajo. Eran unas notas de John Hendrix.

-<Legira-Cody-nueve en punto>, eran algunas de las palabras que contenía el papel. La Sombra consultó el reloj que había sobre la mesa. Señalaba las nueve y veintidós.

Sonó un ruido estrepitoso seguido de un golpe seco y de los gritos excitados de media docena de hombres.

Rápidamente, La Sombra llegó a la pared y apagó la luz. Apenas lo hubo hecho se oyeron pasos en el vestíbulo.

La sombra se dirigió a la ventana. La luz de una linterna se proyectó sobre el suelo al entrar el primero de los hombres; luego se volvió hacia la pared.

De haber continuado moviéndose, hubiera iluminado la figura de La Sombra, que se hallaba en la ventana.

Pero en aquel instante sonó un disparo. La Sombra habla sacado una pistola de debajo de la capa. La posición del hombre que sostenía la linterna era tal, que la luz se extendía delante de él. La Sombra había tomado el brillo como blanco.

Al sonar el disparo, la linterna quedó hecha añicos. Sonaron gritos confusos en la oscura habitación. Alguien dio al interruptor. Junto a la puerta había un grupo de hombres uniformados-policía y conserjes del edificio-cerca de la pared había uno de paisano.

Era el detective Joe Cardona. Había llegado para dirigir el derrumbamiento de la puerta. Él era quien había llevado la linterna en la mano. En aquel momento echaba chispas contra el hombre que había dado al interruptor.

Semejante acto les había convertido a todos en blanco perfecto.

Cardona se distinguía por su rápida reacción ante el peligro. Mientras aún daba rienda suelta a su ira por la locura de un subordinado, se estaba volviendo hacia la ventana de donde había salido el tiro.

No vió más que durante una fracción de segundo a la figura que se descolgó por la ventana. Alzó el revólver y disparó... un quinto de segundo demasiado tarde.

-¡Vamos! ¡A cogerle!

Cardona, a la par que gritaba esto, fue el primero en correr hacia adelante.

Fuera, La Sombra, descolgándose invisiblemente en la oscuridad, alcanzó la barandilla de la escalera de escape. Había desaparecido de la vista cuando el detective llegó a la ventana.

-¡Eh, los de abajo!

El grito fue respondido. Una luz se encendió en la calle, apuntando hacia el rostro de Cardona. Este, al llegar con su brigada, había dejado un cordón de hombres alrededor del edificio.

-¿Han visto ustedes a alguien?-preguntó.

-¡No!-le contestaron.

-¡Está bajando por la escalera de escape!-gritó el detective.

-En tal caso, le cogeremos-gritaron desde la calle, convencidos-. Dos hombres suben ya por ella.

-Yo bajo-anunció Cardona, sombrío.

Salió por la ventana, avanzó por la cornisa y llegó a la escalera. Se acordó de que no llevaba lámpara. No obstante, siguió, atrevidamente, el camino que sabia habla seguido el fugitivo.

Bajando a toda prisa la escalera, vió el brillo de una luz al llegar a un recodo. Se detuvo bruscamente, comprendiendo que denotaba la presencia de los policías que ascendían.

Mientras aguardaba, le sobresaltó la detonación de un revólver, que sonó con intensidad de cañón. Se oyó rumor de lucha en la escalera. Cardona bajó corriendo. Vió una lámpara de bolsillo, encendida, en los escalones.

La cogió y, a su luz, vió a dos hombres caídos. Sus revólveres yacían a su lado. Ambos parecían medio atontados.

Se oyeron más disparos abajo. EL detective se apresuró a bajar del todo. Se encontró allí con un guardia, este reconoció a Cardona a la luz del farol que colgaba al pie de la escalera.

-Le persiguen jefe-exclamó-. Salió disparando de aquí antes de que pudiéramos pararle. No nos dimos cuenta de que teníamos encima hasta que le dio un culatazo a Hickey...

Señaló a otro hombre uniformado que estaba sentado, aturdido, contra la pared, frente a la escalera. Cardona, con el rostro congestionado de ira, oyó disparos lejanos que indicaban que proseguía la persecución.

Sabia que por lo menos media decena de hombres se hallaban sobre la pista del fugitivo. Hizo una seña al policía para que le siguiera y se dirigió a la escalera de escape.

Ni un instante siquiera sospechó que su asombroso adversario pudiera ser La Sombra. El detective había quedado asombrado de encontrar aún un hombre en el lugar en que se habían cometido tres asesinatos.

Sin embargo, se lo explicó de la manera más lógica. Se dijo que el fugitivo, a quien apenas había visto, habría de ser, forzosamente, el asesino.

Los hombres que había en la escalera contaron, avergonzados, lo que les había ocurrido. Bajando como una tromba por la escalera, el desconocido se había echado sobre ellos en el recodo.

Habían disparado con la esperanza de darle; pero les había sido imposible contener su salvaje ataque.

En toda su experiencia con criminales, Cardona nunca se había encontrado con un hombre que exhibiera una osadía que tan buenos resultados le diera, como aquélla.

Se había abierto paso a través de un cordón de policía sin hacer un solo disparo. La única esperanza de cogerle que quedaba era la vigilancia de los que habían salido en persecución suya.

El detective se hallaba de bastante mal humor cuando llegó, nuevamente, al despacho de Hendrix. Estaba seguro de que el asesino había estado casi en sus manos, escapándosele por verdadero milagro.

Unas manzanas más allá, un automóvil elegante avanzaba a toda velocidad por entre el tráfico. Tras él iba un coche, que hacía sonar sin cesar la sirena y cuyos estribos iban llenos de policía. La distancia era demasiado grande para poder disparar.

El primer coche dobló, de pronto, una esquina. El automóvil de la policía llegó a la bocacalle en cuestión, y tiró por ella, avanzando por la estrecha callejuela hasta llegar a un punto muerto y tener que torcer a la izquierda.

Apenas hubo desaparecido su luz trasera, cuando el coche que perseguían salió de un estrecho callejón comprendido entre dos altas paredes.

Llevaba las luces apagadas; pero éstas volvieron a encenderse al volver el coche por el mismo camino que llegara.

El que se hallaba sentado al volante resultaba invisible en la oscuridad del vehículo. Rió, suavemente y su tono burlón despertó extraños ecos.

La Sombra había esquivado a sus perseguidores y se hallaba camino de una nueva aventura.

Aquella noche La Sombra había logrado muchas cosas desde el momento de su llegada al piso de John Hendrix. Había averiguado ciertos datos de labios de Martín Powell; se había llevado los documentos que establecían relación entre Legira y John Hendrix; había creado la impresión de que el asesino aun se hallaba en el lugar del crimen al llegar la policía.

¿Cuál era el objeto de tales actos? ¿Estaba protegiendo La Sombra al hombre que había cometido el triple asesinato o se hallaba frustrando, con sutileza planes malignos? ¿Habría descubierto ya la identidad del criminal gracias a su anormal intuición?

Sólo había un hombre en el mundo capaz de dar contestación a todas estas preguntas

La Sombra en persona.

Intereses encontrados habían sido la causa de la muerte de tres hombres.

Reinaba cl crimen y aquella noche señalaba el principio de una serie de actos malignos. Se jugaban vidas y riquezas. Los planes de unos y otro, hallábanse velados por el secreto. Lo que el porvenir reservaba era cosa que sólo La Sombra sabía.

¡Sólo La Sombra podía vengar acuellas muertes e impedir los trágicos resultados que mentes astutas tenían ideados en sus planes!

CAPÍTULO XIV
LEGIRA SIGUE ADELANTE

-Pregunta por usted el señor Legira.

El que hablaba era uno de los serenos de la Baltham Trust Company.

Roger Cody, representante de John Hendrix, movió afirmativamente la cabeza y dijo al sereno que hiciera pasar a la visita. A continuación, se arrellanó en su asiento y aguardó la llegada del sudamericano.

Este entró e hizo una leve reverencia, sonriendo. Tras él se hallaba su musculoso criado Francisco.

Legira tomó asiento a invitación de Cody y Francisco se quedó de pie, silencioso, en un rincón del despacho.

Cody y Legira se habían visto anteriormente, de forma que resultaban innecesarias las presentaciones. Para Cody, las negociaciones de aquella noche eran simple trabajo rutinario.

Había manejado anteriormente, con frecuencia, asuntos de gran importancia como representante de John Hendrix.

Sólo había una cosa que inspiraba dudas Cody: el retraso con que se presentaba Legira. EL reloj que tenía sobre la mesa señalaba las nueve y media.

-Le esperaba a usted antes de las nueve, señor Legira-dijo Cody-. Creí que no iba usted a venir.

-No me fue posible venir antes. Mi criado no se encontró conmigo como habíamos convenido. Me vi obligado a esperarle media hora.

-Ah, si-dijo Cody-. Comprendo. Sin embargo, no importa gran cosa, señor Legira. Tengo la orden de entregarle a usted una caja que obra en mi poder. Debido a la naturaleza de su contenido, también se me dijo que tuviera a su disposición un medio apropiado de transporte, es decir, un camión blindado...

-Eso es innecesario, señor Cody-declaró Legira-. Estoy completamente preparado para proteger la caja en cuestión. Todo eso quedó ya arreglado con el señor Hendrix. También explica mi retraso; mal podía yo venir aquí sin Francisco, ya que él es mi hombre de confianza y me ayudara a transportarlo.

Roger Cody se sentía inquieto. Conocía, por encima, la naturaleza de la transacción. AL propio tiempo, estaba acostumbrado a obedecer las órdenes que recibía de Hendrix.

El financiero le había dicho, claramente, que entregara el dinero a Legira, a menos que recibiera orden contraria antes de las nueve.

Cody no había recibido aviso alguno de su jefe, aun cuando había esperado que éste le telefoneara para decirle que podía efectuar la entrega.

Se preguntó si no debería telefonear él y estaba a punto de descolgar el teléfono, cuando se fijó en el reloj.

Pasaba treinta minutos de la hora estipulada. ¿Acaso no habría telefoneado Hendrix de haberse hecho algún cambio en el plan?

El financiero era hombre que exigía ser obedecido al pie de la letra cuando daba órdenes.

Legira se dio cuenta, instintivamente, de la indecisión de Cody. Habló persuasivamente, de una forma que sirvió para mitigar las dudas del otro.

-He venido muy tarde, señor Cody-dijo-. Completemos la transacción lo más aprisa posible. Tengo entendido que el señor Hendrix le dio instrucciones a ese efecto, ¿no es cierto?

-Está bien-respondió Cody.

Se acercó a una caja de caudales que había en un rincón del cuarto y la abrió. Hizo una seña al sereno por la valla de cristales.

Este, con la ayuda de Francisco, sacó una caja de metal grande y pesada.

-Firmará usted aquí, señor Legira-dijo Cody, tendiéndole un papel.

-Ya firmé un papel en casa del señor Hendrix...

-Sí, naturalmente. Esto sólo es para mi archivo y como justificante mío.

Legira firmó el papel. Cody sacó una carta que llevaba la firma del cónsul y comparó ambas metódicamente. Movió afirmativamente la cabeza y le dirigió á Legira una mirada interrogadora.

-¿Dónde quiere usted llevar la caja?

-Tengo un coche a la puerta. Ya me encargaré yo de eso. Gracias, señor Cody.

Los dos hombres se estrecharon la mano y el americano salió delante, por la puerta lateral del Banco, donde otro sereno contempló la pequeña procesión.

Había un sedan parado junto al bordillo, con el conductor sentado al volante.

Legira subió y se sentó. Francisco se colocó junto al conductor. El sereno se volvió al Banco.

AL llegar al despacho en que Legira había conferenciado con Cody, el sereno observó que éste estaba telefoneando. Oyó la conversación.

-¡Diga!...¡Diga!...

Cody parecía excitado. Al parecer, no reconocía a la persona que le estaba hablando desde el otro extremo de la línea. Su rostro expresó perplejidad.

-El señor Cody al habla... Telefoneo desde la Baltham Trust Company...

Hubo una pausa momentánea. El semblante de Cody se tornó pálido,

-Pero... pero es posible... ¿Qué está muerto el señor Hendrix, dice?... ¿Que le han matado?...

Cody dejó caer el teléfono. Se puso en pie de un brinco y llamó al sereno.

Sin esperar a que entrara, salió corriendo del despacho.

-¡Aprisa!-exclamó-. ¡Vea si se han marchado! ¡Es preciso que los paremos! ¡El señor Hendrix ha sido asesinado!

Ambos hombres corrieron a la puerta lateral del Banco. Cuando llegaron a la calle, la encontraron desierta. Legira y sus compañeros se habían marchado durante el breve intervalo.

-Debí de haberle telefoneado antes-gimió Cody-. No se me ocurrió pensar que pudiera haber sucedido una cosa así. Puede haber estado muerto mucho antes de las nueve.

Se quedó como aturdido, poblada su mente de encontrados pensamientos.

Estaba turbado, a pesar de que él no había hecho más que cumplir, al pie de la letra, las instrucciones que le habían dado.

Lo único que le consolaba era pensar que, después de todo, la transacción había sido ultimada probablemente tal como Hendrix habría deseado.

Cody miró calle desierta arriba, buscando en vano rastro alguno del coche desaparecido.

En aquel mismo coche, unas manzanas más allá, Legira, inclinado hacia adelante en el asiento de atrás, hablaba con el conductor en voz baja y llena de tensión.

-Es preciso que nos demos prisa, Desmond-dijo-. Cometió usted un gran error al venir tarde esta noche...

-Tuve que ir con cuidado-gruñó Desmond, que era el que conducía-. Me dijo que no llamara la atención mientras le aguardaba en la esquina. Un guardia me ordenó que circulara.

Conque no tuve más remedio que obedecerle. Creí conveniente darle a usted tiempo suficiente. Luego me pilló una interrupción en el tráfico. Por eso tuvo usted que aguardarme.

-Bueno, ya esta arreglado todo de todas formas-repuso Legira-. Ello no obstante, un hombre es generalmente puntual cuando ha de atender una transacción que importa millo...

El cónsul se interrumpió bruscamente. No era política suya el revelar mayor parte de sus planes de la que fuera absolutamente necesaria. Frank Desmond le era un hombre útil.

Mucha de su utilidad se debía, precisamente, a que sabía muy poco de lo que estaba haciendo Legira. Este confiaba en la ayuda de Desmond en aquellos momentos, principalmente porque necesitaba un agente de quien sus enemigos no pudieran desconfiar.

-Estoy nervioso, Desmond-dijo Legira, en tono más amistoso-. No tiene usted la menor idea de la serie de problemas a que me he visto abocado. La gente aquí, en Nueva York, puede atender sus asuntos de una manera a muy sencilla. Eso no es posible en Santander. Yo soy santanderino y me veo obligado a obrar como obran en mi país. ¿Comprende?

-Claro que sí. Siento haberle causado molestias, Legira. Puede usted confiar en mi ayuda de aquí en adelante. Siempre que reciba lo estipulado.

-Recibirá usted el pago total esta noche. Iremos inmediatamente a la casa. ¿Está seguro de que no hay peligro alguno allí?

-Completamente-contestó Desmond-. Estuve allí esta tarde. Es el mejor punto de Long Island. No hay nadie en los alrededores; ningún vecino que pueda molestarle.

-Escogí ese lugar hace tiempo-aseguró Legira-. Y lo hice con mi cuenta y razón. Puesto que llevé a cabo todas las negociaciones por mediación de usted, Desmond; no existe la menor probabilidad de que sepa nadie que tengo yo nada que ver con la casa. No permaneceré en ella mucho tiempo.

El coche se dirigía rápidamente hacia la parte alta de la ciudad. Desmond echó una mirada por encima del hombro. Vió que Legira estaba pálido y en tensión. Se atrevió a hacer una sugerencia.

-Voy a detenerme en mi casa-dijo-. Será preferible asegurarse de que todo va bien. Puedo llamar a López desde allí si usted quiere.

-¡No telefonee usted a López!-exclamó Legira-. Ya le he dicho que no tengo comunicación alguna con él. No hay inconveniente en que él le llame a usted y le deje un mensaje para mí. Deténgase en su casa si quiere: pero limítese a averiguar si López le ha llamado.

Desmond gruñó una contestación afirmativa y se detuvo ante un edificio muy alto.

Legira se quedó solo con Francisco. Nervioso y preocupado, no parecía ya la misma persona. Llevaba una pistola en la mano. Aguardó, con impaciencia, al regreso de Desmond. Tardó unos minutos éste en volver.

-Un recado de López-dijo, al sentarse ante el volante.

-¿No le llamaría usted?-interrogó Legira, con brusquedad.

-Claro que no.

-Bien, pues. Pongámonos en marcha. No tenemos tiempo que perder.

El coche se separó del bordillo. Corrió hacia la esquina más próxima y se metió por una avenida. Apenas se hubo marchado, cuando se puso en movimiento otro coche y emprendió la persecución.

Se mantuvo a una distancia prudencial del sedán. Este cruzó el puente de Queensborough y siguió en dirección a Long Island. El coche pequeño tomó la misma dirección.

Álvarez Legira, con diez millones de dólares en su poder, corría hacia un lugar seguro, convencido de que ni una sola persona de Nueva York podía conocer su destino, salvo aquellos dos que le acompañaban.

Alguien les seguía, sin embargo. Legira podía esquivar a sus enemigos.

Podía evadirse de las fuerzas de la ley. Pero...

¡No podía escapar de La Sombra¡

CAPÍTULO XV
LA SOMBRA OYE

Se notaba en el aire el olor a agua salada cuando el sedán se metió por la avenida de una casa aislada de Long Island. Lejos de toda otra residencia, aquella casa no estaba muy distante de la costa. Los faros iluminaron lo que parecía un hogar desierto. Crujió la grava al parar Desmond el coche.

-¿Tiene usted la llave?-inquirió Legira.

-Sí.

-Abramos la puerta.

La figura de Desmond apareció en la luz al cruzar delante del coche y dirigirse a la casa. Permaneció en el porche mientras Legira y Francisco transportaban la pesada caja entre los dos. Entraron en la casa. Desmond los siguió y cerró la puerta.

Persistió la oscuridad durante menos de un minuto. Desmond encontró el interruptor y encendió. Miró, con curiosidad, la caja que había sido depositada en el suelo.

Todo su interés se evaporó al ver que Legira le miraba. Entró en una habitación de la parte delantera y encendió la luz.

Legira se dejó caer en un sillón y exhaló un suspiro de alivio. Desmond se sentó y encendió un cigarro puro.

-Bueno, pues aquí estamos-anunció.

-¿Qué hora es?-preguntó Legira.

-Las once menos cuarto-contestó Desmond, consultando su reloj.

-Excelente trabajo-dijo Legira, con tono de aprobación-. Hemos llegado aquí muy aprisa.

El cónsul de Santander parecía haber recobrado gran parte de su serenidad habitual. Se atusó el bigote y se frotó la barbilla, pensativo. De pronto se le ocurrió un pensamiento.

-¡El teléfono!-exclamó-. ¿Lo tenemos instalado aquí?

Desmond movió afirmativamente la cabeza.

-Es preciso que llame a López-Legira vaciló-. Tendré que andar con cuidado, sin embargo, al telefonear desde aquí. Sí creo que no habrá inconveniente.

Desmond señaló hacia el vestíbulo, para indicar dónde se hallaba el teléfono.

Legira se puso en pie y salió. Encontró a Francisco sentado en una silla del pasillo. Sonrió al ver que la caja se hallaba a poca distancia de él.

-Siga en guardia, Francisco-dijo en español-. Es para poco tiempo ya.

Allá en el cuarto delantero, Desmond, escuchando atentamente, podía oír a Legira llamar a la Central. El hombre era todo oídos. No obstante, no oyó el leve sonido que se produjo junto a la ventana, detrás de él.

A menos de metro y medio de distancia había sido introducida una hoja delgada y oscura entre las dos mitades de la ventana. La falleba se estaba moviendo, silenciosamente.

Se abrió por fin. Desmond no la oyó. Estaba mirando hacia el vestíbulo. Una sombra se proyectó sobre el suelo, a su lado. Era una sombra larga, delgada y perfilada.

Desmond, con el deseo de oír hablar a Legira, de nada se dio cuenta cuando una alta figura negra se introdujo por la ventana, cerrándola tras sí. La figura pareció fundirse con la sombra del extremo de una enorme biblioteca que había a un lado del cuarto.

Legira hablaba ya. Desmond intentó reconstruir la conversación, escuchando las palabras del cónsul.

-¿Esta noche?-La voz de Legira interrogaba-. ¿Ballon? ¿Cómo? ¿Un alambre?

Soltó un gruñido de impaciencia; luego se puso a hablar en español. El semblante de Desmond expresó desilusión. No comprendía aquel idioma.

Comprendió que era natural que Legira hablase con López en su idioma natal. Aun cuando el cónsul metía, de vez en cuando, alguna palabra inglesa en la conversación, no era lo suficiente para que el hombre pudiese sacar nada en limpio.

Se encogió, por consiguiente, de hombros y se arrellanó en su asiento. Así se hallaba cuando regresó Legira.

El rostro del cónsul tenía una expresión muy seria.

De momento, Desmond se sintió intrigado por ella. Luego, al encender Legira, pensativamente, un cigarrillo, Desmond adivinó que estaba a punto de hacerle confidencias.

-Desmond-dijo Legira, con mucha seriedad:- Me encuentro en serias dificultades. Las cosas han cambiado... para mal... Estoy preocupado. Confío en la ayuda de usted.

-Cuente con ella.

-Le he pagado a usted dinero en tiempos pasados-prosiguió Legira-. Sus servicios han sido excelentes. Le prometí la última mitrad de su dinero cuando estuviera completado el trabajo. Esperaba que eso fuera esta noche.

-Así me dijo usted.

-Aquí tiene el dinero-Legira sacó un sobre del bolsillo-. Así queda liquidado el asunto. Hay cinco mil dólares en este sobre. Ha recibido usted ya cinco mil, sin contar los gastos que me he encargado ya de abonarle. Le he pagado a usted bien, Desmond. Usted, por su parte, me ha prestado excelentes servicios.

-Para eso pagó usted.

-Desmond-prosiguió Legira-: tengo más trabajo para usted. Sólo es cuestión de unos cuantos detalles. Sin embargo, estoy dispuesto a pagar mil dólares por ello. Puede atender esos asuntos mañana. Eran cosas que había tenido yo la intención de hacer personalmente.

»Son asuntos que hubiera podido hacer sin dificultad; pero ahora que se han puesto un poco tirantes las cosas, es mejor que los atienda otra persona. No es prudente que vuelva yo a llamar a López desde aquí.

-Deme usted instrucciones - dijo Desmond-: yo me encargaré de lo demás.

-Empezaré por darle los mil dólares-declaró Legira, sacando el dinero del bolsillo.

Desmond sonrió al tomarlo.

-Rara vez hablo mucho-dijo el cónsul-. Pero esta noche tendré que hacerlo. Quiero que se dé usted perfecta cuenta de la importancia de su misión. Además, soy de la opinión que un hombre debe saber más después de haberse enterado de un poco.

»Hasta esta noche no sabía usted por qué había alquilado esta casa. No sabía dónde íbamos hasta que llegarnos a la Baltham Trust Company. Le explicaré estas cosas y algunas más, por añadidura.

»He estado en peligro, Desmond. Tenía necesidad de conseguir cierta cantidad de dinero. Algunos han intentado quitármela. Uno de ellos, sudamericano como yo, ha estado vigilando a las personas con quienes yo estaba en negociaciones. Sin embargo, ha tenido la astucia de permanecer en segundo término, llevando a cabo todo su trabajo por mediación de agentes de confianza.

»Fue para engañar a esos agentes que le usé a usted para que me consiguiera un hombre que ocupase mi lugar: Perry Wallace. Una vez libre yo, pude ultimar las negociaciones y entrar en posesión del dinero a que tenía derecho como agente del gobierno de Santander. ¿Comprende?

-¿El dinero esta en la caja? - inquirió Desmond.

-Sí. Estoy aquí, en Long Island, porque sé que están vigilados todos los barcos que salen para Santander. Se encuentra un yate actualmente cerca de esta costa. Mandará un bote a recogerme en cuanto dé yo el aviso.

-¿Cuándo será eso?

-Mañana, antes de medianoche. Por eso tengo aquí un coche preparado.

Desmond movió afirmativamente la cabeza con plácido semblante.

-El coche de turismo está detrás de la casa-dijo-. Lo conduje aquí esta tarde desde el garaje de la población.

-¿Unas dos millas?

-Aproximadamente. Luego volví a pie para recoger el sedan.

Legira se reclinó en su asiento. Su fría mirada llegó más allá de Desmond y se posó sobre la biblioteca.

Era un mueble antiguo. Legira lo contempló, distraído. Observó la negrura al otro extremo y la tomó por una simple sombra proyectada por la biblioteca.

-Por desgracia-dijo, pensativo-, las cosas han tomado un giro malo en mi casa. Esta noche López descubrió el alambre de un dictógrafo instalado en mi despacho y que salía por la ventana. Poco después un agente del enemigo se presentó a dar un ultimátum. Mañana, a medianoche, vence el plazo.

-¿Para quién?

-Creo que para mí. Pero le dieron el ultimátum a Wallace. López estaba con él en aquellos instantes. Ahora la situación es la siguiente: Un paso en falso por parte de cualquiera de esos dos echaría a perder mis planes. Puedo confiar en López. En cuanto a Wallace...

-Le está usted pagando bien...

-Sí; pero tuvo una riña con López esta noche. Como consecuencia, López le está vigilando. Por consiguiente, mi secretario pudiera tropezar con dificultades. Yo creo que Wallace no tiene más que una cosa: que está preocupado. No obstante, es preciso que alguien esté en contacto con López para tenerme informado. No sería muy prudente que volviera yo a llamar a mi casa desde aquí.

-Comprendo. Quiere usted que haga yo de intermediario.

-Justo. Esta noche expediré con un radiograma a cierto barco que se halla en alta mar. Eso lo puedo hacer desde aquí por teléfono. El mensaje será recogido por el yate... el «Córdoba». Recibiré una contestación que será fácil de oír con nuestro aparato de radio aquí. Me dará, en clave, la hora exacta en que he de encontrarme la chalupa del «Córdoba» cuando venga a tierra al lugar convenido, ¿comprende?

-Sí; pero... ¿qué relación tiene eso conmigo?

-Una y muy importante. Le llamaré para decirle a qué hora me marcharé de aquí.

Wallace y López habrán de permanecer en sus puestos hasta última hora. Le he dicho a López que no debe marcharse hasta que reciba la orden de hacerlo. Pero si recibiera un mensaje anunciándome que me iban a recoger a las diez, por ejemplo, Wallace y López podrían marcharse a esa hora también.

-¿Correrán peligro?

-No necesariamente. Pueden llamar a la policía. He tomado mis medidas para eso. López tiene en su poder una carta falsa, en la que se amenaza al consulado. Puede conseguir protección para sí mismo y para Wallace. Pero no deben hacer nada hasta que haya marchado yo.

-Se acuerda usted de todo-dijo Desmond, con admiración-. Todo lo previene.

-Todo menos la traición. Eso sólo puede evitarse escogiendo cuidadosamente a los hombres...

-Como López-dijo Desmond.

-Y como usted-agregó Legira.

Desmond sonrió, halagado.

-Eso es todo-prosiguió el cónsul de Santander-: con la cooperación de usted todo debiera salir a medida de mis deseos. Esté usted en su despacho o en su casa. Me pondré en comunicación con usted cuando sea necesario.

El cónsul se puso en pie y Desmond siguió su ejemplo. Legira le tendió la mano.

-No olvide, Desmond-dijo, al despedirse -, que confío en usted como intermediario seguro. Mi éxito depende de su cooperación. He de concentrar todas las sospechas en una persona distinta basta el último momento. Piense en mi seguridad y en la de López y Wallace. Y en la de Francisco también, porque estará aquí conmigo.

-Puede confiar en mí-declaró Desmond.

Legira le acompañó hasta la puerta. Apenas hubieron salido del cuarto cuando se observó un movimiento en el extremo de la biblioteca

La alta figura de La Sombra se hizo visible al salir momentáneamente a la luz. Luego el hombre de negro se dirigió a la ventana. Esta se abrió silenciosamente y volvió a cerrarse.

El sedán salía del jardín que rodeaba la casa.

Los faros proyectaron su luz sobre una esquina de la vieja casa, iluminando extrañas sombras. Luego emprendió el camino hacia Nueva York.

Avanzando a sesenta millas por hora, Desmond meditaba sobre la nueva misión que le habían encomendado. Pensaba en los mil dólares adicionales y en la facilidad con que los había adquirido.

Sonó una bocina detrás del sedán y Desmond se echó a la derecha al pasarle un coche pequeño a una velocidad terrorífica. Debía de ir a noventa millas por hora, por lo menos, porque la luz de atrás desapareció con asombrosa rapidez.

Poco sabia Frank Desmond que el rápido cochecito iba pilotado por otro hombre que conocía sus planes tan bien como él. La Sombra, camino de Nueva York, estaba pensando, como Desmond, en una cantidad de dinero.

Pero le preocupaban algo más de mil dólares. La Sombra pensaba en la caja que Legira tenía en su poder.

¡La caja que contenía diez millones!

Se oyó un sonido por encima del zumbido del motor del cochecito. Era una carcajada burlona, risa ominosa que vaticinaba el exterminio de aquellos que se dedicaban al crimen. La Sombra, extraña criatura de la noche, había averiguado los planes de Álvarez Legira.

Había tenido los diez millones de dólares a su alcance y, sin embargo, había preferido dejar aquella riqueza en manos del hombre de Santander.

La Sombra tenía más trabajo que hacer antes del día siguiente por la noche.

¡De ello dependían vidas además de dinero!

¿Cuál era el propósito de La Sombra?

¿Cómo pensaba hacer frente a la extraña mezcla de planes que rodeaba la suerte final de la cuantiosa suma obtenida por Legira?

¡Sólo La Sombra lo sabía!

CAPÍTULO XVI
LA TEORÍA DE LA SOMBRA

Era más de medianoche. El detective Joe Cardona se hallaba aún en el despacho de John Hendrix. Estaba solo. Los cadáveres habían sido retirados y el astuto detective estaba haciendo una investigación concienzuda.

Se oyó un golpe en la puerta. Cardona gritó <¡Adelante!>, con voz hosca.

Entró un policía, anunciando la llegada de Lamont Cranston.

-Que pase. Pero no deje usted entrar a los periodistas hasta que haya hablado yo con él.

Lamont Cranston, alto y con el rostro sereno, entró.

Iba vestido impecablemente de etiqueta. Miró, interrogador, a Cardona. Este indicó una silla junto a la mesa. Cranston se sentó y Cardona, apoyándose en la pared, empezó a hablar.

-Me alegro de que haya venido usted, señor Cranston-dijo-. He estado hablando con un tal Roger Cody y dijo que tendría que discutir el asunto con usted.

-Naturalmente-respondió Cranston, con una sonrisa-. Mal podía discutir Cody las disposiciones de orden financiero que tomara John Hendrix. Hizo muy bien en decirle qué hablara usted conmigo. Esta es una tragedia terrible y tengo la intención de hacer cuanto esté en mi poder para ayudar a la captura del asesino.

-Debíamos de haberle cogido-dijo Cardona-. No se escapó hasta después de haber llegado yo aquí. Se abrió paso a través de una brigada completa. Cargaron contra él; pero logró esquivarles en un automóvil.

-Me gustaría conocer detalles - insinuó Cranston-. Así podré darle a conocer cuantos detalles puedan serle útiles para el esclarecimiento de este asunto.

-Verá... Hendrix estuvo aquí, en su piso, toda la tarde. Su secretario, Jermyn, le acompañaba. Puede haber habido alguna otra persona aquí; pero no tienen conocimiento de ello abajo, en la portería. Entra y sale la mar de gente en este edificio. Lo que sabemos es que Hendrix tenía algún asunto con un tal Legira; pero no hay manera de averiguar si Legira estuvo aquí o no.

»Sea como fuere, el caso es que un tal Powell vino a visitar a Hendrix. Tampoco hemos podido averiguar aún a qué hora llegó él. Son un poco descuidados abajo. Se oyeron disparos poco antes de las nueve. Tal vez no se hubiera dado cuenta nadie; pero el teléfono estaba descolgado y la Central oyó los tiros.

»La Central telefoneó inmediatamente a Jefatura y a la portería del edificio. Cuando llegué aquí con mi brigada me encontré con un par de hombres que habían bajado de este piso. Habían estado golpeando la puerta sin poder echarla abajo. Subimos nosotros y penetramos en el piso. El asesino escapó por la ventana,

-Y... ¿a qué hora fue eso?-inquirió Cranston.

-A las nueve y veinticinco.

-¿Dejó algún indicio el asesino?

-A eso iba. Cody telefoneó desde la Baltham Trust Company. Parecía preocupado, Vino aquí a petición nuestra.

»Nos dijo que Legira, que era cónsul de su país, que se llama Santander, fue a verle por orden de Hendrix. Era obligación de Cody entregarle ciertos fondos a Legira. Y ahora viene lo importante.

»Cody había de recibir un aviso de Hendrix antes de las nueve. A Hendrix le mataron antes de las nueve, lo que tal vez explique por qué no recibiera aviso alguno. Cody opinaba que lo mejor era dar con el paradero del tal Legira; pero descubrí que sólo le preocupaban sus asuntos particulares y que podía decirme muy poco, aparte de que había entregado el dinero a Legira.

»Yo quería ver si encontraba relación alguna entre Legira y el asesino. En cuanto calculé el tiempo, sin embargo, comprendí que no podía ser. El asesino estaba aquí a las nueve y veinticinco; Cody me dice que Legira estuvo en el Banco a las nueve y media.

-Los asesinatos fueron cometidos antes de las nueve, ¿no es cierto?-inquirió Cranston.

-Ya pensé en eso-dijo Cardona;-pero no significa nada, porque el asesino aún estaba aquí cuando llegamos nosotros. Un solo hombre cometió los asesinatos; estamos seguros de eso, porque tenemos su pistola aquí mismo, encima de la mesa.

Cranston alargó la mano para coger el arma. Cardona le contuvo con un gesto.

-No la toque-dijo-. Hay huellas dactilares en la culata. Es el único indicio que tenemos del asesino. Huellas dactilares. Las hay en la pistola; las hay en la garganta de Jermyn; las hay en el marco de la ventana. Ahora lo que yo quiero es echar el guante al hombre que hizo esas huellas.

-¿Y Legira?-inquirió Cranston, volviendo al asunto primitivo.

-He estado aguardándole a usted para hablar de eso. Ese hombre es un cónsul y no he encontrado nada que le complique en el asunto. La única sospecha es que Legira tal vez no quisiese que Hendrix telefoneara a Cody. Por eso quiero averiguar algo más de los asuntos de Legira antes de dar ningún paso. ¿Qué puede usted decirme?

-Lo que yo le diga-declaró Lamont-, ha de ser tratado como absolutamente confidencial. Hendrix tenía plena autoridad para entregarle ciertos fondos a Álvarez Legira. Yo estoy interesado en estos fondos. AL igual que Cody, quisiera saber a ciencia cierta si ese dinero está seguro; pero no veo cómo pueden relacionar a Legira con el terrible drama que se ha desarrollado aquí esta noche. Sin embargo, hay un medio muy sencillo de averiguar si Legira tuvo algo que ver con el asunto.

-¿Cuál?

-Hacer una visita a su casa-contestó serenamente Cranston-. Legira atiende, personalmente o por medio de su secretario, todos sus asuntos. Es muy probable que Legira no sepa que ha sido asesinado Hendrix.

»Si quiere asegurarse bien, procure obtener las huellas dactilares de Legira y de su secretario. Si las dan y no corresponden con las que usted tiene, sabrá definitivamente que ni Legira ni López tienen cosa alguna que ver con el asunto.

-Eso suena lógico-asintió Cardona-. Lo haré inmediatamente. Pero... ¿y la cuestión del dinero?

-Yo me encargaré de eso-declaró Cranston-. Mi coche está a la puerta. Tal vez sea mejor que vayamos los dos juntos. Si Legira está en su casa y todo va bien, no tendré pregunta alguna que hacerle. Tenía perfecto derecho a obtener el dinero y me daré por satisfecho si le encuentro en su casa.

Era tan directo el plan del millonario, que Cardona no vaciló en acompañarle. Subieron al coche y Cranston dio unas señas al chofer. Un cuarto de hora más tarde, los dos hombres se apeaban ante la residencia de Legira.

Cardona oprimió el timbre. Unos segundos después se oyó descorrer cerrojos y López abrió la puerta.

-¿Se acuerda usted de mí, López?-inquirió el millonario-. Le he conocido en el consulado. Soy Lamont Cranston.

-Sí, señor-respondió el secretario-. ¿Desea usted ver al señor Legira?

Cranston movió afirmativamente la cabeza. El secretario les condujo al piso superior. Hallaron a Perry Wallace desempeñando el papel de Álvarez Legira, sentado en un sillón y fumando uno de sus inevitables cigarrillos.

El falso Legira alzó la cabeza con sorpresa al verles entrar. López comprendió de pronto el error que había cometido al hacer subir a los dos hombres sin haberlos anunciado primero.

Habló rápidamente con Perry, señalando a Cranston con un gesto.

-El señor Cranston ha venido a verle, señor-dijo-. No conozco el nombre de este otro caballero...

-El detective Cardona, de Jefatura-contestó Cranston.

Perry miró al detective sin disimular su sorpresa. Cardona se dio cuenta de ello y se apresuró a dar a conocer el objeto de su visita.

-Traigo malas noticias-declaró-. El señor Hendrix ha muerto esta noche... ¡le han asesinado!

-¡El señor Hendrix!-exclamó Perry.

No tenía la menor idea de la relación que podía existir entre Legira y Hendrix; pero comprendió que debía expresar sorpresa y consternación. Lo hizo bastante bien.

-Quisiéramos saber-empezó Cardona-, qué es lo que puede usted decirnos del señor Hendrix. Quisiéramos saber cuándo le vio usted por última vez.

-Permítame que le explique yo-interrumpió Cranston, serenamente-. La policía ha hallado indicios que le permitirán dar con el asesino del señor Hendrix y de dos hombres más. Los indicios en cuestión son una serie de huellas dactilares. El método más sencillo es intentar ir eliminando a toda persona que pueda haber conocido a Hendrix o que pueda haber estado en el piso.

»El detective Cardona me llamó porque yo conocía a Hendrix. Con el fin de ayudar a la justicia, le di la impresión de mis dedos. Creo que sería una buena idea que usted y su secretario hicieran lo propio, señor Legira. Así no habrá necesidad de que vuelvan a molestarles.

Cardona miró a Cranston con admiración. La sencillez con que su compañero había manejado el asunto le causó impresión. AL propio tiempo el semblante de Perry Wallace expresó alivio.

Aquélla era una complicación con la que no había contado en su papel de Legira. Sabía que, fuera lo que fuese lo ocurrido, él y López eran inocentes.

Por consiguiente, con un movimiento de cabeza digno de Legira, dio su asentimiento.

Diez minutos más tarde Cardona y Cranston se hallaban instalados nuevamente en el automóvil del millonario, camino de la casa en que había vivido Hendrix.

-Manejó usted eso admirablemente -dijo Cardona-. Es cosa difícil tratar con esa gente y con frecuencia nos trae complicaciones de orden diplomático. Fue una magnifica idea el decir que usted me había dado ya sus huellas dactilares.

-Se me ocurrió de pronto-confesó Cranston-. En cuanto lleguemos al piso de Hendrix se las daré de verdad. Como detective, tiene usted la obligación de considerar sospechoso a todo el mundo. Me ahorrará a mí, como a Legira, la molestia de entrar en detalles sobre mi paradero durante la noche.

Cardona rió ante la franqueza de Cranston. Declaró que el millonario hubiera resultado un buen detective.

Llegaron al piso. Cranston cumplió con su palabra: le dio a Cardona sus huellas dactilares. No tardó mucho el detective en ver que ninguno de los tres-Legira, López v Cranston-podía haber sido el hombre que hiciera los disparos fatales.

-Bueno, pues ya quedan tres eliminados -declaró Cardona, con una risa-. Espero que tendré mejor suerte con las próximas impresiones que obtenga.

-Tal vez-repuso Cranston, con voz extraña.

El millonario salió del piso. Joe Cardona se quedó pensando en él. Le gustaba la serenidad de Cranston y la forma tan práctica en que obraba.

De nuevo se dijo que hubiera resultado un buen detective.

Cardona había concebido ya una teoría. Legira quedaba ya fuera del asunto.

No tenía la menor idea de quién pudiera ser el asesino, pero era su intención rebuscar por los bajos fondos, en la creencia de que el responsable sería un “gangster”.

Era lógico suponer que algún pistolero habría entrado para exigir dinero a un hombre tan acaudalado como Hendrix y que, en la lucha que a su petición siguiera, Hendrix y sus compañeros hubieran hallado la muerte.

Cardona se sentía satisfecho porque poseía unas huellas dactilares muy claras del criminal. Su único pesar era no haber podido evitar la fuga del hombre a quien creía el asesino. Ni por un segundo se dio cuenta el detective de la cantidad de datos que se había perdido.

Lamont Cranston, amistoso y tan dispuesto a ayudar, hubiera podido decirle cosas que le hubieran llenado de asombro. Cardona estaba contemplando las huellas dactilares de Cranston en aquel momento.

¿Qué hubiera pensado si hubiese sabido que eran las huellas dactilares de La Sombra, del extraño y misterioso personaje cuyo nombre bastaba para sembrar el terror entre la gente del hampa?

No hubiera creído, aunque se lo hubiesen dicho, que Cranston era el mismo hombre que se había, abierto paso a través del cordón de policías que rodeaba la casa.

Y, sin embargo, aquello no era más que una fracción del trabajo que La Sombra había hecho acuella noche.

En su carácter de La Sombra, se había llevado documentos que establecían relación entre Legira y Hendrix, evitando así que se concibieran fuertes sospechas del cónsul. Había resuelto el asunto de la preocupación de Cody respecto a la transacción en que el auténtico Legira había recibido el dinero.

Había salvado a Perry Wallace de que tuviera que contestar preguntas, a más de impedir que López le matara. Más aún: le había conseguido a Cardona huellas dactilares del falso Legira y no del verdadero.

Además, La Sombra había logrado cambiar cl elemento del tiempo, haciendo parecer que el asesino se hallaba aún en el lugar del crimen mucho después de haberse marchado, logrando así despistar el último vestigio de sospecha que pudiera pesar sobre Legira.

Y, por último, había seguido al verdadero Legira hasta su retiro.

La mano de La Sombra trabajaba con sigilo aquella noche. Sus fines eran misteriosos. Ni el propio Joe Cardona, único detective neoyorquino que hubiese tenido contacto personal alguno con La Sombra, sospechaba el trabajo que estaba haciendo el hombre vestido de negro.

Ahora, mientras Cardona recapacitaba, La Sombra había marchado a llevar a cabo una nueva misión. Su trabajo aún no estaba terminado.

Cardona no sabía que estaba pensando en La Sombra. Y, sin embargo, lo estaba, porque pensaba en Lamont Cranston.

Solo, en el cuarto trágico, el detective seguía contemplando aquellas huellas dactilares y a su mente acudió la contestación de Cranston cuando él había expresado el deseo de que pudiera tener la suerte de obtener las huellas del asesino.

«Tal vez», había dicho Cranston.

En realidad, era La Sombra quien había hablado. Siempre que La Sombra hablaba, sus palabras eran significativas.

Las palabras de La Sombra eran, con frecuencia, proféticas.

CAPÍTULO XVII
LOS PLANES DE LA SOMBRA

Una luz se encendió en un cuarto oscuro. El brillo de una lámpara proyectó un punto circular sobre una mesa. Manos blancas aparecieron en la iluminación. La Sombra se hallaba en su santuario.

Las manos trabajaron con lápiz y papel. Estaban haciendo notas enigmáticas y escribiendo datos importantes. Estas cosas sólo eran inteligibles para el hombre que las escribía.

Una columna de figuras asumió el aspecto de un horario. Estaba anotando acontecimientos con exactitud. La mano se detuvo, dejando su trabajo sin terminar.

Aparecieron en la luz un cono telefónico y una boquilla; luego desaparecieron en la oscuridad. La voz de La Sombra habló.

-Burbank.

Una pausa. Luego:

-Informe detalladamente.

La mano trabajó mientras escuchaban los oídos. Aparecieron más cifras sobre el papel. La Sombra hizo una pregunta:

-¿Ballon?

Una voz sonó en los auriculares. Hacía una pregunta.

-Deme su informe-contestó La Sombra -, en cuanto Vincent le diga que ha salido del Hotel Oriental.

Cayó una hoja de papel sobre la mesa. Era la hoja que Perry Wallace le había dado a La Sombra. Contenía las palabras:

«Pete Ballon-Hotel Oriental.»

Evidentemente, La Sombra le había dado aquella dirección a Burbank al hablar con él desde la residencia de Legira.

-Instrucciones importantes más tarde-dijo la voz susurrada de La Sombra-. Esté al tanto.

Los auriculares y boquilla fueron puestos a un lado. Con las tabulaciones, La Sombra fue haciendo resúmenes breves. Uno de ellos se refería a Pete Ballon y a sus hombres.

7.48-entró en casa de Legira.

8.0.4-salió de casa de Legira. Recibió aviso de la marcha de Powell á las 7.56. Powell fue seguido por Dowdy. Ballon fue informado por otros observadores. Es evidente la relación entre Ballon y Dowdy.

8.58-Dowdy regresa.

Esta hoja de papel fue echada a un lado. La mano de La Sombra escribió.

8.5o-hora aproximada de los asesinatos.

Luego, más abajo, aparecieron notas relacionadas con Álvarez Legira

8.15 - última hora lógica en casa de Hendrix.

9.30-en Baltham Trust.

La mano volvió a la primera hoja. Consultando las tabulaciones, La Sombra encontró otra nota recibida de Burbank, y la agregó a la lista de Ballon

9.34-Ballon llegó al Hotel Oriental.

Ahora se veía un mapa en sus manos. Era un extraño mapa de Manhattan, cuyas calles aparecían marcadas con breves rayas encarnadas. Estas indicaban la distancia media recorrida cada cinco minutos por un automóvil en marcha.

En lugares donde el tráfico era parado, las líneas eran cortas; en otros eran largos.

Usando chinches de color, la mano señaló varios puntos del mapa. Estos eran la casa en que había residido Hendrix, la de Álvarez Legira, la Baltham Trust Company y el Hotel Oriental.

A continuación, La Sombra escribió lo siguiente en una hoja de papel:

Hendrix-9.14.

Esto denotaba la hora de llegada de La Sombra en persona al lugar de la tragedia. Indicaba, también, el último posible minuto en que el asesino podía haber estado allí, porque ya no estaba al llegar La Sombra.

Legira : 8.15-9.30.

Ballon : 9.14-9.34

La Sombra, hundido en la oscuridad, estudió estos elementos a medida que los escribía. Los dedos delgados tomaron medidas sobre el mapa. Agregaron los siguientes comentarios

De Hendrix al Baltham-45 minutos.

De Hendrix al Oriental-20 minutos.

Luego anotó una declaración revisada

Legira : 8.50-9.30.

Ballon : 8.50-9.34.

A medida que iban apareciendo estas notas sobre la mesa, su significado se iba haciendo evidente. En el caso de Álvarez Legira, indicaban que, si el sudamericano había abandonado la casa de Hendrix antes de la llegada de Powell, podía haber llegado a la Baltham Trust treinta minutos antes de que lo hiciera. De haber Legira vuelto al piso de Hendrix, sin embargo, le hubieran faltado cinco minutos para poder hacer el recorrido después de los asesinatos cometidos a las nueve menos diez.

En la primera suposición, quedaba por aclarar el motivo del retraso del cónsul. En la segunda, el problema de posibilidades. En un recorrido de cuarenta minutos, cabía la posibilidad de ahorrar cinco.

La Sombra comprobó el primer comentario sobre Legira: «8.15-9.30». Después de esto, la mano escribió

Retraso en encontrarse con Desmond y Francisco.

Así, con perspicaz intuición, explicó La Sombra la media hora de retraso, que mal podía haberse pasado Legira ocioso cuando le aguardaban diez millones de dólares.

Le tocó la vez, a continuación, al horario de Ballon. Este podía haber ido desde el piso de Hendrix hasta el Hotel Oriental en veinte minutos.

La velocidad hubiera sido normal, de haber abandonado Ballon el piso dos o tres minutos antes de la llegada de La Sombra.

Si Ballon había salido del cuarto de la tragedia a las nueve menos diez, hora aproximada del crimen, hubiera llegado al hotel con veinticuatro minutos de sobra.

La punta del lápiz se posó sobre la declaración

Ballon : 9.14-9.34

Tachó el «9.14» y sustituyó con «9.10».

Entonces se oyó una risa en la oscuridad. La Sombra, al estudiar esta cifra, tenía en cuenta un factor que hasta el propio Joe Cardona se había dejado pasar por alto.

La hora del asesinato se había fijado en las 8.50, porque ésta había sido la hora en que la Central diera la alarma. Sin embargo, la lucha -pruebas de la cual había visto La Sombra- indicaba claramente que había transcurrido un intervalo entre los disparos que habían producido las muertes.

La luz se apagó. Por regla general, esto anunciaba la marcha de La Sombra.

Aquella noche, sin embargo, el hombre misterioso aguardaba. Reinó un silencio absoluto en el cuarto durante un rato. Luego sonó un ruido casi imperceptible. La Sombra estaba escribiendo en la oscuridad.

Cesó el ruido. Otro intervalo de silencio. Una luz minúscula brilló en la oscuridad. Burbank llamaba. Tintineó el casquillo telefónico al ser descolgado. La Sombra habló

-Informe-dijo.

Escuchó mientras Burbank le transmitía el informe de Harry Vincent, que era el encargado de vigilar a Pete Ballon. Cuando Burbank hubo concluido, se encendió la luz sobre la mesa. Allí, transcritas perfectamente sobre una hoja de papel, veíanse las palabras que había escrito La Sombra.

-Órdenes-dijo La Sombra, con brevedad-. Que Marsland se reúna con Burke y Vincent mañana. De servicio en Long Island. El lugar indicado en la orden siguiente. Vincent ha de mantener contacto.

La respuesta de Burbank indicaba que había sido anotada la orden,

-Esté al tanto para recoger señales radiadas-fue la orden siguiente-. Procedentes del yate «Córdoba», fondeado cerca de Long Island. En clave.

Nuevo chasquido de los auriculares.

-Cubra la casa de Legira como de costumbre-fue la orden final-. Vincent debe abandonar inmediatamente a Ballon. Queda relevado.

Se apagó la luz. Tintinearon los instrumentos al ser colocados en su sitio.

Luego en las tinieblas sonó una risa burlona prolongada. Era una risa trémula, poco más alta que un susurro. Sin embargo, hasta las tinieblas parecían estremecerse bajo el sonido, y los ecos rebotaron en las paredes.

La Sombra había preparado nuevo trabajo. Burbank permanecía en su observatorio. Los demás agentes quedaban relevados de todo servicio hasta el día siguiente.

«Vincent debe abandonar a Ballon inmediatamente. Queda relevado».

Esta orden tenía un significado profundo. Sólo había un hombre que pudiera efectuar aquel relevo: La Sombra en persona. Mientras sus agentes dormían aguardando la tarea del día siguiente, La Sombra velaría.

La Sombra nunca dormía cuando se desarrollaban acontecimientos de importancia. Sin cansarse por la aventura de aquella noche, se había impuesto, a sí mismo, una nueva tarea.

En Pete Ballon había descubierto la clave de planes terribles que estaban llegando a su culminación. Otra misión llamaba a La Sombra.

De nuevo sonó la risa espectral en el oscuro cuarto. Prolongada, singular y siniestra, parecía adherirse a las grietas que repetían sus extrañas reverberaciones como si una legión de diablillos prorrumpieran en burlona risa.

Cuando se hubieron apagado los últimos ecos de aquella carcajada, un silencio sepulcral cayó sobre el santuario de La Sombra-el silencio indicador de la ausencia de un ser humano.

La Sombra se había marchado.

CAPÍTULO XVIII
EL JEFE

Había dos hombres sentados en el cuarto lujosamente amueblado de un hotel. Uno de ellos era Pete Ballon. El otro era un hombre de edad madura y atezado rostro.

No se veía sonrisa alguna en el semblante de Ballon aquella noche. Por el contrario, parecía preocupado. Miraba a su compañero con aprensión. Era evidente que el individuo aquel le inspiraba un respeto y un temor profundos.

EL hombre moreno se volvió en su asiento, sus facciones quedaron iluminadas por la luz de la lámpara próxima a su silla. El rostro aquel tenía una expresión áspera, sombría.

Dos ojos negros fulguraban bajo pobladas cejas color azabache. Una sonrisa de desprecio adornaba los abultados y crueles labios.

-¡Bah!-exclamó-. ¡Has sido un imbécil, Ballon! ¿Lo sabías ya?

Ballon afirmó con lento movimiento de cabeza. Luego habló, en el tono de quien pide perdón.

-Yo no sé calcular las consecuencias corno usted-dijo-. Usted es el que tiene la inteligencia y quien dirige esto.

-¿Que yo tengo la inteligencia?-El hombre se puso en pie al hablar, y su baja y corpulenta figura parecía amenazadora-. ¡Claro que tengo la inteligencia! En eso nos diferenciamos los dos. Rodríguez Zelva tiene inteligencia. Pete Ballon carece por completo de ella.

-Confieso que hice una estupidez esta noche-dijo Ballon-. Sin embargo, me parecía el único recurso. Eso es lo que siempre me dijo usted que hiciera, Zelva. Que obrara cuando me encontrara en un atolladero y que lo demás corría de su cuenta. Eso es lo que hice esta noche.

-¡Yo esperaba que obrarías con sentido común!-respondió Zelva-. No quería que hicieras el idiota. Has hecho más difíciles las cosas ahora. Y es mal asunto también porque se te ha ocurrido venir aquí.

-Tenía que venir aquí. No podía darle los detalles por teléfono. Aguardé hasta después de las dos,

-Escucha, Ballon. Has trabajado a mis órdenes durante mucho tiempo. Sabías muy bien que tengo la costumbre de mantenerme bien aislado de la gente que trabaja para mí. Por eso no ha podido nadie decir nunca que Rodríguez Zelva se dedica al crimen.

»Tú has sido uno de la docena que me han servido. Te escogí para este trabajo. ¿Por qué? Porque eras el más indicado para atender los asuntos en Nueva York. Pesano, Salati, Ellsdorff... pensé en todos ellos y en otros. Pero ninguno se encontraba en tan buenas condiciones como tú para trabajar en Nueva York.

»Te coloqué a ti aquí para que vigilaras a Legira y le manejaras con astucia. Te dije que esquivaras a cuantos pudieras sospechar. Hasta esta noche, has trabajado bien. Pero ahora... ah!Qué imbécil más grande eres! ¡Que imbécil! Hacer las cosas de tal suerte que te vieras obligado a venir aquí a estas horas...

Al interrumpir Zelva su frase, Ballon intentó aliviar la situación con un comentario.

-No hay peligro alguno en que haya venido yo aquí-dijo-. No he estado aquí desde que empezó este trabajo. Esta es la primera vez. ¿Qué puede hacer Legira? Está encajonado...

-¡Eso es igual!-exclamó Zelva-. Tengo mis procedimientos, Ballon. Los sigo. Hago uso de toda suerte de precauciones.

»He escogido este cuarto precisamente porque está aislado. Vivo aquí solo... ah, sí... pero esas dos puertas de los dos lados del pasillo... Pesano y Ellsdorff están siempre allí. Nunca me reconocen cuando me ven. Su único trabajo es ése: vigilar.

»Mira esta ventana-Zelva cruzó el cuarto y Ballon le siguió-. ¿Ves este balconcillo? Desde aquí puedo mirar hacia abajo, a todos lados, en todas direcciones. La calle está catorce pies más abajo. ¿Quién puede venir aquí, a encontrarme en este cuarto del Hotel Goliath? Estoy seguro, sí; pero no estoy solo por estar aislado. Estoy seguro porque soy prudente y no cometo errores, salvo-su tono se tornó irónico,-salvo cuando escojo hombres que carecen de inteligencia.

Zelva dejó de hablar y se asomó al balconcillo. Ballon observó que había otros balcones debajo, un piso sí y otro no, con espacio de seis metros entre uno y otro. Alzó la vista y vió el fondo de otro, seis metros más arriba.

El fondo blanco del balconcillo de arriba brillaba levemente en la noche.

La parte superior estaba envuelta en tinieblas. Zelva dio media vuelta y volvió a meterse en el cuarto. Pete Ballon le siguió.

En cuanto los dos hombres se hubieron apartado del balcón, se movió una mancha de oscuridad arriba. Una sombra oscureció parte del fondo blanco que había observado Ballon.

La misteriosa mancha se descolgó hacia la pared. Bajó, y una figura encogida descansó junto a la ventana abierta. Luego se estiró a lo largo de la barandilla.

Dentro del cuarto Rodríguez Zelva paseaba lentamente de un lado para otro, dirigiendo miradas iracundas a Pete Ballon, que había vuelto a ocupar su asiento. Se paró junto a la ventana y miró hacia el exterior.

Su mirada pasó por encima de la silenciosa figura, que había vuelto a convertirse en masa de inmóvil oscuridad. Poco se suponía Zelva que La Sombra, extraño ser de la noche, había llegado hasta tan inaccesible lugar, descolgándose desde el balconcillo de arriba.

Pete Ballon estaba aguardando a que se enfriara la desdeñosa ira de Zelva.

Sabía que su jefe pronto contendría la ira y se pondría a pensar en ideas constructivas. El cambio se estaba haciendo evidente ya.

-Ballon-dijo el hombre, en distinto tono al empleado hasta entonces:-has cometido un error enorme. Pero, como todos los errores, pudiera ser que éste tuviese consecuencias buenas. Yo hago mis planes a medida que se va presentando la necesidad de ellos. Ahora, permíteme que te demuestre primero cuán sencillos eran los que tanto puedes haber perjudicado esta noche.

Ballon se arrellanó en su asiento y se dispuso a escuchar.

-Diez millones de dólares-prosiguió Zelva-, es una cantidad bastante respetable. Yo soy un sudamericano de importancia, aquí, en Nueva York. Por eso averigüé con tanta facilidad que Legira iba a recibir semejante suma. ¿Por qué había de preocuparme de Legira? Si llevara el dinero a Santander, sería muy sencillo apoderarse de él allí. Con levantar yo un dedo, la revolución estallaría. El dinero sería nuestro. ¿Por qué, pues, crees tú que he entrado en trato con Legira?

-Para obrar sobre seguro-sugirió Ballon-. Para evitar demasiadas molestias en Santander.

-Te equivocas, Ballon. He amenazado a Legira porque he concebido la sospecha de que no irá a Santander con el dinero. ¡Diez millones de dólares! ¿Por qué había de regresar a Santander? A Europa, tal vez; pero no a Santander.

-¿Está traicionando a sus amigos?

Zelva sonrió y se encogió de hombros.

-¿Con diez millones de dólares?-dijo-. La cantidad es lo suficiente elevada para impulsarle a hacerlo.

-Convenció a la gente de aquí que obraba de buena fe.

-Ah, sí. Tal vez tenga muy buenas intenciones ahora. Pero que le den los diez millones. Entonces...

Zelva volvió a encogerse de hombros de una manera que parecía indicar que diez millones de dólares constituían una tentación que ningún hombre sería capaz de resistir.

-Bueno-dijo Ballon-: mírelo usted así si quiere. Lo primero esencial era que Legira obtuviese el dinero. Eso es lo que usted me dijo. Luego nosotros habríamos de quitárselo... ofreciéndole una ocasión de ir a medias con nosotros, para animarle.

-Es cierto.

-Conque yo intenté hacer trato; pero Legira me dio largas. Aguardé hasta esta noche para hacer la última amenaza. En cuanto salí de su casa, me enteré de que Silk Dowdy había seguido a Martín Powell. Fui al teléfono donde sabia que llamaría Silk y éste me dijo que Powell había ido a ver a Hendrix.

-Por lo que fuiste tú allí también-dijo Zelva-. Eso fue prudente e imprudente a la vez. Fue prudente el querer saber lo que estaba ocurriendo; Pero imprudente por las cosas que pudieran suceder... y que sucedieron.

-Yo lo creí prudente-afirmó Ballon-. Me metí en el piso con ayuda de una ganzúa. Oí decir a Hendrix que le sería imposible a Legira conseguir el dinero en cuanto él llamase por teléfono.

»Me figuré, entonces, que Powell debía haberse dado cuenta de algo. Era preciso impedir que telefonease. De modo que lo hice. Hendrix creyó que yo era Legira. Le maté y me cargué a Powell y al secretario ese por añadidura.

-Y ahora... ¿crees tú que le será fácil a Legira conseguir el dinero ahora?

La cara de Ballon expresó aturdimiento.

-Mataste-declaró Zelva-, porque creíste que si Hendrix no podía hablar, ello le ayudaría a Legira. Al matar á Hendrix, eliminaste al hombre con quien Legira tenia que tratar. Con toda seguridad eso ha hecho que recaigan sospechas sobre Legira. Ello le proporcionará una

excusa para pedir que le prolonguen el plazo... o para que te diga que la transacción no se efectuará ya.

-No se me ocurrió pensar en eso-dijo Ballon, con desaliento-.Veo que la cosa es peor de lo que yo me suponía. Lo he echado todo a perder.

-Es posible-asintió Zelva, serenamente-. Y también existe la posibilidad de todo lo contrario. Significa que me veré obligado a emplear otros métodos, aparte de los sencillos que había preparado al principio.

-¿Dejará usted esperar a Legira?

-¡No! Legira es un peligro para mí. No puede demostrar que yo tenga nada que ver con este asunto; pero es posible que sospeche de mí. Si no puede conseguir el dinero dentro del plazo que le ha sido dado, se le liquidará.

-¿Mañana a medianoche?

-Sí. Si Legira no te ha telefoneado antes de esa hora, cumple la amenaza. Aguarda en el Hotel Oriental, tal como habías decidido. Luego haz tu trabajo.

-Eso echará a perder el negocio.

-¿Te paraste a pensar que habría jaleo en cualquier caso? Cuando yo amenazo, no lo hago por pura distracción. Legira tiene que apañárselas para conseguir ese dinero antes de medianoche. De lo contrario, cumpliremos nuestra amenaza... y luego...

-Y... ¿luego?

-Después de eso-sonrió Zelva-, el gobierno de Santander tendrá noticias de Rodríguez Zelva, que se brindará para solucionarles el asunto con los financieros de Nueva York.

Ballon parpadeó de admiración. Ahora comprendía la astucia de Zelva. El conspirador intentaba trabajar por medio de Legira porque parecía el método más sencillo.

Pero al no querer Legira llegar a un acuerdo, la eliminación del cónsul de Santander dejaría el camino libre para otro plan.

-Rodríguez Zelva-dijo, el propio interesado-, es un nombre importante en América del Sur. He procurado siempre que fuera así. Nadie desconfiaría de mí. La gente de Santander aceptaría mi ofrecimiento.

»Entonces, por desgracia, Rodríguez Zelva se vería obligado a revelarse como astuto jefe de una cuadrilla de malhechores internacionales. Pero Rodríguez Zelva podría permitirse el lujo de hacerlo por diez millones de dólares, ¿eh?

Pete Ballon movió la cabeza afirmativamente. Aquello era característico de Zelva, Siempre se anticipaba a los acontecimientos, movía a sus secuaces como peones en un tablero de ajedrez y se mantenía él en segundo término.

Hasta entonces, Zelva jamás se había visto obligado a salir a descubierto.

Ahora, sin embargo, valdría la pena hacerlo.

-¡Diez millones de dólares!-comentó el sudamericano, con los ojos muy brillantes-. Serán míos, Ballon... y tú tendrás tu parte por haberme ayudado. Tengo muchas cosas que hacer. Pero... ¿a qué molestarme más? Una vez me haya marchado de aquí... de este país...

Miró a Pete Ballon.

-Todo está dispuesto-prosiguió-. He estado esperando algo grande, como esto. ¿Por qué crees tú que he seguido siendo, en secreto, propietario de esos vapores dedicados a transportar, bebidas alcohólicas de Méjico? ¿Los que se encargó de adquirir Salati? ¿Para mandar botellas y que la gente de Nueva York pudiese obtener beneficios? No... había otros motivos.

»Un medio de entrada es un medio de salida también. Por mediación de los que han salido al encuentro de las chalupas de los barcos cargados de alcohol, has conseguido tú la ayuda de Silk Dowdy y de esos otros hombres que están vigilando a Legira. Cuando el dinero sea nuestro, saldrá de la misma manera que entran las bebidas.

»No te he dicho esto antes, Ballon. Te lo digo ahora porque creo que es importante. Pronto tendremos el dinero.

-¿Cree usted que Legira...?

-Creo que Legira hará todo lo posible por conseguir el dinero mañana. Si él fracasa, trabajaré yo aprisa cuando trate con la gente de Santander. Puedo hacerme de su confianza tan aprisa, que todo será facilísimo.

»Conque vigila, Ballon. Quédate en tu hotel y encárgate de que tus hombres te manden sus impresiones. Tenlos prontos a obedecer tus órdenes. Si Legira lograra conseguir el dinero, es preciso quitárselo. Si no lo consiguiera, ¡tienes que dar el golpe a medianoche! ¡Mis amenazas se cumplen siempre!

Pete Ballon se frotó las manos con entusiasmo. Zelva le miró con una sonrisa. El sudamericano estaba satisfecho de su propia astucia. También sonreía de la ingenuidad de Ballon.

Zelva había estudiado otros factores de los que no hablaba. El que se relacionara a Legira con la muerte de Hendrix pudiera tener complicaciones.

Pete Ballon, en libertad, era una amenaza, Este era otro de los motivos que impulsaba a Zelva a obrar aprisa.

No podía permitirse el lujo de consentir que Ballon, el asesino, continuara encargándose de vigilar la casa de Legira.

Pero Zelva, astuto jefe de malhechores de todas las nacionalidades, era demasiado inteligente para meterle pensamientos pesimistas en la cabeza a Pete Ballon.

-Es preciso que te marches ahora-dijo-. Ten cuidado al salir. No vuelvas aquí nunca.

Calló y miró el suelo cerca de la ventana. Una mancha oscura oscilaba allí.

Pareció alejarse mientras Zelva la contemplaba.

El sudamericano miró, rápidamente, hacia la ventana. Lo hizo demasiado tarde para ver la figura que se había alzado, colgándose luego de la barandilla.

Zelva se acercó al balconcillo. Miró hacia el que proyectaba dos pisos más abajo. Nada vio salvo oscuridad. Permaneció allí unos momentos. Luego volvió a meterse en el cuarto.

Inmediatamente después, la oscuridad del balconcillo de abajo se convirtió en una masa viviente. La ventana del piso se abrió silenciosamente y volvió a cerrarse. La Sombra se había dejado caer de una distancia de seis metros.

Había aguardado en silencio; luego se había marchado.

Rodríguez Zelva se encogió de hombros al volver a entrar en el cuarto. Se había disipado su interés en aquella sombra fugaz. No habló de ella siquiera al indicarle a Pete Ballon que debía marcharse.

Éste se mostró cauteloso al salir del Hotel Goliath. Bajó a pie unos cuantos tramos de escalera antes de llamar un ascensor-plan que había empleado ya al subir-Se dirigió al Hotel Oriental en un taxi y subió inmediatamente a su cuarto.

El pasillo estaba casi a oscuras, por haberse fundido la bombilla. Al meter la llave en la cerradura con la mano derecha, tropezó en la superficie de la puerta con las yemas de los dedos. Una vez dentro del cuarto, se dio cuenta que tenía los dedos pegajosos.

Encendió la luz que había sobre la mesa y apretó los dedos contra un periódico. Dejaron una mancha oscura. Decidió que habrían pintado la puerta en su ausencia. No se preocupó en investigar. Tiró el periódico a un cesto y entró en el cuarto de baño a quitarse la pintura de los dedos.

En el momento en que Ballon salió del cuarto, una alta figura surgió de un rincón. Agachándose, el desconocido sacó el periódico del cesto.

Dedos ágiles, enguantados de negro, arrancaron un pedazo de la primera página y volvieron a dejar el periódico en el cesto de forma que la parte rota quedara abajo.

Se vió la figura de La Sombra al pasar el desconocido ante la abierta puerta del iluminado cuarto de baño. Luego la puerta exterior del cuarto se abrió y cerró sin que se oyera el menor sonido.

La Sombra había llegado allí antes que Pete Ballon. Ahora se había marchado. En cl cuarto de Zelva, había averiguado los planes de los conspiradores y descubierto que nada sabían de la estratagema mediante la cual Legira les había engañado.

Allí, en el cuarto de Ballon, La Sombra había preparado una trampa sencilla, pero eficaz, cuya existencia no había sospechado Ballon.

La Sombra se hallaba, nuevamente, en marcha. Allá por las silenciosas calles estaba ideando nuevo trabajo para la mañana. Sus planes no alcanzaban tan sólo a Álvarez Legira y Pete Ballon.

Porque La Sombra conocía ya la identidad y los procedimientos de Rodríguez Zelva, que hasta entonces no había sido más que una especie de poder oculto.

CAPÍTULO XIX
CARDONA RECIBE INSTRUCCIONES

El detective Joe Cardona no se hallaba de un humor muy agradable cuando entró en el despacho del inspector Timoteo Klein a la mañana siguiente de los asesinatos cometidos en el piso de John Hendrix.

La cara del inspector no era como para infundirle muchos ánimos tampoco.

-¿Ha visto usted esto, Joe?-fue la primera pregunta de Klein.

Y señaló un periódico que tenia sobre la mesa.

-Supongo que sí-respondió Cardona -:Leo todos los periódicos de la mañana.

-Esta es una edición de la tarde. Acabo de comprarla.

Cardona cogió el periódico y miró los títulos. Luego se puso a ojear los párrafos.

-Nada nuevo-gruñó-. Eso de que Hendrix estuviera en tratos con Sudamérica nada significa. Investigué ese punto anoche.

-Lea aquí-dijo Klein, inclinándose y señalando un párrafo compuesto en tipo que resaltaba.

Los ojos de Cardona brillaron con ira al leer las líneas. Tiró el periódico sobre la mesa y miró hoscamente al inspector.

-Se están metiendo conmigo, ¿eh?-gruñó Cardona-. Hacen resaltar que dejé que se escapara el asesino. Son una preciosidad estos periódicos. Dígales usted la verdad y se vuelven contra usted. ¿Cómo iba a hacer ya más de lo que hice? Tenía acordonado el edificio.

-Perdió usted a su hombre, Joe-repuso Klein, en voz serena-. Fue usted allí a echarle el guante si aun se hallaba en el lugar. Logró escaparse.

El detective se vió obligado a reconocer la lógica del argumento. Se metió las manos en los bolsillos y paseó por el cuarto con gesto de impaciencia.

-¿Hay algún indicio nuevo?-inquirió el inspector.

-No. Estuve aquí a las siete; luego volví a salir. He estado calculando la posibilidad de que figuren “gangsters” en este asunto; pero hasta ahora, no he encontrado rastro de los hombres que busco. Esas huellas dactilares no me han servido para nada. Las he hecho comparar con todas las que hay en el fichero. No son las de ningún criminal que figure en mi lista

-<Gangsters>, ¿eh?

-Seguro. Tres asesinatos. Desaparición completa. El tipo ése era de cuidado. Le engancharé, sin embargo. ¡Le engancharé aun cuando necesite mucho tiempo para hacerlo!

-Cuanto más aprisa, mejor - comentó Klein-. Ya conoce usted al público, Joe. Se tragan todo lo que se les diga acerca de la ineficacia de la policía. Esa huída fue un mal asunto.

-Este asunto presenta muchas facetas-declaró Cardona, ansioso, al parecer, de cambiar el rumbo de la conversación-. Tal vez fuera a Powell a quien quisieran liquidar, y no a Hendrix. He puesto algunos a investigar esa posibilidad.

-¿A qué se dedicaba Powell?

-Era una especie de investigador de Hendrix. Trabajaba en distintos asuntos. Nadie parece saber, exactamente, qué era lo que estaba haciendo últimamente. Ahí está la cosa. Daba sus informes a Hendrix directamente. Cualquiera de ellos nos hubiese podido proporcionar los datos que necesitamos. Pero los dos murieron.

-No ceje un momento, Joe. Eso es cuanto puedo decirle. Pero ya sabe usted cómo se pone el comisario cuando lee cosas como ésta.

Klein señaló el periódico y Cardona movió afirmativamente la cabeza. El detective conocía demasiado bien la debilidad del comisario. Le pareció que Klein comprendía las dificultades de la situación de la noche anterior; pero por desgracia, Klein no era más que un inspector.

Dirigiéndose a su propio despacho, Cardona experimentó confusa batahola de pensamientos. El asunto se alzaba ante él como una pared de piedra.

Los obstáculos parecían estar aumentando. La crítica de los periódicos no era muy animadora. AL llegar a su despacho, Cardona vió una carta sobre la mesa. La abrió automáticamente y sacó su contenido.

Era un recorte de periódico, doblado. Tiró el pedazo de papel en la mesa.

Aquélla era insulto sobre injuria. ¡Alguien que empezaba a meterse con él ya!

Furioso, echó el recorte a un lado y miró cómo caía al suelo. Se echó hacia atrás en su asiento y clavó la mirada hoscamente en la pared.

Transcurrieron varios minutos antes de que volviera a acordarse del recorte.

EL sobre, que aún yacía sobre la mesa, despertó en él nuevo interés. Había llegado por correo. Iba dirigido en letra cuidadosamente trazada

Cardona observó que el matasellos de Correos llevaba la hora de las tres de la madrugada. Se dio cuenta, de pronto, que aquel sobre no podía haber contenido un recorte que hiciese referencia al asesinato. Empezó a sentir curiosidad.

Alcanzó el suelo y recogió el recorte. Lo desdobló y lo puso sobre la mesa.

Entonces sus ojos se desorbitaron de asombro.

¡Marcadas sobre el pedazo de papel impreso había unas huellas digitales!

Rebuscó en el bolsillo y sacó unas copias fotográficas de las impresiones obtenidas en el lugar de la tragedia. Su primera mirada bastó para que notara un marcado parecido entre las fotografías y las huellas del recorte.

Se puso en pie de un brinco. Echó a andar en dirección al despacho de Klein. Luego cambió bruscamente de opinión y volvió a sentarse a la mesa.

¿Quién había mandado aquella hoja de papel?

Reflexionó. Comprendió que sería preferible guardar silencio de momento.

El dar bombo a aquel nuevo indicio sería un error grave. No tenía la menor idea acerca de quién podía haberlo remitido. Sólo sabia que alguien había intentado ayudarle, voluntariamente. ¿Quién podía ser ese alguien?

De haber sido Joe Cardona un detective corriente, hubiera pensado, en seguida, en Lamont Cranston. Pero a Cardona le habían ocurrido cosas muy singulares en el pasado. Y aquel nuevo suceso se parecía mucho a otros que ocurrieran en épocas anteriores.

No era aquella la primera vez que recibía el detective indicios inesperados.

Siempre que recibía ayuda de fuente anónima, Cardona tenía la costumbre de relacionarla inmediatamente con un nombre

¡La Sombra!

Para Joe Cardona, el misterioso personaje era un ser vivo. A veces, cuando se había encontrado completamente desorientado en algún asunto, había recibido ayuda de origen desconocido. Estaba convencido de que tales ayudas emanaban de La Sombra.

En ciertas ocasiones, había llegado, incluso, a encontrarse con una extraña figura vestida de negro-un hombre que parecía tener el poder de materializarse y desvanecerse en la noche.

Otros habían oído hablar de La Sombra. Cardona había recibido noticias directamente de él. Otros hablaban de aquellos que le habían visto. Cardona era uno de los que le habían visto personalmente.

Otros habían hablado de cómo castigaba La Sombra a los malhechores.

Cardona había presenciado cómo daba muerte La Sombra a los criminales.

Con ojos perspicaces, el detective examinó el pedazo de papel. No le acompañaba mensaje alguno. El sobre estaba vacío.

Cardona volvió a examinar las huellas. Entonces vió tres puntos pequeños sobre una de las palabras impresas. Mirando cuidadosamente, vió otros puntos. Era evidente que habían sido colocados para señalar ciertas palabras.

Cogió un lápiz y empezó a escribir en un papel cada una de las palabras marcadas.

El resultado fue una jerigonza compuesta de una docena de palabras y que decía lo siguiente:

«Busca coger plan hombre que para antes aguarde dándole mediodía aviso seguro.»

Cardona se rompió la cabeza intentando interpretar esta mezcolanza.

Empezó a examinar de nuevo las palabras impresas.

Observó que una de ellas llevaba por señal un solo punto; otra tenía dos; otra tres; luego cuatro. A continuación se veía una serie de puntos un poco más grandes; luego otros que parecían comas. Y, por último, comillas.

Guiándose por esta clave, Cardona dio con el orden exacto. Escribió el siguiente mensaje

«Aguarde aviso antes mediodía dándose plan seguro para coger hombre que busca.»

El detective consultó su reloj. Eran las once. Se puso en pie y empezó a pasear con impaciencia de un lado a otro del cuarto.

Comprendía instintivamente que aquello era obra de La Sombra. Estaba seguro de que antes de haber transcurrido una hora recibiría más noticias.

Transcurrieron diez minutos. Fueron minutos de agitación para Cardona.

Sonó el teléfono. El detective corrió a la mesa. Tenía el auricular pegado al oído antes de que el timbre hubiera dejado de sonar.

-Cardona al habla-dijo.

Sonó una voz monótona. Su tono apenas parecía el de un ser humano.

-La hora es medianoche-dijo la voz.

-¿Dónde?-inquirió Cardona, conteniendo el aliento.

-Se le comunicará antes de esa hora.

-¿Dónde recibiré el aviso?

-Donde está usted ahora. Conocerá el plan a tiempo para obrar.

-¿Necesitaré otros hombres?

-Sí; una brigada grande.

La voz dejó de hablar bruscamente. Cardona sacudió el gancho del teléfono en vano. El mensaje había terminado.

Algo aturdido, el detective colgó el auricular. Era aquella una cosa inesperada en el caso que tenía entre manos. Sabía tan poco en aquel momento acerca de la identidad del asesino, como antes de haber recibido la llamada.

En alguna parte, de alguna manera, tendría ocasión de capturar al hombre que buscaba y la cosa ocurriría a medianoche. Eso dependía exclusivamente de que fuera cierta la información recibida.

Reflexionando, Cardona experimentó serias dudas. Comprendió que si se le estaba haciendo víctima de una broma, sería muy en perjuicio suyo seguir los planes que le propusieran.

¿Y si fuera aquello obra de alguien relacionado con el asesino y que quisiera despistarle? Si obraba de acuerdo con el plan, se vería obligado a permanecer ocioso doce horas en jefatura.

Empezó a golpear la mesa con el puño. Contempló el papel que tenia las huellas dactilares. Recordó el tono de la voz que le había hablado por teléfono. Con mucho cuidado recogió el recorte de periódico y lo metió, con su sobre, en un cajón. Subió del despacho y fue a ver al inspector Klein.

-Tengo una corazonada-dijo Cardona, con solemnidad-: quiero aprovecharla si no hay inconveniente. Tal vez, para mañana por la mañana...

El inspector sonrió. Las corazonadas de Cardona eran famosas en jefatura.

Unos decían que eran pura suerte; Otros que una exageración. Klein las consideraba como perspicaz intuición de un astuto luchador contra el crimen.

Tenía mucha fe en las corazonadas de Cardona.

-Adelante con ella, Joe-aprobó Klein-. Yo nada tengo que decir. Trabaje el asunto como le parezca mejor... hasta mañana por la mañana.

-Gracias-dijo Cardona.

El inspector miró al detective cuando éste salía del cuarto. Cardona-en su opinión resultaba más hábil que nunca cuando seguía sus propios impulsos.

Durante las veinte horas siguientes el detective podría trabajar sin tener que preocuparse de instrucciones.

En esto Klein se equivocaba. Joe Cardona, a pesar de preferir trabajar solo, estaba siguiendo instrucciones. El detective había recibido órdenes y esperaba seguirlas al pie de la letra.

Convencido, en su fuero interno, de que las instrucciones recibidas emanaban de La Sombra, Cardona había escogido su camino. Sin que nadie lo supiera, estaba siguiendo ciegamente los dictados del misterioso hombre de la noche.

Habiendo decidido La Sombra hacer fracasar los planes de los asesinos, Cardona sabía que era mejor seguir cuantas órdenes diera.

CAPÍTULO XX
DESMOND CONSPIRA

Cuando Joe Cardona había mirado las columnas del periódico de la tarde, su interés en el párrafo que hablaba de negociaciones con el extranjero había sido transitorio. Tan vagas referencias carecían de importancia, en opinión del detective.

Sin embargo, dicho párrafo del periódico había hallado un lector interesado en otra parte. Sentado en su cómodo despacho, Frank Desmond, fingido agente de colocaciones, lo estaba leyendo repetidas veces.

«Las personas asociadas con John Hendrix no han querida comprometerse en sus declaraciones al ser interrogados acerca de las empresas extranjeras del financiero. Se dan poco menos que desmentido los rumores según los cuales Hendrix estaba preparando negociaciones en gran escala con personajes sudamericanos. Rodríguez Zelva, financiero de

gran influencia, hizo la declaración de que él no había entrado en trato alguno monetario con Hendrix y que no tenía noticia definitiva de que se estuviesen proyectando operaciones monetarias con América del Sur.>>

Desmond echó a un lado el periódico. Había leído minuciosos relatos de los asesinatos en los periódicos de la mañana y sólo había repasado las ediciones de la tarde por curiosidad.

Aquel aspecto del asunto que no había figurado en los periódicos de la mañana sobresaltó a Desmond.

Mientras reflexionaba, sonó el teléfono. Descolgó el auricular. Oyó la voz de Legira.

-Todo está arreglado-dijo el cónsul-. Me marcho esta noche a las nueve. El «Córdoba» esta cerca de la costa de Long Island. ¿Ha comunicado usted con López?

-Sí-respondió Desmond-. Le llamé esta mañana. Le dije que tendría noticias mías más tarde.

-Dígale que aguarde hasta después de las nueve-ordenó Legira-. Luego puede marchar a la policía. ¿Comprende?

-Sí.

Desmond colgó el auricular y se tornó pensativo. Cogió el periódico y volvió a leer el párrafo que le había interesado. Una expresión astuta y maligna apareció en su semblante.

Estaba pensando en la caja que había ayudado a transportar a Legira desde la Baltham Trust Company hasta la aislada casa de Long Island. Legira había reconocido que la caja contenía dinero.

Fuera cual fuese la cantidad, era lo bastante para que Legira pagara mil dólares más por unas menudencias que Desmond hubiera hecho de buena voluntad sin que se le diera nada más.

A pesar de su inocuo aspecto, Frank Desmond era un conspirador empedernido. En aquellos momentos pasaba revista a los acontecimientos pasados de sus relaciones con Álvarez Legira y, especialmente, a los episodios de la noche anterior.

Habían muerto asesinados tres hombres a manos de una persona desconocida. Uno de los asesinados era John Hendrix, financiero acaudalado y de influencia.

Se había establecido ya relación entre Hendrix y los asuntos de América del Sur. Desmond sonrió con malicia. Se imaginaba que Álvarez Legira podría estar relacionado muy de cerca con el difunto financiero.

Desmond se había reunido con Legira no muy lejos de casa de John Hendrix. El hombre de Santander había dado muestras de tener mucha prisa por llegar a la Baltham Trust Company.

También parecía tener mucha ansiedad por alejarse de Nueva York y recluirse en Long Island, aguardando allí medio seguro de salir del país sin ser observado.

¿Por qué había dejado Legira un substituto en su lugar?

Desmond le había ayudado a encontrar a Perry Wallace para aquel trabajo.

Legira no había mencionado motivo alguno que justificara la substitución.

Sonriendo, Desmond se imaginó toda la serie de acontecimientos tal como él creía que debían encadenarse.

Álvarez Legira temía a ciertos enemigos. De eso estaba seguro. Pero Desmond también creyó ver un astuto plan por parte del sudamericano.

Teniendo a Perry Wallace en su residencia, Legira había quedado libre para visitar el domicilio de John Hendrix para matar-y asegurar así el éxito de una estafa que le había permitido obtener una importante cantidad de dinero en la Baltham Trust Company.

Frank Desmond continuó sonriendo. Vió a Legira como criminal perseguido a punto de escaparse sano y salvo, dejando que otros aguantaran las consecuencias.

Conque Wallace y López habían de huir, ¿eh? ¡Naturalmente! Desde el punto de vista de Desmond, esto formaría parte del ingenioso plan de Legira.

La policía seguiría la pista al falso Legira. El auténtico se hallaría muy lejos antes de que fuera descubierta la impostura.

Desmond rió, con esperanza.

Bien, pues Legira había cometido un error. Había tomado a Frank Desmond por un idiota que obedecería ciegamente sus órdenes por unos cuantos millares de dólares. Puesto que ése era su juego, Legira iba a llevarse un escarmiento.

Aquella noche, a las nueve, Legira emprendería la marcha. Nueve horas... y en ese tiempo, Desmond, ciego y obediente, sería responsable de la fuga de Legira.

Aquél era juego al que podían jugar dos personas, pensó Desmond. Por fin comprendía qué se ocultaba tras los complicados planes del santanderino.

EL proceso mental de Desmond se fue complicando; pero en medio de todo, un cuadro dominaba: el recuerdo del dinero que Legira tenía ya en su poder.

Debía ser una cantidad importante para que justificara tan peligroso juego.

Desmond deseaba ahora una buena proporción de dicha riqueza, ¿Cómo conseguirla?

¿Exigirle mas dinero al cónsul de Santander?

Podía hacerlo; pero con seguridad, le responderían con una negativa.

Desmond podía amenazar. Sus amenazas, sin embargo, carecerían de valor.

La única amenaza que podía hacer era la de dar conocimiento a la policía del paradero de Legira. Éste se reiría de semejante amenaza. La intervención de la policía impediría definitivamente que consiguiese parte del dinero.

Mientras vacilaba y meditaba, decidió que su primer paso era hacer caso omiso de Wallace y de López. Tal vez pudiera adelantarse algo dejándoles donde estaban. De acuerdo con lo convenido, ninguno de los dos hombres se movería hasta que hubiesen recibido aviso.

Desmond estaba convencido de que había adivinado el motivo de que Legira quisiera que se marchara la pareja. Habían de desviar las sospechas mientras Legira huía. Sin embargo, ¿por qué querría Legira que se fueran tan pronto?

La medianoche del día siguiente no estaba tan lejana que todo eso, después de todo. Al reflexionar acerca de esta cuestión, Desmond llegó a la conclusión de que los temores del santanderino, en lo que a enemigos ocultos se refería, estaban bien fundados.

Sí; eso era. Legira no temía tan sólo a la ley. Otros se hallaban ya sobre su pista. ¿Quiénes?

Sudamericanos sin duda alguna.

Volvió a coger el periódico y a releer los párrafos. El nombre de Rodríguez Zelva resaltaba.

Desmond sonrió. Solo, no podía esperar vencer a Legira. Apoyado por otros que conocieran su temperamento, la situación sería muy otra.

Fue rápido en obrar. Cogió un listín de teléfonos y buscó el nombre de Zelva. Lo encontró en seguida. Aquel hombre tenía teléfono particular en el Hotel Goliath.

Marcó el número. Le contestó una voz con marcado acento extranjero.

-¿El señor Zelva?-inquirió el agente de colocaciones.

-Sí-le contestaron.

-Tengo un asunto que quiero discutir con usted. Este asunto está relacionado con cuestiones sudamericanas. Necesito información.

-¿Puede usted decirme de qué se trata?

-Por teléfono, no.

-¿Su nombre?

-Desmond.

Hubo una pausa. El nombre nada le decía a Zelva. Desmond lo comprendió.

Agregó otras palabras de explicación.

-El asunto, señor Zelva-declaró en voz cautelosa,-está relacionado con algo muy importante de la República de Santander. Como no sé gran cosa del país, se me ocurrió que no

estaría de más hablar con alguien que estuviera al tanto de los asuntos de América del Sur. Es muy importante, señor Zelva.

Una corta espera. Luego Zelva contestó, en voz melosa

-Nadie sabe gran cosa de Santander-fueron sus palabras-. Me temo que no puedo darle mucha información. Sin embargo, señor Desmond, no tengo inconveniente en concederle una entrevista. Da la casualidad que no estoy muy ocupado en estos momentos. Si usted quiere, puede venir aquí ahora.

-Dentro de un cuarto de hora.

-Conforme.

Desmond colgó el auricular y sonrió, satisfecho. Tenía la idea de que aquel encuentro con Rodríguez Zelva produciría resultados sorprendentes.

Cogió el sombrero de la percha y salió de su despacho. Bailaban ante sus ojos visiones de riqueza. Tenía el convencimiento de que había hecho lo inesperado.

El que estuviera dispuesto a desempeñar el papel de traidor nada significaba para Frank Desmond.

CAPÍTULO XXI
ZELVA DECIDE

-¿Qué puede usted decirme de Álvarez Legira?

Fue Frank Desmond quien hizo la pregunta. Sentado junto a la ventana del cuarto de Rodríguez Zelva, Desmond miró al sudamericano al hablar.

Los ojos de Zelva brillaron al escudriñar el rostro de Desmond. El sudamericano le había colocado de forma que le fuese posible ver su expresión.

-¿Álvarez Legira?-Zelva se encogió de hombros-. Sé muy poco de ese hombre. Se llama a sí mismo cónsul de Santander: eso es cuanto sé.

-Los periódicos de hoy-observó Desmond con calma-, hablan de transacciones monetarias entre financieros de Nueva York y gente de América del Sur. ¿Podría eso tener algo que ver con Álvarez Legira?

-No sé una palabra de semejantes negociaciones-dijo Zelva, fríamente-. Dice que ha leído el periódico. Concedí una entrevista a la Prensa esta mañana. Dije entonces lo que le digo a usted ahora: que no sé nada.

-Supóngase que yo le dijera que semejante transacción existe y que está relacionada con Legira: ¿Le interesaría a usted

-Tal vez-replicó Zelva, en tono que a nada comprometía-: todas las cosas que estén relacionadas con América del Sur son susceptibles de interesarme.

-Supóngase-continuó Desmond-, que yo le dijera que Álvarez Legira posee ahora una considerable cantidad de dinero, que le fue entregada aquí, en Nueva York... en otras palabras, que la transacción ha sido ultimada.

-Eso no representaría nada para mí.

-¿Trataría usted el asunto cono cosa completamente confidencial si le diera a usted detalles para que pudiera aconsejarme?

-Lo haría con mucho gusto-contestó Zelva, con una reverencia-. Eso, señor Desmond, es cosa que siempre estoy dispuesto a hacer... respetar las confidencias.

-Bien-declaró Desmond, bruscamente:- voy a echar las cartas boca arriba sobre la mesa. Confío en una corazonada, señor Zelva... una corazonada que me dice que sabe usted más de lo que ha declarado. Escuche toda la historia.

»He estado trabajando a sueldo de Álvarez Legira. A sueldo, ¿comprende? Cobrando para ayudarle a dar un golpe que le va a salir bien a menos que yo le detenga.

-¡Caramba!-exclamó Zelva, con sorpresa.

-Hay dinero de sobra en el asunto-continuó Desmond-. De sobra... para Legira. Los once mil dólares que me pagó a mí por ayudarle deben de representar una miseria; de lo contrario no se hubiera apresurado tanto a dármelos.

»Legira es más astuto de lo que parece. Se está llevando una cantidad importante. Y... ¿por qué ha de llevársela? No sé a cuánto asciende; pero estoy dispuesto a conformarme con una tercera parte. ¡Eso le demostrará a usted lo grande que creo que es el asunto!

Zelva no replicó. Tenía los párpados entornados. Su rostro tenía una expresión rara que animó al otro a que siguiera hablando.

-¡Una tercera parte!-exclamó el traidor, con énfasis-. ¡Una tercera parte a cambio de decir cómo puede obtenerse el dinero! Me encuentro en situación de poder hablar! Conozco los hechos y puedo declarar cl primero sin descubrir el segundo. La declaración del primero demostrará el valor del segundo.

-Los hechos son interesantes-observó Zelva, serenamente.

-¡Bien! ¡Ahí va uno, pues! Álvarez Legira me pagó para que encontrara un hombre que fuera su doble. Encontré a ese hombre. Ocupó el lugar de Legira hace más de tres días. Se ha estado pasando por Legira desde entonces. ¡Se está pasando por Legira ahora!

»Entretanto, Álvarez Legira ha quedado libre... libre para recoger el dinero y para prepararse una huída perfecta. ¿Qué opina usted de eso, señor Zelva?

Zelva tenía los ojos abiertos de par en par. Hasta con los párpados entornados había estado vigilando a Desmond de cerca. Y comprendió, sin el menor género de duda, que lo que decía el hombre era cierto.

Ningún hombre se hubiera presentado allí con un cuento tan fantástico a menos que fuese verdad. Al principio, había creído a Desmond un investigador enviado por Legira. Ahora vió que se trataba de un traidor.

-Dice usted que Legira...

Zelva hizo una pausa. Pensó, durante un instante, en la posibilidad de un plan por parte de Legira para alejar toda sospecha de la residencia consular.

Pero Desmond, animado por la respuesta de Zelva, le interrumpió con más información.

-Legira tiene el dinero-anunció-. Le ayudé yo a buscarlo. Le ayudé a transportarlo. Sé donde está y lo que va a hacer con él. Eso me conduce al segundo hecho de importancia, señor Zelva. Puedo decir dónde está Álvarez Legira. Lo haré... por una tercera parte del dinero.

-Hay gente-murmuró Zelva-, que pudiera hacer uso de esos datos. Yo creo... que darían una tercera parte.

-No basta que lo crea. Quiero estar seguro de ello. Aceptaría la palabra de usted...

-Yo sé que darían una tercera parte-aseguró Zelva, con calma.

Desmond escudriñó al otro. Se dijo que había pasado ya el tiempo de andarse con fingimientos.

-Está bien-dijo-. Se lo diré a usted todo. Lo hago partiendo de la suposición de que esa gente de quien habla son... usted. Se lo contaré todo y espero que me será proporcionada la ocasión de salir del país.

-Eso debiera ser fácil. Se darán los pasos necesarios para ello.

Puesto que esta afirmación era equivalente a una seguridad de que Zelva era parte interesada en el asunto. Desmond se apresuró a dar la información necesaria.

-A las nueve esta noche-dijo-. El yate «Córdoba» se encuentra cerca de la costa de Long Island. Legira tiene el dinero dentro de una caja y se halla en una casa vieja que alquilé

yo para él. Tiene coche. El y su criado Francisco han de encontrarse con una chalupa del «Córdoba». Subirán a bordo... Luego partirán con rumbo desconocido.

»Legira teme un ataque a medianoche, no contra él, sino contra Wallace, el impostor, y el secretario, López. Yo he de avisarles para que se marchen o llamen a la policía que les proteja. Eso es cuenta de ellos.

»Yo creo que la idea de la policía es un simple «bluff» por parte de Legira. Supongo que fue él quien mató a Hendrix y que quería hacerme creer a mí que no le tenía miedo a la policía.

-¿Dice usted que ha de avisar a López?

Rodríguez Zelva estaba quitándose, poco a poco, la máscara. Sabia que Desmond decía la verdad. El traidor había olvidado por completo la cautela en su afán de hablar.

-Sí-respondió Desmond:-he de avisarle...

-No lo haga-dijo Zelva.

-De acuerdo.

-No haga nada. Deme sus señas. De su casa o de donde vive. Vuelva a su despacho. Comuníqueme cualquier noticia que tenga de Legira. Quédese en su casa después. Siga mandándome informes. Yo me encargo de lo demás. Recibirá usted aviso de mí. Estoy pensando... ya...

La maligna sonrisa que se dibujó en los abultados labios de Zelva provocaron otra de entusiasmo en Desmond. El traidor estaba seguro de que había acertado al escoger aquel medio para frustrar los propósitos de Legira.

-Deme detalles ahora-continuó Zelva-. Luego márchese... con mucho cuidado.

En respuesta al cuidadoso interrogatorio del sudamericano, el agente reveló cuanto sabía. Entre los detalles que dio figuraba el de la situación de la casa de Long Island.

Cuando terminó la entrevista, Rodríguez Zelva estaba enterado de todo.

Comprendía perfectamente que la codicia había inspirado a Desmond aquel medio de traicionar a Legira.

Para Zelva, la traición era el procedimiento más sencillo. Ahora le interesaba convencer a Desmond de que no tenía por qué preocuparse ya.

-La idea de Legira es buena-dijo-. Muy buena, porque es un sistema de llevarse mucho dinero sin peligro. Conque haré yo lo mismo, sólo que mejor. Le diré a usted cuánto dinero se ha llevado Legira. ¿Le gustaría a usted saberlo?

Desmond estaba deseando.

-Diez millones de dólares-dijo Zelva, serenamente-. Se le ofreció la mitad si entregaba el resto. Se negó a hacerlo. Por consiguiente, le daré yo la mitad al hombre que lo ha hecho. Esa será su parte, amigo mío.

La tranquilidad con que el otro hablaba de tan fabulosa suma dejó aturdido a Desmond. Él había estado pensando en centenares de miles de dólares.

Aquella declaración le dejaba como atontado. Zelva había contado con eso.

-No se preocupe usted ni un solo instante-agregó-. Recibirá noticias mías. Oirá usted un plan maravilloso que le facilitará a usted todo. Sin usted me hubiera sido imposible conseguir el dinero como voy a hacerlo ahora. Conque la mitad será suya. Yo no cometo errores, como Legira. Le dejó a usted aquí, pagándole una miseria. Hizo usted bien en no defender su causa. Yo seré distinto.

Tendió una mano. Desmond la estrechó. Luego el sudamericano le condujo a la puerta. Desmond, pisando aire, salió y echó a andar pasillo abajo.

-Adiós-le oyó decir a Zelva.

No sabía que aquel saludo era una señal. Apenas hubo entrado nuevamente Zelva en su cuarto; apenas hubo el agente de colocaciones doblado el recodo del corredor, se abrió una puerta y un hombre cargado de espaldas y de faz cetrina emprendió su persecución.

Era Pesano, uno de los cancerberos de Zelva.

Habiendo tomado así precauciones, Rodríguez Zelva se olvidó de Desmond.

Tenía asuntos importantes que resolver.

Había ideado ya un plan.

Sentándose a la mesa, preparó cuidadosamente un radiograma en clave. Se acercó al teléfono y llamó a Ellsdorff, su otro cancerbero, que contestó con voz gutural. Zelva le dio el mensaje.

Transcurrieron los minutos. Se convirtieron en horas. Era última hora de la tarde cuando sonó el teléfono en el cuarto de Zelva. Habló Ellsdorff y Zelva anotó las palabras que le fue dictando el hombre. Leyendo lo escrito, el sudamericano rió con crueldad. Mediante un sencillo artificio y acción rápida y decisiva, había hecho cuanto era necesario. Sólo quedaba un ligero detalle para completar la acción que había ideado.

Se acercó al teléfono. Llamó y le pusieron en comunicación con Pete Ballon en el Hotel Oriental.

-No aguardes a medianoche-dijo-. Obra antes de las nueve. Poco después de las ocho será la mejor hora. Ha de ser una sorpresa. ¿Comprendes? Aguarda a que anochezca.

Zelva sonrió con satisfacción al terminar la orden. Así, si Álvarez Legira desconfiaba de pronto de Frank Desmond, daría lo mismo. Una llamada telefónica de Legira a López de nada serviría. Ballon obraría antes que López.

Perry Wallace y López no eran más que peones de aquel juego. Sin embargo, para Zelva, que sabía mover a los hombres como piezas de ajedrez, los peones eran importantes y peligrosos. No tenía intenciones de dejarse ninguno en el tablero.

A pesar de su astucia, Rodríguez Zelva no sabía que La Sombra tuviese parte alguna en aquella extraña complicación de acontecimientos.

Pero... ¿qué podrán hacer ya manos que trabajaran en la oscuridad?

La traición de Frank Desmond-cosa que ni La Sombra había previsto-había cambiado por completo las formas. Álvarez Legira había dejado de llevar los triunfos en aquel juego contra Zelva. Este último lo tenía todo a su favor.

La Sombra quedaba sólo como una incógnita. Por motivos no muy claros estaba aguardando, inactivo Y, sin embargo, sólo su mano podía cambiar el rumbo que tomaban los acontecimientos.

La Sombra vigilaba a Legira; pero había eliminado a Zelva como factor.

Diez millones de dólares en la bodega y vidas que perder para conseguirlos.

Por una vez ante La Sombra se alzaba un problema del que él no tenía la menor noticia.

CAPÍTULO XXII
ANTES DE LAS NUEVE

-Burbank al habla.

El hombre que pronunció estas palabras se hallaba sentado a una mesa en el rincón de un cuarto oscuro. Tenia un casco telefónico puesto.

La mesa estaba cubierta de hojas de papel. Allí, casi a la sombra del domicilio de Legira, un hombre montaba guardia.

Sonó una voz en los auriculares. Burbank emitió una contestación.

Desconectó el alambre de una pequeña centralita. Escribió en un papel el informe que acababa de recibir de Harry Vincent.

Eran más de las ocho. Había caído la oscuridad. Burbank, sin darse cuenta de la noche ni del día, seguía trabajando en sus asuntos con la metódica y serena forma que le había hecho de tanta utilidad para La Sombra como agente intermediario.

-Burbank.

-Diez millones.

Una voz pronunció el nombre en un susurro. Salía de la oscuridad. Burbank no se movió. Reconoció la voz de La Sombra. El extraño hombre de la noche había entrado allí sin que Burbank se diera cuenta de ello.

-Diga.

-El informe de Vincent.

-Legira sigue esperando-respondió Burbank-. Todo está tranquilo. Los tres estarán preparados.

-¿No hay radiogramas del "Córdoba"?

-Ninguno más que el que le di a conocer esta mañana. Aquí hay numerosos mensajes cifrados que he recogido de distintos puntos. Este que llegó a las cinco...

Burbank cogió unas cuantas hojas sueltas y alargó la mano con ellas.

Dejaron sus dedos como si se las hubiera tragado la oscuridad. Brilló una minúscula luz. Unos ojos estudiaban el mensaje como si hubiera estado escrito en lenguaje corriente.

Manos enguantadas de negro repasaron las otras hojas buscando otro mensaje que aclarara aquél. Terminó la busca.

El primer papel yacía bajo el minúsculo rayo de luz. Los papeles volvieron a caer sobre la mesa de Burbank.

-¿De qué barco?

La pregunta, susurrada, sonó al oído de Burbank. Se refería al mensaje que éste había recogido a las cinco.

-El mensaje quedó interrumpido-contestó el hombre-. No se citó su procedencia.

-Alerta-dijo La Sombra, en ominosa voz-. Vigile la calle. Llame a casa de Legira en caso de necesidad.

-Comprendido.

Reinó silencio en el cuarto. La Sombra se había marchado. Burbank apagó la luz v descorrió levemente la cortina. Atisbó la rendija. Su mirada buscaba formas confusas que merodeaban por los alrededores.

Vigilaba desde una ventana de la esquina. Mirando en dirección opuesta, intentó distinguir objetos entre las dos casas, aquella en que se encontraba él y la residencia de Álvarez Legira. Nada vió. Y, sin embargo, una persona se movía en la oscuridad, un extraño ser cuyos procedimientos eran tan oscuros como la noche en sí. Una figura se aproximaba a la ventana lateral del piso primero de Legira, no desde abajo, sino desde arriba.

Suspendido momentáneamente de la línea delgada, casi invisible, que se extendía de un edificio a otro, aquel ser de la oscuridad abandonó el cable e inició el peligroso descenso por la superficie de la pared.

Invisible desde todo punto de mira, colgaba como enorme murciélago de la fachada. Poco a poco fue acercándose a las pesadas persianas que cerraban la ventana de un cuarto

Allí descansó La Sombra, escuchando. Por fin se movió la figura. Sus manos, trabajando en la oscuridad, quitaron los barrotes que sujetaban las persianas. Estas se abrieron sin rechinar siquiera.

A pesar de la abertura, ni un solo rayo de luz interior se proyectó sobre la fachada de la casa de enfrente. El cuerpo de La Sombra cerraba el paso a la luz.

La ágil figura se movió hacia dentro. Las persianas se cerraron tras ella.

La Sombra se encontraba en el cuarto. Alto, sorprendente y singular, contempló al único ocupante de la habitación.

Perry Wallace se hallaba caído en un sillón. Parecía dormido. No se dio cuenta de la llegada de La Sombra. No se veía a López por allí.

El visitante avanzó y posó una mano enguantada en el hombro del durmiente. Perry no se movió.

Una mano de negro se introdujo bajo la capa de La Sombra. La prenda se movió y su forro carmesí brilló al sacar La Sombra un pomo que contenía un líquido purpúreo.

Acercó el pomo a las fosas nasales de Perry. Este echó hacia atrás la cabeza, como si se despertara asustado. Abrió los ojos y miró, aturdido, a la figura que se cernía sobre él.

El susurro de La Sombra era un aviso para que Perry no hiciese ruido alguno. Perry movió la cabeza afirmativamente para significar que había comprendido. Sus ojos se cerraron con cansancio. La Sombra volvió a acercarle el pomo. Perry pareció volver a la vida con sobresalto.

-¿Dónde está López?

La pregunta, susurrada, llegó hasta los oídos de Perry. Se restregó la frente y miró al que le interrogaba.

-Abajo - dijo, en voz baja-. Es... estoy mareado. Aguarde un momento; entonces podré hablar.

La Sombra se apartó. Se quedó de pie al otro lado del cuarto con sus ojos brillantes clavados en el otro. La mano izquierda de La Sombra descansaba sobre el teléfono.

-De... debe haberme narcotizado...-dijo Perry, con voz fatigada-. Hi... hice lo que me ordenó. Hice las paces con él. Me mareé... no sé cuándo... esta tarde, seguramente. López dijo que iba abajo. No... no recuerdo gran cosa después de eso.

La Sombra aguardó en silencio. Perry Wallace se rehizo rápidamente. El penetrante olor del liquido que contenía el pomo había disipado por completo su letargo.

-Tengo un mensaje importante-declaró La Sombra-. Ha de permanecer usted aquí hasta medianoche. Se ha ordenado que sea atacada esta casa. He tomado mis medidas de protección. Si López quiere que se vaya usted, insista en quedarse.

La voz se interrumpió. La figura de La Sombra se fundió en la oscuridad próxima a la ventana. López subía la escalera. Perry volvió a dejarse caer en el sillón. Abrió con fatiga los ojos al entrar el secretario.

-Hola-dijo, en voz pastosa-. ¿Qué hora es?

-Cerca de las ocho y media-contestó López.

-¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí?

-No nos vamos a marchar... a menos que recibamos la orden de hacerlo.

Miró a Perry con atención. Este cerró los ojos y volvió a caer hacia atrás, quedándose dormido, al parecer. López rió y abandonó el cuarto. Sonaron sus pisadas en la planta baja.

La Sombra volvió a situarse junto al teléfono. La breve visita de López le había dado a conocer un detalle importante: que Desmond no había cumplido sus instrucciones.

Todo iba bien con Legira. El informe de Vincent lo demostraba. Las nueve debiera ser la hora de la huida o de la petición de auxilio. Eso cuadraba con el mensaje recibido por Legira del «Córdoba».

El perspicaz cerebro de La Sombra buscaba la explicación. Luego, de sus labios ocultos surgió una risa baja y trémula, no más alta que un susurro. Su mano asió el auricular del teléfono.

Antes de que pudiera alzarlo, el timbre empezó a sonar. El ruido duró menos de una fracción de segundo. Tan rápidamente descolgó La Sombra, que era imposible que López hubiera oído el sonido desde abajo.

Sonó la voz de Burbank en contestación a la pregunta de La Sombra.

-Preparativos-anunció Burbank-. Observados desde ventana.

-Aguarde contestación.

Rápidamente, el hombre de negro sacudió el gancho del teléfono y llamó al Hotel Oriental. Pidió comunicación con Pete Ballon. Le informaron que éste había salido hacia un rato.

La Sombra colgó el teléfono. Se acercó a la ventana.

Llevaba en la mano una minúscula caja, de la que extrajo dos píldoras. Las metió por debajo de las persianas.

En la oscuridad, aquellos minúsculos objetos despedían unos puntos pequeños de luz al caer. Burbank podía verlos perfectamente desde la otra casa.

La Sombra había empleado aquel método de señales para obtener resultados más aprisa que mediante una llamada telefónica.

Perry Wallace, a pesar de los deseos que sentía de dormir, logró observar lo que sucedía, con interés. La Sombra se hallaba nuevamente junto al teléfono, con la mano en el gancho. Transcurrieron momentos llenos de tensión.

De nuevo el sonido del timbre, cortado en seco en seguida.

La Sombra se llevó el auricular al oído. Oyó la voz de Burbank otra vez.

-Señal vista. Orden obedecida.

-¿Contestó Cardona?-inquirió La Sombra.

-Sí; le di instrucciones de última hora.

-Bien. Vigile la ventana para caso de apuro.

La alta figura de La Sombra se paseó por el cuarto. Perry estaba asombrado.

No comprendía aquellos sucesos. Poco se pensaba él que la casa estaba rodeada de una horda de «gangsters» que aguardaba la señal para lanzarse al ataque.

La señal dada por La Sombra era una orden para que fuese avisado Cardona.

El hombre de negro había tenido la intención de dejar que la policía se encargase de Pete Ballon. Le correspondía a él estar en otro sitio aquella noche. Pero, habiendo cambiado las circunstancias, aguardaba para darles tiempo a Cardona y su brigada a llegar.

Una brusca explosión sacudió la fachada de la casa. El cuarto tembló. Perry Wallace se bamboleó, aturdido, en su asiento. La Sombra, sin preocuparse, seguía alerta. Entonces se oyeron gritos salvajes abajo.

!Había llegado Pete Ballon! Había ordenado el ataque. Para no sufrir retraso alguno, los «gangsters» habían plantado una bomba contra la puerta para volarla.

La Sombra se dirigió a la parte superior de la escalera. Se oyeron disparos abajo. López subía corriendo.

Si hubiera continuado su huida, tal vez hubiera llegado a lugar seguro. Pero se volvió y sacó un revólver, disparando contra sus perseguidores.

Sonó una descarga. López cayó muerto en la escalera.

Se oyó el grito triunfal de Pete Ballon. Estaba azuzando a sus secuaces para que subieran. Creía que el verdadero Álvarez Legira se hallaba en la casa.

Rodríguez Zelva no se había preocupado en sacarle de su error.

-¡Subid aprisa!-gritó Ballon-. Hemos enganchado a uno de ellos. ¡Liquidad al otro!

Tres «gangsters» saltaron por encima del cadáver de López. Llegaron al recodo de la escalera. Uno de ellos gritó al ver una figura arriba. Alzó el revólver para disparar.

<¡Crac!>

La Sombra tenia una pistola en cada mano. Su primer disparo derribó al «gangster» que iba delante. Los otros avanzaron, a punto de disparar simultáneamente.

Sonó otro disparo y otro de los invasores cayó. EL tercero procuró retroceder, disparando al mismo tiempo. Su disparo no se aproximó siquiera.

El tercero que hizo La Sombra le dio en el hombro. El «gángster» cayó de cabeza por la escalera, dando en brazos de Pete Ballon.

-¡La Sombra!

Tal fue el grito de terror exhalado por el herido. Pete Ballon no pareció comprender. Echó a un lado al herido. Tenía el pie en el último escalón.

Silk Dowdy, que estaba a su lado, le asió del brazo.

-¡La Sombra!-exclamó.

-¿La Sombra?-inquirió Ballon.

-Sí; si anda él por aquí buena nos espera. Yo sé cómo se las gasta, Ballon...

La seriedad con que dijo esto causó impresión en el otro. Ballon miró a su alrededor y vió que otros de sus hombres parecían indecisos.

-¡Nos lo cargaremos!-declaró.

-¡Aguarda!-se apresuró a decir Dowdy-. Nos cierra el paso. ¡Echa una piña!

Las últimas palabras se las dijo a un hombre bajo y moreno. Este rió y sacó una bomba de mano. Ballon expresó su aprobación.

-¡Largaos!

A esta orden de Ballon los <gangsters> se retiraron rápidamente hacia la puerta de la calle, excepción hecha del que tenía la bomba. El intrépido experto se dispuso a lanzar el proyectil aquél y correr luego a reunirse con sus compañeros.

Antes de que pudiera moverse apareció la alta figura de La Sombra en el descansillo. Al ver a tan ominoso personaje con una pistola en cada mano, Silk Dowdy bramó una orden

-¡Aprisa!-gritó-. ¡Tírala aprisa¡

El brazo del hombre se echó hacia atrás. La Sombra disparó. Su objetivo era el brazo del otro. El proyectil le alcanzó en la muñeca. La mortífera bomba se le escapó, de lado, por entre los dedos. Chocó contra la pared al pie de la escalera y estalló.

Una oleada de nauseabundo humo barrió el vestíbulo inferior.

Empezaron a caer escombros por todas partes: yeso, astillas, pedazos de metal... El lanzador de la bomba quedó sepultado entre los escombros, víctima de su propia arma.

La parte baja de la escalera quedó ladeada. Arriba, en el resguardado descansillo, se hallaba La Sombra, ileso.

La explosión había producido efecto cerca de la puerta. Los <gangsters> allí reunidos habían quedado parados por la sacudida. Tumbados en el suelo y contra las paredes, acabaron por rehacerse.

Pete Ballon, que había llegado a los escalones de la entrada con Silk Dowdy, ordenó.

Surgieron fogonazos del descansillo. Las pistolas de La Sombra se estaban cobrando el diezmo antes de que sus enemigos se rehicieran y le obligaran a retroceder a lugar resguardado.

Cayeron tres hombres; sólo uno de ellos pudo tirar antes de caer y anduvo muy lejos de aproximarse al blanco. Los otros, dándose cuenta del peligro, saltaron hacia la puerta. El fuego mortal de La Sombra siguió a los cobardes fugitivos.

Pete Ballon y Silk Dowdy, que se hallaban fuera, vieron salir a sus hombres de cabeza. Uno de ellos intentó asirse a Dowdy al tambalearse. No pudo y fue a dar con la cabeza contra la acera.

Había otros <gangsters> allí, preparados para la lucha. Pete Ballon dio una orden. Estacionó a tres hombres junto a la puerta. Asomaron la cabeza, buscando a La Sombra. Había desaparecido del descansillo. El trío entró cautelosamente.

Su misión era guardar la parte delantera. Pete Ballon, astuto y decidido, dirigía a los otros. Hombres agachados pasaban por delante de la casa.

Andaban buscando sitios por donde escalar la pared. Apareció una escalera en el callejón.

Se estaba iniciando el nuevo ataque. Por atrás, delante y los lados, la poderosa cuadrilla entraba en acción. Ni siquiera se hablan olvidado de los sótanos y del tejado.

¡No había escape para La Sombra!

CAPÍTULO XXIII
LA LUCHA DE LA SOMBRA

La Sombra entró en el cuarto en que Perry Wallace se hallaba de pie, alarmado. El hombre de la capa negra llevaba un revólver en la mano. Había recogido el arma de al lado del cadáver de López. Se la metió a Perry en la mano y le hizo una seña para que le siguiera.

Una vez en el pasillo, indicó una escalera que conducía al minúsculo segundo piso. Habló en ominoso susurro

-¡Vigile allá arriba!

Perry ascendió la escalera. No comprendía los actos de La Sombra.

Comprendía que la casa estaría rodeada; pero era partidario de intentar abrirse paso antes de que empezara el nuevo ataque.

No conocía los propósitos de La Sombra. Con toda serenidad, el asombrado hombre de la noche estaba azuzando al enemigo para que siguiera allí hasta que llegara Cardona.

Se oyó un grito en la calle de delante. Corrió todo alrededor de la casa. Era una señal para el ataque simultáneo.

Empezaron a correr hombres escaleras arriba. Doblaron el recodo.

La Sombra les aguardaba. El primer <gangster> cayó; los dos que le seguían retrocedieron para resguardarse.

En el exterior varios hombres rompían las ventanas del primer piso. Fue entonces cuando empezaron a resonar disparos en un sitio inesperado: en la casa del otro lado del callejón.

Burbank, alerta y preparado, tuvo ocasión de poner a prueba su puntería. Los invasores cayeron de las ventanas a la calle.

Burbank había aguardado deliberadamente hasta el último instante, comprendiendo que no debía revelar su presencia hasta que viera que empezaban a lograr entrar hombres en la casa.

Algunos había a los que no podía vigilar. Éstos estaban entrando por la parte de atrás.

Mientras La Sombra aguardaba junto a la escalera, se abrió una puerta de golpe y apareció Silk Dowdy. Había escuchado antes de abrir la puerta.

Se abalanzó hacia La Sombra cono un loco. Su revólver se hallaba a menos de treinta centímetros de distancia.

La mano izquierda de La Sombra se movió y la muñeca de Dowdy recibió el golpe. El «gangster» chocó contra la pared, junto a la escalera, perdiendo su arma al caer.

Había dos hombres detrás. La Sombra disparó dos veces con la pistola de la mano derecha. Cada una de sus balas detuvo a un «gangster». Su otra mano no estaba ociosa. La pistola izquierda apuntaba escalera abajo.

Al hacer el segundo disparo mortífero volvió la vista en aquella dirección.

Su acerada mirada vió hombros y cabeza de un «gangster» que se disponía a tirar.

El cuerpo de La Sombra se apartó.

El proyectil del «gangster» le rozó el lado izquierdo del ala del sombrero.

Aquel hombre no volvió a disparar. Le tocó la vez a La Sombra. Antes de que el dedo del criminal pudiera oprimir el gatillo por segunda vez la pistola de La Sombra tronó y otra rata de los bajos fondos abandonó este mundo.

Mientras Silk Dowdy buscaba su revólver aún, La Sombra saltó de la escalera arriba hacia el segundo piso. Encontró a Perry Wallace fuera del alcance de las balas.

Pálido, pero preparado para entrar en acción, Perry estaba apuntando hacia la trampa que daba al tejado. La barrera aquélla de madera se estaba moviendo.

La Sombra aguardó, sombrío. La trampa se descorrió. Asomaron una mano y un brazo. La Sombra disparó. Se oyó un grito al alejarse, tambaleándose, el herido.

Silk Dowdy oyó el grito de dolor y sobresalto. Comprendió que estaban llegando hombres por arriba. Convocó a los «gangsters» de abajo. La Sombra y Perry Wallace se hallaban entre dos fuegos.

La Sombra no vaciló. Dando un salto, alargó la mano hacia la trampa. Sacó la cabeza y hombros por ella a una velocidad increíble.

De haber esperado semejante cosa los que se hallaban en el tejado, hubieran tenido a La Sombra a merced suya. Pero no se lo llegaron a imaginar siquiera.

Se habían retirado de la trampa por miedo a nuevos disparos. Estaban agazapados bien al margen de la zona de peligro.

Contra cl borde de atrás del tejado sus cuerpos eran fácilmente visibles, mientras que la cabeza de La Sombra, al alzarse, seguía en la oscuridad.

La Sombra los vió a ellos primero.

Su mano derecha disparó contra el «gangster» más cercano. EL hombre cayó, lanzando un gemido. Los otros, dándose cuenta de que resultaban excelentes blancos, corrieron a refugiarse al otro lado de la pared.

Alzándose abiertamente, La Sombra echó la trampa a un lado. Con serena indiferencia, sin hacer caso de los hombres a los que tan fácilmente había, derrotado, miró hacia el descansillo interior.

Perry Wallace, agazapado tras la pared que había en la parte superior de la escalera, se disponía a luchar contra los hombres que subían cautelosamente,

Mientras miraba La Sombra, Perry se asomó y disparó contra uno de los «gangsters». Aquello fue la señal para un ataque en masa. Cinco hombres, conducidos por Silk Dowdy, ascendieron en grupo.

Creyeron que Perry era su único adversario. Cuando éste se resguardó tras la pared, avanzaron. No vieron a La Sombra. La oscura figura que se dejó caer sobre la boca de la trampa era tan oscura como la noche. El primer aviso de su presencia fue el chorro de fuego que surgió del techo mismo del descansillo.

Silk Dowdy cayó en brazos de sus secuaces. Las pistolas de La Sombra funcionaron con velocidad de ametralladora. Los «gangsters» vacilaron y retrocedieron. Silk y otro «gangster» rodaron escaleras abajo.

Los otros huyeron, seguros tan sólo porque La Sombra había dejado de disparar.

Perry Wallace oyó el sibilante aviso de su protector. En respuesta a la llamada, dio un salto y agarró el borde de la trampa. Logró alzarse hasta los codos. Empezaron a fallarle las fuerzas entonces; pero La Sombra acudió en su ayuda y le sacó al tejado.

Gracias a su inesperada acción, La Sombra había desconectado las fuerzas de sus atacantes. Había atacado por donde menos se le esperaba, contra los del tejado. La horda de abajo había avanzado con la seguridad de que sus compañeros estarían preparados para atacar desde arriba.

La Sombra volvió a colocar la trampa en su sitio. Obligando a Perry a aplastarse contra el tejado, aguardó. No se notaba el menor movimiento por el borde tras el cual habían desaparecido los <gangsters>.

Había habido cuatro al principio. Dos de ellos estaban heridos e impotentes.

Un tercero había descendido por la escalera de mano.

Quedaba el cuarto, Pete Ballon. Pero éste no se hallaba ya escondido tras el borde. EL astuto jefe de la derrotada horda había vuelto. Sin embargo, había tenido miedo de disparar desde lejos.

Temía las pistolas que esgrimía La Sombra. Se hallaba echado en aquellos momentos detrás de una chimenea, aguardando a que La Sombra se acercase.

Los dos hombres iban avanzando hacia Pete Ballon: La Sombra y Perry Wallace. Iban por el otro lado de la chimenea. Pete vigilaba el lado en dirección al borde posterior del tejado, con la pistola preparada.

Hasta que los dos hombres se hallaron cerca de él no se dio cuenta de que La Sombra se dirigía al lado y no a la parte posterior de la casa.

Los pliegues de la capa sonaron junto a su oído. Pete se puso en pie de un brinco para disparar contra la negra figura que vió a su lado.

La Sombra presintió una emboscada. Al alzarse la mano de Pete, se dejó caer. Sus manos se alzaron bruscamente y el metal de su pistola dio contra la muñeca de su enemigo. La bala de Ballon silbó a través de los pliegues de la capa por debajo del brazo de La Sombra.

Dándose cuenta de que no le había tocado, el <gangsters> se abrazó al hombre que tenía delante.

Perry Wallace no pudo acudir en ayuda de La Sombra. No podía ver más que dos figuras que rodaban por el tejado al pie de la chimenea. Como siempre, la suerte favoreció a Pete Ballon. Su mano quedó momentáneamente libre. Logró dar un golpe de refilón.

El brazo de La Sombra, cogido en los pliegues de la capa, no pudo pararlo.

Sólo el ala del sombrero de fieltro lo amortiguó un poco.

La Sombra se colgó de la muñeca derecha de Pete; pero sus esfuerzos quedaron debilitados por el aturdidor golpe recibido. Fuerte cómo un toro, el «gangster» movió la figura de su adversario hacia un lado.

Los dos rodaron por el suelo, dando dos vueltas completas.

Entonces comprendió Perry su propósito. Pete Ballon, mediante un esfuerzo, tiró del cuerpo de La Sombra hasta el borde del tejado. Ballon se desasió, se puso de rodillas y cogió a La Sombra para tirarle, por encima del parapeto, a la calle.

Dando un salto hacia adelante, Perry disparó dos veces. En su excitación, los disparos fueron a parar muy lejos del blanco.

El tercer tiro le falló. El revólver estaba descargado.

Pete Ballon, olvidándolo todo, salvo sus deseos de vengarse, tenía asido a La Sombra por los hombros. Perry, corriendo en la oscuridad, tropezó y cayó.

Luego, a menos de cuatro metros de distancia, no pudiendo hacer nada por ayudar al hombre que le había salvado, Perry vió algo asombroso.

Recortados contra el opaco brillo del firmamento se alzaron bruscamente dos brazos y asieron a Pete Ballon.

La Sombra, reservándose las fuerzas hasta el último momento, se disponía a defenderse. Los brazos se volvieron y retorcieron. Mediante una fuerte llave de «ji-jitsú», La Sombra logró desasirse de Pete.

El cuerpo del <gangster> salió disparado hacia arriba, con la cabeza hacia abajo. Describió una voltereta en el aire; luego se enderezó por completo y cayó de espaldas sobre el tejado, con los pies colgando hacia la calle.

Agitando frenéticamente brazos y piernas, en vano esfuerzo de salvarse, Pete Ballon resbaló por completo del tejado.

Un prolongado y horrible aullido pareció seguirle en su caída, apagándose allá abajo. Se oyó un golpe seco. Pete Ballon había hallado la muerte que meditaba darle al otro.

La Sombra se levantó lentamente. Al ponerse en pie se detuvo, oyendo el sonido de un silbato de policía por la parte de atrás de la casa. Se oyeron disparos de revólver en la calle. Cardona había llegado con sus hombres.

Rápidamente, La Sombra se inclinó junto a la orilla del tejado y tiró de la corta escalera que los «gangsters» habían instalado en una ventana pequeña del primer piso. Se

dirigió al lado de la casa y usó la escalera como puente entre aquel edificio y el vecino. Mientras Perry cruzaba a rastras, La Sombra encendió su minúscula lámpara de bolsillo y halló las pistolas que había dejado caer durante su lucha con Pete Ballon. Luego siguió a Perry. Este le oyó dejar caer la escalera a la calle después.

Había estallado una terrible lucha entre los hombres de Cardona y los restos de la cuadrilla de Ballon. El ruido se amortiguó al empujar La Sombra a Perry por la trampa del tejado del edificio vecino al de Legira.

Llegaron a un cuarto pequeño, débilmente alumbrado, del primer piso. Allí Perry se dejó caer en un sillón.

-¡Aguarde aquí!-apenas oyó Perry decir a La Sombra-. Se le dirá cuándo puede salir sin peligro. Hay aquí un hombre mío.

Perry movió afirmativamente la cabeza, con los ojos medio cerrados. Le pareció que no había transcurrido más de un segundo cuando volvió a mirar a su alrededor.

Sin embargo... ¡La Sombra había desaparecido!

El fragor de la lucha disminuyó. No tardó en acabar la batalla. La policía había vencido, cogiendo una redada de «gangsters» desorganizados.

La Sombra se había encargado de presentarle un enemigo vencido.

La Sombra había dado el golpe. La Sombra había desaparecido. Sin ser visto se había alejado de la casa y de la vecindad. Mientras Perry Wallace se preguntaba aún cómo había podido desaparecer La Sombra tan aprisa, el hombre de negro se hallaba camino de entrar nuevamente en actividad.

Un coche pequeño y veloz corría en dirección a Long Island. AL volante iba La Sombra, intentando ganar el tiempo que se había visto obligado a perder.

EL coche cruzó un puente, tomó rápidamente una curva y avanzó con velocidad de proyectil a lo largo de la carretera real.

Al destrozar el silencio nocturno el zumbido del pesado motor, se oyó otro sonido. El conductor del coche estaba riendo. Carcajada tras carcajada se escapaban de sus labios.

¡La risa triunfal de La Sombra!

¡La risa del hombre que había vencido!

CAPÍTULO XXIV
EL TRIUNFO DE LA TRAICIÓN

Un viejo coche de turismo, estaba parado junto a la cuneta, en un camino apartado. Tenía los faros amortiguados. Los dos hombres que ocupaban el vehículo aguardaban y vigilaban, mirando en dirección a cierto punto de la playa de Long Island.

Uno los hombres era Álvarez Legira, cónsul de Santander; el otro era su criado Francisco. Aguardaban la llegada de la chalupa del «Córdoba».

La brisa susurró alrededor del coche. Los dos hombres escucharon atentamente, imaginándose oír vagos sonidos en la noche. De pronto Francisco oprimió el brazo de Legira y murmuró unas palabras en español.

Una luz se mecía en el mar, cerca de la playa. Parpadeó cuatro veces, dos parpadeos largos y dos cortos.

Legira apagó los amortiguados faros. Volvió a encenderlos y repitió la acción. Se vió otra señal en el mar. El cónsul exhaló una exclamación de gozo.

Era la chalupa del «Córdoba».

Hasta aquel momento la noche había sido oscura como boca de lobo. Pero, mientras Legira hablaba con Francisco, los rayos de la luna asomaron por un rasgón de las nubes. La débil luz ganó en intensidad.

La espectral iluminación permitió ver a dos hombres que avanzaban lentamente por la playa llevando una caja entre los dos.

Legua y Francisco se dirigían a la chalupa, que se veía perfectamente ya. A bordo de la misma se veían a varios hombres agazapados.

Se oyeron susurros cerca del coche que había abandonado Legira. Habló una voz baja. Era la de Harry Vincent, agente de confianza de La Sombra.

Él y sus compañeros Cliff Marsland y Clyde Burke habían seguido a Legira en otro coche.

-Va de acuerdo con el horario establecido-fue el comentario de Harry-. No cabe la menor duda de que esa es la chalupa del «Córdoba».

Los tres vigilaron. Vieron a los marinos inclinarse fuera de la embarcación para subir la caja a bordo. Observaron cómo seguía Legira.

Francisco se quedó en la playa. La chalupa parecía estar haciéndose a la mar. Francisco estaba dando la vuelta para regresar al coche.

Era evidente que el criado había de quedarse en tierra para llevarse el coche y, probablemente, cumplir algún otro encargo de su amo. Ya no podía hacer falta Francisco. Legira estaba con sus amigos.

-¡Mirad!

La excitada exclamación de Cliff Marsland hizo que sus compañeros miraran atentamente hacia la chalupa. Un raudal de luz lunar iluminó de pronto a Legira, que estaba de pie a popa, contemplando la figura de Francisco que se alejaba.

Y, mientras miraba a su fiel criado, dos hombres se alzaron bruscamente, detrás del cónsul. Cayeron sobre él al mismo tiempo.

Los observadores oyeron gritar a Legira al caer. Francisco se volvió. Se vió un fogonazo en la chalupa. El fiel criado se tambaleó; luego, dándose cuenta de que estaban a punto de matarle, huyó, corriendo, de la playa.

Le persiguieron varios disparos. Francisco volvió a tambalearse.

Obrando como de común acuerdo, los agentes de La Sombra saltaron del lugar en que estaban agazapados y cargaron en dirección a la playa.

Sus pistolas escupieron fuego en dirección al bote.

Eran dos sus objetivos: salvar a Francisco y dominar a los marineros del «Córdoba».

El ataque tuvo un final brusco. Empezaron a sonar disparos por todas partes.

Una serie de hombres, escondidos por la playa, entró en acción.

¡Los agentes de La Sombra habían caído en una emboscada!

Francisco cayó acribillado a balazos. Los proyectiles hicieron saltar la arena alrededor del trío de agentes.

A pesar de su inferioridad numérica, sin embargo, hubieran seguido adelante, de no haber sido porque una bala alcanzó a Clyde Burke. Al dar éste un traspiés y llevarse la mano derecha al brazo izquierdo herido, Harry Vincent lanzó un grito agudo

-¡A resguardarse!-exclamó-. ¡Al coche!

Era lo único posible. Los tres nada podían hacer. El enemigo estaba escondido. Sólo hallarían la muerte si seguían adelante.

Al volverse y correr hacia la carretera, aparecieron las figuras de sus adversarios. Los «gangsters» eran cinco contra uno, corrían a atacarles. No les quedaba más salvación que la huída.

Harry se sentó al volante de un sedán negro mientras Cliff empujaba a Clyde Burke al interior del coche. El motor se puso en marcha; arrancó el coche. Lo hizo justamente a tiempo. Disparos y gritos poblaban la noche.

Harry, sombrío, dio toda la marcha al automóvil. Cliff, al volver la cabeza, vió los faros de otro coche que les perseguía; detrás de éste se veía un segundo perseguidor. Tres hombres, dos de ellos sanos y el otro herido, huían de una hueste abrumadora.

A pesar de que conducía el sedán con extraordinaria habilidad, Harry comprendió que, a menos de que pudiera llegar a la carretera real y alcanzar la protección de una población, tenían muy pocas probabilidades de escapar.

La voz de Cliff le anunciaba que los perseguidores iban ganando terreno.

El sedan tomó una curva, avanzando en dirección a la casa en que Legira había estado escondido. Harry perdió terreno en la pendiente.

El más próximo de los dos coches perseguidores se hallaba muy cerca ya.

Sonaron disparos al intentar éstos detener la fuga de los tres hombres.

Tiraban a tontas y a locas contra el vehículo.

Cliff se asomó cautelosamente a la ventanilla. Respondió al fuego; pero sin resultado alguno. Harry, asido, sombrío, al volante, tomó la larga curva que pasaba por delante de la casa. Surgió una nueva amenaza, con tal rapidez, que sólo fue capaz de emitir una exclamación de horror.

El camino apenas tenía anchura suficiente para que pasara un solo coche. Al tomar la curva a sesenta millas por hora, Harry vió otro coche que corría en dirección opuesta.

Parecía como si aquella loca huída estuviese destinada a terminar en un violento choque. Casi petrificado, Harry no pudo ni retirar el pie del acelerador. Dominaba sus pensamientos el peligro del coche de atrás.

El choque era inminente; sólo era cuestión de metros, y los dos vehículos se encontrarían. De pronto vino la salvación.

El otro coche se desvió de la carretera. Su conductor había visto la entrada del jardín de una casa vieja. El automóvil patinó sobre dos ruedas; luego torció, paralelo a la carretera y descansó sobre las cuatro ruedas.

Harry siguió hacia delante. Sus ojos vieron, de refilón, el elegante cochecito al pasar junto a él. De pronto sonó en sus oídos una salva de disparos procedentes de atrás.

Cliff Marsland soltó una exclamación de asombro. Luego dio un grito de gozo.

-¡Los enganchó!

-¿Quién?-preguntó Harry.

Oyó un golpe estrepitoso. Siguió la explicación de Cliff.

-¡El hombre del cochecito aquel!-gritó-. ¡Les dio un tiro en los neumáticos cuando pasaban! Vi el brillo de su pistola. ¡Se han salido de la carretera y se han estrellado contra los árboles!

Lo que decía Cliff era cierto. Allá en el paseo del jardín de la vieja casa, el conductor del cochecito había detenido la marcha del primer automóvil perseguidor. Con una puntería maravillosa, había perforado ambos neumáticos delanteros.

Sólo un hombre podía haber hecho aquello con semejante precisión. Era La Sombra, que había llegado para salvar la vida a sus agentes, tanto por su habilidad en el manejo del volante como por la precisión de sus disparos.

Pero Cliff no lo había visto todo. El sedán había desaparecido de la vista cuando llegó el segundo coche.

Los que lo ocupaban habían presenciado la catástrofe. Se dirigían al cochecito parado. Los <gangsters> rompieron el fuego por los lados del coche de turismo. El conductor, confiado en la habilidad de sus prevenidos compañeros, no amainó la marcha.

Ese fue su gran error. Antes de que los disparos de los <gangsters> pudieran surtir efecto, La Sombra había hecho fuego. Aquella vez no apuntó a los neumáticos. Sabía que el conductor podría ser lo bastante rápido con los frenos para evitar un vuelco. En lugar de eso, disparó con certera puntería por encima del borde del parabrisas. Su blanco era el chofer. Su tiro no falló.

El conductor se desmoronó. El coche, sin mano que lo dominara, siguió en línea recta en lugar de tomar el último trozo de la curva. Pegó de refilón contra una verja vieja, se ladeó y volcó.

Volviendo su coche, La Sombra salió tranquilamente del jardín y se dirigió a Manhattan. De debajo del coche volcado empezaban a arrastrarse hombres aturdidos.

Otros yacían inmóviles. Los derrotados <gangsters» no hicieron un solo disparo al avanzar el coche de La Sombra por la carretera.

El cochecito corrió hacia el Oeste. Su velocidad aumentó. Dejó atrás el lugar que había sido teatro de sus operaciones.

El solo, La Sombra, había derrotado a los pistoleros que habían preparado la emboscada a sus agentes y que los habían perseguido. Los malhechores aquellos habían pagado las consecuencias de su cobarde ataque.

El cochecito siguió adelante hacia Manhattan. Cruzó un gran puente y avanzó rápidamente por las calles. Se detuvo ante un edificio grande.

Del coche se apeó La Sombra, vestido de negro. Se fundió con la oscuridad de la calle como si formara parte de la propia noche.

Cuando volvió a aparecer la siniestra figura, se hallaba ante la puerta de un piso. Una llave funcionó silenciosamente en la cerradura. La puerta se abrió.

El sonido de una voz contenida llegó hasta el vestíbulo.

Frank Desmond estaba hablando por teléfono. Pronunciaba las palabras con entonación de entusiasmo,

-Magnífico... Comprendo... Vendrá usted a buscarme... Tengo el equipaje preparado... No pesa más de cincuenta libras...

La Sombra estaba entrando en el cuarto. Se hallaba bien a la vista ya; pero Desmond no le vió. Estaba de espaldas a la puerta.

Colgó el teléfono. Se volvió hacia el extremo del cuarto. Se miró la cara en el espejo. Una sonrisa adornaba sus labios.

Desmond rió. Experimentaba una agradabilísima sensación de triunfo.

Gozaba del triunfo de su traición.

Los planes de Legira habían sido frustrados. Zelva había cumplido su promesa. Había planes preparados para Desmond; planes que no podían fracasar.

¡El triunfo de un traidor!

La risa de Desmond era ronca. El aspecto de su semblante le encantaba. Su boca se abrió de oreja a oreja en sonrisa de triunfo.

De pronto se operó en él un brusco cambio. Helósele la sonrisa. Su fofo semblante palideció. Lo que vió en el espejo le hizo emitir una especie de lloriqueo. Allí, reflejada de manera singular, veíase una figura que se cernía por encima de su hombro.

Vió unos hombros cubiertos por negra capa; el ala de un sombrero de fieltro; los ojos brillantes que distinguían a La Sombra.

Bajo el ala del sombrero había facciones que Desmond no podía ver. Sobre ellas reposaba un brillo verdoso que les daba un aspecto espectral.

Desmond tembló al oír una risa siniestra y burlona. Surgía de invisibles labios y sus ecos eran como un sortilegio que pesara sobre cl cuarto.

Aquella risa traía consigo el terror para Desmond. Era la risa de La Sombra.

Aquella noche señalaba el fin del triunfo de un traidor.

CAPÍTULO XXV
TRAICIÓN

Dos naves flotaban plácidamente en un mar sereno. Uno era el yate «Córdoba»; la otra era un barco bajo, del tipo empleado para el contrabando de bebidas alcohólicas. A la incierta luz del atardecer parecían barcos pintados.

Un hidroplano avanzó hacia ellos. Al acercarse se dirigió al «Córdoba» y descendió, sobre las aguas.

Un bote despegó del yate. Recogió a dos hombres que descendieron del aparato. El motor zumbó y el hidroplano despegó, dirigiéndose nuevamente a tierra.

Los recién llegados fueron conducidos al «Córdoba». Subieron la escala y los tripulantes del bote entregaron dos pesadas maletas que habían traído.

De pie sobre cubierta, los dos hombres se encontraron ante Rodríguez Zelva.

El sudamericano sonrió el reconocer a su secuaz Pesano y al traidor Desmond.

Las maletas eran de Desmond. Zelva hizo una señal a uno de los tripulantes.

El hombre se llevó el equipaje bajo cubierta. Desmond, con cara de cansancio, le siguió. Zelva asió del brazo a Pesano y le condujo a la cámara.

Allí encontraron a dos personas más. Una era Ellsdorff, el alemán a sueldo de Zelva. La otra, Álvarez Legira, sentado en una silla, con las muñecas esposadas a la espalda. Pesano rió al ver la situación del cónsul de Santander.

-¿Todo salió bien?-inquirió Pesano.

-Muy bien - respondió Zelva-. Tengo la caja aquí, en el barco, en una hermosa cámara acorazada que nuestro amigo Legira se ha encargado de proporcionarnos, Aquí está la llave (la enseñó) y la conservaré en mi poder.

-¿Y la tripulación?

-¿La de este barco?-Zelva rió y miró a Ellsdorff, que sonrió a su vez-. Está a bordo del otro barco. No permanecerá allí mucho tiempo.

Hizo un gesto como de tirar a alguien al agua. Pesano sonrió.

-Fue muy fácil-declaró Zelva-. Nos apoderamos de este barco sin dificultad. Este hombre (señaló a Legira) cayó en la trampa. Creo que le conservaremos vivo... un poco. Traeremos unos cuantos hombres más para completar la tripulación cuando estemos dispuestos a marcharnos. Pero antes de eso tenemos que ajustar cuentas con otro...

Hizo una señal en dirección a la puerta.

Pesano movió afirmativamente la cabeza, dando a entender que había comprendido.

-Es preciso que escuche usted eso, Legira-dijo Zelva, con satisfacción-. Será una de las cosas que le encanten. Le hizo traición un hombre llamado Desmond. Muy bien. Muy bien... para nosotros; pero no para él. Está aquí ahora.

El odio brilló en las pupilas de Legira.

-Ese Desmond-prosiguió Zelva-, de nada nos sirve ya. Conque acabaremos con él. Le gusta eso, ¿verdad?

Una expresión de satisfacción apareció en el rostro de Legira. Aquello, por le menos, sería algo de justicia. Desmond, el traidor, había de ser traicionado a su vez.

-¿Cuál de vosotros dos?-inquirió Zelva, con cortesía, volviéndose primero a Pesano y luego a Ellsdorff.

Pesano sacó un afilado cuchillo; Ellsdorff una pistola,

-¿Cuál es mejor?-inquirió Zelva, mirando a Legira.

-El cuchillo - contestó el cónsul, cuyas miradas expresaban bien a las claras sus deseos de venganza.

Pesano miró a Zelva e indicó la puerta. Zelva movió afirmativamente la cabeza.

-Deme tiempo-dijo Pesano-. He hablado con él en Nueva York. Me mostraré amistoso. Déjeme hacerlo a mi manera. ¿Dónde está su camarote?

-Cerca de la cámara acorazada. Tiene la letra A sobre la puerta.

Cuando se hubo marchado Pesano, Zelva se arrellanó en su asiento y habló, pensativamente.

-Conque tenía usted un medio magnífico, Legira-dijo:-un medio magnífico para sacar el dinero. Fue usted listo; pero de nada le ha servido. Fue una buena idea tener este hermoso yate. ¿Me es lícito preguntar dónde se dirigía usted?

-A Santander-declaró Legira.

Zelva se echó a reír. Creía a todos de igual condición a la suya y no comprendía la honradez elevada a tales extremos. No creía lo que había contestado el otro. El cónsul se tornó hosco y taciturno.

Zelva abrió un pequeño armario y descubrió una botella de licor. Se la entregó a Ellsdorff, que llenó dos vasos que había sobre la mesa.

-Gracias a usted, amigo mío-le dijo Zelva a Legira-. Es una lástima que no pueda usted saborear tan deliciosa bebida en nuestra compañía. Le costaría demasiado trabajo sostener el vaso.

Transcurrieron los minutos. El yate apenas se mecía, tan tranquilo estaba el mar. Empezó a reflejarse la perplejidad en el rostro de Zelva.

Se preguntó por qué tardaría tanto Pesano. Estaba a punto de ponerse en pie cuando llegó Pesano.

-No pudo ser-dijo éste-. Estaba completamente despierto. Era demasiado difícil en aquel camarote. Va a venir aquí pronto. Le dije que quería usted verle.

Ellsdorff emitió un gruñido de desprecio. Sacó la pistola.

-Ahora a mí toca-dijo, en voz gutural-. A mí toca. «¿Ja?»

Zelva movió afirmativamente la cabeza. Pesano se encogió de hombros y echó otro trago. Se quedó de pie junto a Ellsdorff.

-Esto valdría la pena verlo-le dijo Zelva a Legira-. Verá usted morir a ese hombre. ¿No cree que valdrá la pena?

Legira no contestó. Estaba mirando sombríamente hacia la puerta. Ellsdorff tenía la pistola en la mano, preparada.

Llamaron a la puerta. Rodríguez Zelva sonrió y miró a Ellsdorff. El alemán alzó la pistola. Estaba apuntando hacia la puerta. El cuerpo de Pesano medio tapaba su mano armada.

-Adelante-ordenó Zelva, con voz agradable.

La puerta empezó a abrirse hacia dentro. El dedo de Ellsdorff se posó sobre el gatillo de la pistola.

Pesano, de pie junto a él, tenía en la mano el cuchillo que no había llegado a usar. Miraba al alemán, como si le envidiara el papel que iba a desempeñar.

¡Llegaba el momento culminante de la traición!

¡La muerte esperaba al hombre que estaba a punto de entrar!

CAPÍTULO XXVI
EL COMPROMISO

La puerta del camarote se abrió de par en par, Rodríguez Zelva miró con asombro. No era Frank Desmond el que se hallaba allí: era un hombre vestido de negro, con una larga capa sobre los hombros y un sombrero de fieltro cuyas alas le tapaban la cara.

-¡Dispara!

Zelva gritó la orden. El alemán, momentáneamente sorprendido, estaba a punto de obedecer.

Pero Pesano fue más rápido que él. Bruscamente, se abalanzó sobre Ellsdorff y le clavó el cuchillo hasta la empuñadura.

Ellsdorff exhaló un grito gutural. Boquiabierto, volvió la pistola hacia su atacante y oprimió el gatillo tres veces. Luego cayó al suelo y Pesano se desmoronó sobre él.

Rodríguez Zelva dio un salto hacia la pistola. Una voz procedente de la puerta le contuvo. Zelva miró al hombre de negro. Vió los ojos brillantes de La Sombra. También vió el cañón de una pistola en una mano enguantada de negro.

Zelva retrocedió hacia su silla y se sentó, serenamente. En el momento de inesperada adversidad, su astuto cerebro seguía pensando, como siempre.

-¿Quién es usted?-inquirió.

-Uno que vino aquí bajo el aspecto de Frank Desmond-repuso La Sombra, en susurrada voz-. Averigüé sus planes de sus propios labios. Se hallaba a merced mía. Ocupé su lugar.

-Pesano...

-Pesano había de ir en busca de Desmond. Me encontró a mí-dijo La Sombra-. Hablamos. Decidió que él también podía jugar a ser traidor... después de haber oído mis promesas.

Zelva comprendió. Aquel hombre asombroso había convencido a Pesano para que no le faltara ayuda en cuanto se encontrase en el yate. Sin duda alguna le había ofrecido dinero si le ayudaba.

-Todos sus planes han fracasado, Zelva -dijo La Sombra en el mismo tono-. Capturó usted el yate con su barco contrabandista. Se acercó a él y cometió un acto de piratería. Ahora va a perder todas sus mal adquiridas ganancias.

Zelva se inquietó al escuchar. No obstante, era astuto. Aún le quedaban cartas que jugar y las jugó, sonriendo.

-Cree usted haberme capturado, ¿eh?-exclamó, burlón-. Ha caído usted en una trampa, he ahí todo. Máteme. Luego intente marcharse. Mis hombres tripulan este barco. Tengo mi otro barco aquí. Es usted impotente.

-Eso de nada le servirá cuando haya muerto.

La serena monotonía de la voz de La Sombra le hizo estremecerse a Zelva.

EL rostro de Legira brilló de gozo.

-No tengo más que llamar-aseguró Zelva, retador-, y está usted perdido...

-Intente llamar.

La voz de La Sombra acobardó al otro. Comprendió que el ruido de disparos no llamaría la atención de nadie a bordo de aquel barco. La tripulación esperaba oírlos.

Empezó a darse cuenta de que su causa estaba perdida. Sabía que La Sombra, gracias a su indomable habilidad, era el dueño de la situación.

Sin embargo, presentía que tenía una ocasión de discutir condiciones.

-¿Qué desea usted?-preguntó.

-Abandone este barco. Devuelva a su verdadera tripulación. Siga su camino... y encárguese de no cruzarse nunca en el mío.

-¿El dinero?

-Es propiedad de Legira.

Zelva sonrió, con astucia.

-No acepto sus condiciones-dijo-. Haga lo que quiera. Pero recuerde...-se volvió a Legira-, recuerde que si yo muero... aun cuando usted logre escaparse... sus hombres a bordo del otro barco...

La insinuación era clara. La tripulación del «Córdoba» se hallaba prisionera.

Morirían a buen seguro, porque lo más que podan esperar La Sombra y Legira era escapar ellos en una chalupa.

Legira parpadeó. Era un caso de riqueza contra vidas. Legira, sin embargo, era leal para con los que le servían.

-Le entregaré parte del dinero-dijo-, si pone en libertad a la tripulación.

-¿Cuánto?

-Eso ya lo decidiremos.

Habían llegado a un punto muerto. Se miraron el uno al otro, con desacuerdo. La Sombra les contemplaba. Sabía que el tiempo pasaba, que, con ello, aumentaban los peligros.

-He aquí las condiciones, Zelva-declaró-. Abandone este barco. Ponga en libertad a la tripulación. El «Córdoba» saldrá en dirección a Santander. Usted irá allí también para recibir la parte que Legira le ofrece.

-La mitad-dijo Legira.

-¿ El dinero va a Santander? - inquirió Zelva, con astucia.

-Sí-replicó La Sombra.

-¿Cómo?

-Custodiado por su legítimo dueño. Legira lo llevará a bordo de este barco.

-¿Me toma usted por idiota?-exclamó Zelva, burlón-. Jamás vería yo un centavo de ese dinero. Escuche este otro plan. Me llevo el dinero a mi barco a cambio de la tripulación. Yo llevaré el dinero a Santander, para repartírmelo con Legira...

-¡No!-interrumpió Legira-. Eso sería...

La Sombra le acalló con un gesto. Legira se sumió en el silencio.

-Se aceptan sus condiciones, Zelva-declaró La Sombra-. Confiamos en que usted sabrá cumplir su promesa. ¿Dónde están los diez millones?

-En la cámara acorazada-anunció el hombre-. Allí, en una caja cerrada. Yo tengo la única llave.

-Ordene que la tripulación del «Córdoba» sea embarcada en botes. Cuando esté hecho eso, podrá usted sacar la caja de la cámara acorazada. Ha de llevarla usted a Santander... sin abrirla... para entregársela allí a Legira. Podrá hacerse entonces el reparto. ¿Está conforme?

Legira estaba a punto de protestar; pero se contuvo al encontrarse con la mirada de La Sombra. Zelva, sonriendo, aceptó las condiciones con una reverencia.

-De acuerdo-dijo-. Yo transportaré la caja a Santander. Allí nos repartiremos el dinero. No abriré la caja hasta encontrarme con Legira.

-Acérquese a la puerta.

La Sombra le hizo una seña para que se acercara, quedándose detrás de él, con la pistola pegada a sus espaldas. Apuntado por La Sombra, Zelva llamó.

Apareció un hombre en el pasillo.

-Diles a los del otro barco-ordenó Zelva-, que metan a los prisioneros en botes. Inmediatamente, ¿comprendes?

El hombre marchó a obedecer. Transcurrieron lentamente los minutos, La Sombra indicó a Zelva que tirara por el corredor y subiera una escala.

Se encontraron sobre cubierta, en la oscuridad. A la luz de la luna se vieron unos botes junto a la otra embarcación. Aguardaban nuevas órdenes.

-Llame a dos hombres-dijo La Sombra, en un susurro-. Condúzcales a la cámara acorazada.

Zelva obedeció. No vio a La Sombra al bajar la escala; pero sabía muy bien que el hombre amenazador no se hallaría muy lejos.

Haciendo uso de la llave, abrió la puerta de la cámara acorazada. A una orden suya, los hombres cogieron la caja y la subieron a cubierta.

La Sombra apareció al lado de Zelva, surgiendo misteriosamente de un rincón oscuro. Llegaron a cubierta y de nuevo el hombre de negro se situó detrás de Zelva, dándole instrucciones en un susurro.

-Métase usted en los botes con todos sus hombres-dijo-. Usted vaya el último, con la caja. Mande delante un bote para ordenar que se deje marchar libremente a la tripulación del «Córdoba» en cuanto se pongan en movimiento los botes de usted. ¿Comprende?

-Sí-respondió Zelva.

Dio una orden. La tripulación empezó a preparar los botes. Zelva había dejado de hacer planes. El dinero se hallaba ya en su poder. No temería al «Córdoba» después de hallarse a bordo de su propio barco.

Fue el último en bajar la escala. Oyó la voz de La Sombra cuando se dirigía a la borda.

-Estoy vigilando-decía-. Tenga cuidado. No olvide su promesa. Lleve la caja a Santander y entréguesela a Legira... sin abrir.

Se adelantó un bote a dar órdenes. A la luz de la luna, los hombres miraban, desde ambos lados, sin comprender. Zelva dio una orden.

Sus botes empezaron a avanzar lentamente. Se vio movimiento junto al barco contrabandista. La tripulación libertada se alejaba.

Una transferencia extraña, en verdad; pero salió a maravilla. La tripulación del «Córdoba» se hallaba a tiro del barco contrabandista.

Zelva, sentado en su bote, resultaba un blanco perfecto para La Sombra.

Cuando los dos grupos de botes se encontraron, se hallaban fuera de tiro de ambos barcos.

Antes de que llegara la tripulación, La Sombra apareció en el camarote.

Sacó una llave de forma rara y libró de las esposas a Legira. La Sombra desapareció por el corredor. Legira, maravillado, subió a cubierta.

Se encontró con la tripulación, que empezaba a subir a bordo. Los hombres corrieron a ocupar sus respectivos puestos. El barco contrabandista había levado anclas Y partía. No tardó el <Córdoba> en hacerse también a la mar.

El capitán, que se hallaba en el puente, oyó que le hablaba Legira desde la oscuridad, Las palabras fueron pronunciadas en español. Eran una orden. Se le decía que pusiera rumbo a la desembocadura del Delaware.

No era Legira quien había hablado. Legira estaba abajo, supervisando el traslado de los cadáveres de Ellsdorff y Pesano. Era La Sombra quien hablara.

Había imitado la voz de Álvarez Legira.

La Sombra había salvado al cónsul de Santander y a toda la tripulación del vate. Pesano y Ellsdorff estaban muertos. Pero Rodríguez Zelva vivía aún en virtud de una promesa que jamás cumpliría.

CAPÍTULO XXVII
JUSTA RECOMPENSA

Álvarez Legira se detuvo a la puerta del camarote A. Aquél era el único punto del barco que no había registrado. Quería encontrar a La Sombra, expresarle su gratitud por el trabajo que había hecho.

La puerta se abrió. Entró el cónsul. Había luz en el extremo más apartado de la habitación. Se dirigió a ella. Luego se volvió, encontrando a La Sombra junto a la puerta.

Una leve risa llegó a oídos de Legira. La voz habló en voz serena.

-¿Va usted a Santander?-preguntó.

-Sí-replicó Legira.

-¿Cumplirá su compromiso con Zelva si se presenta allí?

-Zelva no se presentará. Yo quedaré deshonrado. He fracasado. He perdido el dinero. ¡La república de Santander dejará de existir!

-Supóngase que tuviera el dinero. ¿Lo compartiría usted con Zelva si se presentaba en el punto convenido?

-Así he prometido - contestó Legira-. Cumpliré mi promesa.

La Sombra escudriñó silenciosamente al hombre. Luego habló en voz baja y con énfasis.

-Pesano y yo llegamos a un acuerdo-observó-. Esa cámara acorazada de usted es muy fuerte... pero no tan fuerte. Tuvimos tiempo de trabajar. Esas maletas que tiene al lado...

Legira vió las maletas en un rincón del camarote. Eran maletas grandes y pesadas.

-Ábralas.

Legira obedeció. Una exclamación de asombro e incredulidad escapó de sus labios. ¡Dentro de ellas se hallaba la fortuna que Legira había obtenido en Nueva York! ¡Los diez millones completos!

Comprendió que La Sombra, ayudado por Pesano, había llevado a cabo aquella transferencia, ¡Legira, libre de todo obstáculo, navegaba en el «Córdoba», llevando los fondos a Santander!

-Pero... ¡Zelva!-exclamó el cónsul-. Él tiene la caja... la caja... ¿No contiene nada?

-La caja contiene algo-contestó serenamente, La Sombra-. Recuerde su promesa, Legira. Si Zelva se presenta con esa caja, sin abrir, tendrá usted que darle su parte. Pero no permita usted que abra nadie la caja. Recibirá aviso de mí diciéndole lo que debe hacer con ella.

Legira estaba mirando el dinero con una expresión de profunda alegría en su semblante. De pronto le impresionó algo de lo que había dicho el hombre de negro. Alzó la cabeza.

¡La Sombra había salido del camarote!

Legira estaba pensando en la caja que había contenido los diez millones. La Sombra la había abierto. ¿Qué contendría ahora?

No era el cónsul de Santander el único que se hacía semejante pregunta.

Otro hombre se estaba haciendo preguntas respecto al contenido de la caja.

Rodríguez Zelva tenía la caja delante de él, dentro de un camarote de su barco, en el que se había encerrado con llave.

La había abierto en los primeros momentos de apoderarse de ella; luego la había cerrado para depositarla en la cámara acorazada.

Ahora, solo, había olvidado por completo la promesa que hiciera a La Sombra. La había olvidado con toda intención. Zelva, convencido de que nadie podía haber tocado la caja, sentía, no obstante, vivos deseos de contemplar sus mal adquiridas ganancias.

Sacó la llave que le había quitado a Legira, y la hizo girar en la cerradura.

Habló en alta voz al posar las manos sobre la tapa.

-¡Imbécil!-exclamó-. ¡Imbécil! Tan valiente como se cree y... ¡qué imbécil es!

Hablaba de La Sombra. El temido espectro del hombre de negro se había desvanecido de la mente de Zelva, ahora que se hallaba lejos de la amenaza.

Rodríguez Zelva ya no temía el poder del brazo de La Sombra.

Con manos temblorosas, alzó la tapa de la caja metálica. Vió algo verde que pareció extenderse por la parte superior de la caja. Zelva se inclinó hacia adelante.

Ascendió un vapor limoso y verde, que se extendió como sobrenatural monstruo procedente de otro mundo. La espectral forma constituyó una masa amorfa que se enroscó al hombre que contemplaba el interior de la caja.

Dando un alarido horrible, Zelva se apartó de un salto. Su alarido se convirtió en exclamación ahogada. El camarote estaba ya lleno de aquel gas.

Vió danzar ante él puntos verdosos. Tosiendo, se llevó las manos a los ojos.

Intentó taparse la boca. Se dirigió, tambaleándose, a la puerta, luego rodó por el suelo.

Dentro de la caja reposaba el receptáculo que había contenido el gas. Al levantar la tapa, Zelva había liberado el gas puesto allí por La Sombra.

La Muerte había alcanzado a Rodríguez Zelva. No era muerte que le hubiera preparado La Sombra, sino muerte que él mismo había escogido.

De haber cumplido su promesa, nada le hubiera ocurrido. Pero, desafiando a La Sombra, había sido traidor hasta el fin. Aquella mente, maestra del crimen internacional, había hallado una muerte que bien merecida se tenía.

Muchas millas más allá, el yate «Córdoba» paró en un mar tranquilo.

Álvarez Legira, sorprendido, subió al puente. Habló con el capitán, en español.

-¿Por qué nos detenemos aquí?

-Me dijo usted que botara la canoa automóvil-declaró el capitán-. Eso fue después de haberme dicho dónde debíamos pararnos...

Se oyó el zumbido de un motor a sotavento. Álvarez Legira corrió en dicha dirección. El capitán siguió su ejemplo.

La canoa automóvil del «Córdoba» cruzaba a toda velocidad las aguas de la bahía de Delaware, dirigiéndose a la desembocadura del río.

A la luz de la luna, se veía, claramente, su silueta. De pie en el centro de la embarcación había una figura que parecía un fantasma a la mística luz.

¡Era La Sombra¡

Una risa extraña, escalofriante, flotó sobre las aguas. Era una risa fantástica, una risa que jamás olvidarían aquellos que la oyeron desde el «Córdoba».

El tono de aquella risa helaba. Contenía un dejo burlón que parecía emanado de otro mundo.

¡Era la risa de La Sombra!

FIN